AMAYA EVANS



NO SOY ELLA

Serie Amores Imposibles – Libro 4

No Soy Ella

Serie “Amores Imposibles” 4

Amaya Evans

2026

Título Original: No Soy Ella

2 Edición

Copyright © 2026 por Amaya Evans.

Diseño de portada: ©Amaya Evans.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

SINOPSIS

Un amor prohibido. Una pasión imposible de ignorar. Un secreto que podría destruirlo todo.

Brianna Doyle nunca imaginó que su espíritu rebelde la llevaría a Heaven Manor, ni que allí conocería al hombre que incendiaría su corazón: David Bentham, conde de Darmond. Guapo, galante y absolutamente irresistible, David parece el caballero perfecto... hasta que Brianna descubre la verdad que él intenta ocultar.

Él la desea con una intensidad que lo consume, pero ¿es a ella a quien realmente ve cuando la toma entre sus brazos? El inquietante parecido de Brianna con su prima Úrsula, el antiguo amor de David, despierta sospechas que ella no puede ignorar. Cuando él le pide matrimonio, Brianna debe elegir entre la pasión que la enloquece y el temor de ser simplemente un reemplazo del amor que él perdió.

Atrapada entre el deseo ardiente y la devastadora duda, Brianna se entrega a un matrimonio que promete ser su paraíso... o su perdición. Porque cuando descubre hasta qué punto ha sido engañada, ningún título, ninguna fortuna, ninguna promesa podrá borrar la traición que amenaza con destruir su corazón.

¿Puede el amor verdadero nacer de las cenizas de la obsesión? ¿O está condenada a vivir para siempre a la sombra de otra mujer?

CAPÍTULO 1

Era el típico día lluvioso de comienzos de primavera. El ambiente estaba frío, sin embargo Brianna Doyle podía ver por todo el camino los árboles llenos de flores, la cantidad de margaritas en el pasto, los campos de un color verde perejil, y con la brisa llegaban a ella un carnaval de aromas esparcidos en el aire. Era un contraste interesante entre la lluvia que daba un toque frío y triste, junto al sol que aun así podía verse a lo lejos tocando todo a su alrededor y dando alegría y vida.

Brianna se sentía entre esos dos estados de ánimo también; por un lado triste ya que dejaba todo lo que conocía para irse a vivir un tiempo a un lugar totalmente desconocido y por otra parte... bueno, si era honesta consigo misma, había una pequeña parte de ella que sentía alivio. Alivio de escapar de las miradas reprobatorias de su madre, de las conversaciones susurradas de las vecinas, del peso de haber sido "la chica Doyle que causó el escándalo".

Tal vez ese sitio me servirá para empezar de nuevo, pensó tratando de darse ánimos. *O al menos para que madre deje de mirarme como si hubiera arruinado su vida*.

El incidente con el señor Whitmore había sido el colmo para su familia. ¿Cómo iba ella a saber que el hombre era casado cuando la cortejaba con tanta dedicación? Y cuando descubrió la verdad y lo abofeteó en medio del baile de los Thompson, causando un escándalo mayúsculo, su madre casi se desmaya de la vergüenza. Su padre, en cambio, había sonreído con orgullo antes de recordar que debía parecer disgustado.

Ese había sido el problema de Brianna toda su vida: nunca podía quedarse callada cuando algo le parecía injusto. Y definitivamente no podía fingir ser la señorita sumisa y obediente que la sociedad esperaba que fuera.

—Estás muy callada—dijo su padre que iba a su lado en el carruaje.

—Solo pensativa, padre.

—Eso me asusta aún más—comentó entre dientes, haciéndola sonreír.

Collin Doyle siempre había sido un hombre amoroso, tolerante pero estricto en cuanto a comportamiento y moral. Era un hombre de campo, más cómodo entre sus caballos y sus tierras que en los salones de la alta sociedad irlandesa. Había

dado a su única hija toda la libertad que pudo, dejándola montar a caballo como un muchacho, permitiéndole leer cualquier libro que quisiera, incluso los que su madre consideraba "inapropiados para señoritas". Pero cuando la última ocurrencia de Brianna amenazó con arruinar cualquier posibilidad de un buen matrimonio, se vio obligado a pedir consejo a su cuñado, el padre de su prima Úrsula, que había estado en una situación similar un tiempo antes.

—Brianna, hija—tomó su mano cariñosamente—espero que esta vez te comportes como se debe. No quiero que vayas a estar desobedeciendo a la Señora Miller.

—No te preocupes papá, eso no pasará—le dijo para tranquilizarlo, aunque ella sabía bien que era un alma libre y que lo que menos le gustaba era el encierro.

En su casa de Irlanda, su padre solía dejarla ir a donde quisiera y ya que estaban rodeados de tanto bosque, la vida era muy tranquila y sin embargo estaba llena de actividades. Ella era una amante de los caballos desde muy niña y por eso casi a la madrugada se despertaba y salía a montar hasta la hora del desayuno. Era hermoso ver el amanecer y poderlo hacer desde el lomo de su amada yegua Trixie, que había cuidado desde que nació.

Ahora que estaba por ir a ese sitio—Heaven Manor, le habían dicho que se llamaba, aunque ella sospechaba que el nombre era irónico—no podía dejar de sentir ansiedad al saber que probablemente no podría montar ni pasear con libertad. Se había imaginado algo parecido a un convento, con monjas estrictas y reglas interminables.

— ¡Mira!—exclamó su padre—hemos llegado.

Le señaló la enorme casa que se alzaba desde una colina. Como por arte de magia la lluvia terminó y el sol escogió ese momento para alumbrar con toda su fuerza dejándole observar la preciosa edificación.

Brianna sintió que el aire abandonaba sus pulmones. Eso no era un convento. Eso no era una prisión.

Había esperado algo austero y sombrío, algo que reflejara el castigo que su comportamiento había "merecido". En cambio, ante sus ojos se extendía una magnífica propiedad georgiana, con jardines que parecían sacados de un cuadro. La casa principal era de piedra clara, con enormes ventanales que captaban la luz del sol recién aparecido. A su alrededor se extendían acres de verdes pastos y altos árboles en el fondo.

A medida que el carruaje se acercaba, Brianna veía más detalles del sitio y se dio cuenta con creciente placer de que también tenía establos. Había jóvenes montando junto con un hombre mayor que las acompañaba, y vio que había un grupo de chicas debajo de un gran árbol escuchando a una mujer leerles algo.

No parecía una prisión en absoluto.

El carruaje comenzó a reducir la velocidad mientras se aproximaba a la entrada principal. Brianna notó que había otro carruaje ya detenido frente a las escaleras de entrada, un vehículo elegante y obviamente costoso, de color negro con adornos dorados. Un escudo de armas que no reconoció adornaba la puerta.

—Parece que no somos los únicos visitantes—comentó su padre.

El carruaje de Brianna se detuvo justo detrás del otro. Un lacayo se apresuró a abrir su puerta.

—Bienvenida a Heaven Manor, señorita.

—Muchas gracias—respondió Brianna, aceptando su mano para descender.

Sus piernas se quejaron al tocar el suelo. El viaje había sido largo y todo su cuerpo se sentía adolorido. Estiró discretamente la espalda mientras su padre descendía detrás de ella.

Fue entonces cuando lo vio.

Un hombre acababa de salir del otro carruaje, de espaldas a ella mientras le decía algo a su cochero. Era alto, muy alto, con hombros anchos enfundados en un abrigo de viaje perfectamente cortado. Su cabello era oscuro, casi negro, y lo llevaba ligeramente más largo de lo que dictaba la moda, rozando el cuello de su camisa.

Brianna no sabía por qué, pero no podía apartar la mirada.

Como si hubiera sentido su atención, el hombre se dio la vuelta.

Y el mundo de Brianna se detuvo.

Era, sin lugar a dudas, el hombre más extraordinariamente atractivo que había visto en su vida. No era solo que fuera guapo—aunque lo era, devastadoramente

guapo—era la forma en que llevaba esa belleza, con una especie de arrogancia inconsciente que sugería que estaba perfectamente consciente del efecto que causaba. Sus rasgos eran aristocráticos y afilados: pómulos altos, mandíbula fuerte, nariz recta. Pero eran sus ojos los que la dejaron sin aliento. Incluso desde esa distancia, podía ver que eran de un gris tormentoso, del color del cielo antes de una tormenta.

Y esos ojos estaban clavados directamente en ella.

Brianna sintió como si algo invisible la golpeara en el pecho. El aire entre ellos pareció cambiar, volverse más denso, cargado de algo que ella no podía nombrar. Era como si el resto del mundo se hubiera desvanecido—su padre a su lado, los lacayos, los otros carruajes—y solo existieran ellos dos, mirándose a través del patio de grava.

La expresión del hombre cambió. Sus ojos se abrieron ligeramente, como si hubiera visto algo que no esperaba. Su rostro, que había sido una máscara de indiferencia aristocrática, mostró por un instante algo más profundo. ¿Sorpresa? ¿Reconocimiento? No, eso no tenía sentido. Nunca lo había visto antes. Estaba segura de que lo recordaría.

El hombre dio un paso hacia ella, como atraído por una fuerza invisible. Sus ojos recorrieron su rostro con una intensidad que hizo que el calor se extendiera por las mejillas de Brianna. No era una mirada lasciva o irrespetuosa—había sufrido suficientes de esas como para reconocerlas—era algo diferente. Era como si estuviera buscando algo en su rostro, comparando, evaluando.

Como si la conociera. O como si pensara que debería conocerla.

Brianna se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Forzó a sus pulmones a trabajar, pero no pudo apartar la mirada. Había algo en esos ojos grises que la mantenía cautiva, algo oscuro y fascinante que la hacía querer saber más, entender qué era lo que veía cuando la miraba así.

El hombre abrió la boca, como si fuera a decir algo.

— ¿Señorita Doyle?

La voz del mayordomo rompió el hechizo. Brianna parpadeó, obligándose a apartar la mirada del extraño. Se sentía aturdida, como si acabara de despertar de un sueño particularmente vívido.

—Sí, disculpe—dijo, su voz saliendo más ronca de lo normal. Se aclaró la garganta.

—Si me permiten, les mostraré el salón donde pueden esperar a la señora.

—Sí, por favor. Me gustaría hablar con ella antes de irme—comentó Collin, tomando el brazo de su hija.

Brianna se permitió una última mirada hacia el hombre misterioso. Él seguía observándola, su expresión ahora más controlada pero sus ojos aún ardientes con esa intensidad que la hacía sentir demasiado caliente bajo su vestido de viaje.

Cuando sus ojos se encontraron una vez más, él inclinó la cabeza en un saludo casi imperceptible. No sonrió. No había calidez en su rostro. Pero había algo en la forma en que la miraba que hizo que un escalofrío recorriera su columna vertebral.

No era un escalofrío de miedo.

Brianna se obligó a apartar la vista y siguió al mayordomo hacia el interior de la mansión, muy consciente de que podía sentir esa mirada gris clavada en su espalda con cada paso que daba.

— ¿Estás bien, hija?—preguntó su padre en voz baja—. Estás muy colorada.

—Es el viaje—mintió Brianna—. Solo necesito sentarme un momento.

Pero sabía que no era el viaje. Era el hombre del carruaje, con sus ojos tormentosos y esa forma de mirarla como si pudiera ver directamente dentro de su alma. Como si la conociera. Como si tuviera todo el derecho del mundo a observarla con esa intensidad perturbadora.

Y la parte más aterradora era que una parte de ella—una parte que nunca había sabido que existía—había querido dejar que siguiera mirando.

El interior de Heaven Manor era tan impresionante como el exterior. Los pisos eran de mármol pulido, las paredes estaban decoradas con pinturas de paisajes y retratos familiares, y había flores frescas en jarrones de cristal sobre las mesas auxiliares. Todo hablaba de elegancia refinada pero sin la frialdad que Brianna había esperado de una institución para "señoritas problemáticas".

El mayordomo los guió a través de un amplio vestíbulo hacia un salón al fondo. Las ventanas del salón daban a los jardines traseros, donde Brianna podía ver más de las instalaciones. Definitivamente había establos, y lo que parecía ser un pequeño lago en la distancia.

—La Señora Miller estará con ustedes en un momento—anunció el mayordomo antes de retirarse.

Brianna se acercó a la ventana, incapaz de quedarse quieta. Su mente seguía dando vueltas al encuentro en el patio. ¿Quién era ese hombre? ¿Qué hacía en Heaven Manor? ¿Era un maestro? No, su ropa era demasiado fina, demasiado cara. ¿Un visitante como ellos?

—Buenas tardes.

Brianna se dio la vuelta tan rápido que casi tropieza con su propia falda. Una mujer había entrado al salón, y con ella venía un niño pequeño, rubio de ojos verdes, que caminaba a su lado con pasos tambaleantes de infante.

La mujer era hermosa, con cabello castaño oscuro y ojos cálidos. No podía tener más de treinta años, y había algo en su sonrisa que inmediatamente puso a Brianna más tranquila.

—Buenas tardes—dijo Collin, inclinándose—. Señora Miller supongo.

—Elsy, por favor—dijo la mujer con una sonrisa—. La palabra señora me hace sentir terriblemente vieja. Es un gusto conocerlos, señor y señorita Doyle. Espero que el viaje no haya sido muy pesado.

—En lo absoluto—respondió Collin—. Fue bastante tranquilo y nos detuvimos en algunas posadas.

— ¡Qué precioso niño!—exclamó Brianna, agachándose para quedar a la altura del pequeño que la miraba con curiosidad.

Elsy tomó la mano del niño con orgullo maternal—Es mi hijo Arthur. Disculpen que esté aquí pero a esta edad son un poco demandantes y ni por todas las galletas del mundo quiere estar con su niñera el día de hoy, así que hemos estado juntos mientras yo intento trabajar.

Brianna rio—Pero parece un joven muy obediente.

—Y lo es, pero algo de la rebeldía de su padre ha surgido hoy—el tono de Elsy daba a entender que no le importaba en absoluto porque disfrutaba de estar con su pequeño.

El niño tiró de la falda de su madre, balbuceando algo que sonaba como "¿galletas?"

—Pronto, mi cielo—le prometió Elsy, y luego miró a sus visitantes—. Por favor, tomen asiento y descansen.

Tomó una pequeña campanilla y la hizo sonar. El mayordomo apareció casi instantáneamente.

—Stephens, por favor mande traer un servicio para nuestros visitantes.

—Inmediatamente, milady.

Mientras se sentaban, Elsy notó que Brianna miraba hacia la ventana donde podían verse los caballos en los establos.

— ¿Han llamado su atención los caballos?—preguntó con una sonrisa conocedora.

—Sí, me encantan—admitió Brianna, sintiéndose esperanzada por primera vez desde que había subido al carruaje esa mañana.

— ¡Estupendo! Aquí estará muy a gusto entonces. Yo amo los caballos y varios de nuestros vecinos se dedican al entrenamiento de caballos para carreras además de vender los mejores ejemplares para los clientes más exigentes. De hecho, uno de ellos—añadió con un brillo en los ojos—, acaba de llegar. Estoy segura de que lo conocerá pronto.

El corazón de Brianna dio un salto inexplicable. ¿El vecino? ¿El hombre del carruaje era el vecino?

— ¿El... el vecino?—preguntó, odiando cómo su voz sonaba demasiado aguda.

—El conde de Darmond—dijo Elsy—. David Bentham. Es dueño de la propiedad colindante, Darmond Hall. Un hombre bastante reservado, debo decir. Ha tenido una vida... complicada. Nuestro otro vecino es Wesh Dalka, quien administra una propiedad en la que también se crían caballos hermosos y pura sangre.

— ¿Y porque su vecino ha tenido una vida Complicada?—Collin preguntó con el tono casual de alguien que busca información sin parecer demasiado curioso.

Elsy pareció considerar sus palabras cuidadosamente.

—Digamos que tuvo un compromiso que no terminó bien hace un par de años. Desde entonces se ha volcado completamente en sus caballos y sus negocios. Rara vez lo vemos en eventos sociales, aunque es muy amable cuando viene a Heaven Manor. Tiene un gran aprecio por lo que hacemos aquí.

Un compromiso que no terminó bien. Brianna sintió una punzada de algo que no quiso examinar muy de cerca. ¿Curiosidad? ¿Compasión? No podía ser... no, definitivamente no podía ser celos por una mujer que ni siquiera conocía y que había tenido una relación con un hombre con el que acababa de cruzar miradas por primera vez.

—Tenemos muchas actividades que estoy segura va a disfrutar mucho, señorita Doyle—continuó Elsy, cambiando de tema—. Sé que la mayoría de nuestras huéspedes creen que esto es una cárcel y que estarán aquí encerradas de por vida, pero créame, no hay nada más lejos de la realidad. En Heaven Manor, las ayudamos a enfocar su energía en todo tipo de actividades y tenemos consejeros que las ayudarán a entenderse a ustedes mismas y a tener una mejor relación con su familia y su entorno.

—Me alegra saber eso—dijo Collin—. Me deja más tranquilo porque mi hija es lo que yo más adoro pero soy consciente de su temperamento voluntarioso y su necesidad de estar activa.

En ese momento entró un lacayo con una bandeja de té y pastelillos.

— ¡Galletas!—exclamó el pequeño Arthur, sus ojos iluminándose.

Elsy se echó a reír y tomó una para dársela.

—Les ruego me disculpen, yo sé que no es la forma correcta de recibir visitas, pero...

—No se preocupe. Entendemos perfectamente—dijo Collin, y luego carraspeó—. Aunque si me permite, me gustaría preguntarle algo y temo que puedo parecer algo entrometido.

—Por favor, pregúnteme lo que quiera—dijo Elsy mientras servía el té.

—Bien... yo quisiera saber cómo es que una mujer casada está al frente de un sitio como este y no es juzgada por una sociedad tan estricta como la inglesa. Si estuviera usted en Irlanda, el caso no sería tan grave, pero aquí...bueno, solo digamos que una mujer que trabaja no es muy bien visto, y al final de todo, Haven Manor es un lugar de educación pero también es un negocio.

Elsy sonrió, como si hubiera esperado esa pregunta.

—Es una historia interesante, señor Doyle. Verá, yo tuve una prima que era de esas chicas "problemáticas" hace algunos años. Mi familia la envió a un lugar similar, aunque mucho menos agradable que Heaven Manor. Fue una experiencia... reveladora, diré. Ella en realidad la pasó mal, y por eso, aprovechando que la enseñanza es algo que siempre me apasionó, cuando heredé la fortuna de mi difunto padre, decidí crear algo diferente. Un lugar donde las jóvenes pudieran re educar su comportamiento sin sentirse castigadas por ser quienes son o por errores que pudieron cometer.

—me apena escuchar lo de su padre—dijo Brianna.

—Gracias. Fue duro para mí, pues era muy apegada a mi padre, pero bueno… este lugar me ayudó mucho. Y hace unos años me reencontré con el amor de mi vida y me casé con él. Gracias a Dios, es un hombre de mente abierta que me apoya y le gusta lo que hago. Y en cuanto a la sociedad... —se encogió de hombros con elegancia—. Mi trabajo, mi fortuna y el respaldo de mi esposo me han dado cierta... libertad. Además, resulta que muchas familias aristocráticas tienen hijas "problemáticas" que necesitan un lugar discreto donde puedan aprender sin escándalo público. Heaven Manor ofrece eso.

Brianna se encontró admirando a la mujer. Aquí había una mujer que había tomado su propia experiencia difícil y la había transformado en algo positivo para otras. Era exactamente el tipo de mujer que Brianna aspiraba a ser.

— ¿Y usted, señorita Doyle?—preguntó Elsy, mirándola con ojos amables pero perceptivos—. ¿Qué la trae a Heaven Manor?

Brianna vaciló. Odiaba tener que admitir su "escándalo", pero también se sentía cansada de las mentiras y las medias verdades.

—Abofeteé a un hombre en un baile—dijo finalmente—. Un hombre casado que me había estado cortejando sin decirme que tenía esposa.

Para su sorpresa, Elsy se echó a reír.

— ¡Bien hecho! Aunque imagino que su familia no vio las cosas de la misma manera.

—Mi madre casi se desmaya—admitió Brianna con una pequeña sonrisa—. Mi padre... bueno, creo que secretamente estaba orgulloso, pero como es el hombre responsable de la familia, sintió que debía hacer algo al respecto. —lo miró de reojo. Su padre sencillamente no opinó.

—Y aquí está—dijo Elsy—. Bien, señorita Doyle, creo que nos llevaremos muy bien. Tiene espíritu, y eso me gusta. Solo necesita aprender a canalizarlo de una manera que no cause escándalos públicos.

—Eso espero—dijo Brianna sinceramente.

Pasaron la siguiente hora hablando de los detalles prácticos. Las rutinas diarias, las clases, las actividades disponibles. Elsy explicó que había sesiones de equitación tres veces por semana, lecciones de música y arte, clases de etiqueta (Brianna hizo una mueca ante eso), y sesiones de consejería individual.

—Esta noche daremos una pequeña cena de bienvenida—dijo Elsy—. Nada muy formal, solo para que conozca a algunas de las otras jóvenes y al personal. Y— añadió con un brillo en los ojos—, el conde de Darmond suele cenar con nosotros cuando visita. Estoy segura de que estará esta noche.

El corazón de Brianna dio un salto traicionero. Iba a verlo de nuevo. Al hombre de los ojos grises tormentosos que la había mirado como si... como si ella fuera alguien que había perdido y acababa de encontrar.

—Eso será... agradable—logró decir, aunque su voz sonaba demasiado tensa incluso para sus propios oídos.

Su padre la miró con curiosidad, pero no dijo nada. Después de un rato más de conversación, Collin se puso de pie.

—Bueno, creo que es hora de que me retire. El viaje de vuelta es largo y quiero llegar antes del anochecer.

Brianna sintió un nudo en la garganta. Sabía que este momento llegaría, pero ahora que estaba aquí, se sentía repentinamente como una niña pequeña que no

quería que su padre se fuera.

—Papá...

Collin tomó sus manos—Estarás bien, hija. La Señora Miller cuidará de ti, y yo vendré a visitarte pronto. Y recuerda—le dio un beso en la frente—, esto no es un castigo. Es una oportunidad. Una oportunidad para descubrir quién quieres ser realmente.

Brianna parpadeó rápidamente para contener las lágrimas.

—Te amo, papá.

—Y yo a ti, mi niña rebelde—le sonrió—. Siempre estaré orgulloso de ti, incluso cuando me haces perder la cabeza con tus ocurrencias.

Se despidió de la Señora Miller con cortesía y luego se marchó, dejando a Brianna sintiéndose repentinamente muy sola en ese lugar desconocido.

—Ven—dijo Elsy suavemente, tomando su brazo—. Te mostraré tu habitación. Podrás descansar un poco antes de la cena.

Subieron por una elegante escalera hasta el segundo piso. El pasillo estaba bien iluminado con ventanas que daban al jardín trasero. Elsy se detuvo frente a una puerta pintada de blanco.

—Esta será tu habitación. Comparte el baño con la habitación contigua, donde se aloja la señorita Pemberton. Es una joven encantadora, estoy segura de que se llevarán bien.

Abrió la puerta y Brianna contuvo el aliento. La habitación era hermosa. No grande, pero acogedora. Había una cama con dosel con cortinas de muselina blanca, un armario, un tocador con espejo, y una pequeña mesa con dos sillas junto a la ventana. Las paredes estaban pintadas de un suave color crema, y había flores frescas en un jarrón sobre el tocador.

—Es hermosa—susurró Brianna.

—Me alegra que te guste. Tu baúl llegará pronto. ¿Necesitas ayuda con algo?

—No, gracias. Creo que solo... me gustaría estar sola un momento.

Elsy le dio un apretón comprensivo en el hombro.

—Por supuesto. La cena es a las siete. Alguien vendrá a buscarte. Descansa, Brianna.

Cuando la puerta se cerró detrás de la Señora Miller, Brianna se dejó caer en la cama, sintiéndose extrañamente exhausta a pesar de que apenas era media tarde.

Se quitó los zapatos y se acercó a la ventana. Desde allí tenía una vista perfecta de los establos y el campo de práctica. Podía ver a las jóvenes que había notado antes, ahora desmontando después de su sesión. El hombre mayor que las acompañaba—el maestro de equitación, supuso—estaba dando instrucciones.

Y entonces lo vio.

El conde de Darmond estaba de pie junto a uno de los establos, hablando con un mozo. Incluso desde esa distancia, Brianna podía ver la forma en que sus manos se movían con gestos seguros mientras examinaba a un caballo espléndido de color negro. El animal era magnífico, todo músculo y poder contenido.

Como su dueño, pensó Brianna, y luego se sonrojó ante sus propios pensamientos.

Como si hubiera sentido su mirada, el conde levantó la vista hacia la ventana.

Brianna debería haberse apartado. Debería haber dejado caer la cortina. Pero no lo hizo.

Se quedó allí, mirándolo mientras él la miraba de vuelta a través de la distancia que los separaba. Incluso desde tan lejos, podía sentir la intensidad de esa mirada gris. Su corazón latía demasiado rápido, su respiración era demasiado superficial.

El conde no sonrió. No hizo ningún gesto. Simplemente la miró con esa intensidad desconcertante que la hacía sentir como si estuviera al borde de un precipicio, a punto de caer.

Y la parte más aterradora era que una parte de ella quería saltar.

Finalmente, él inclinó la cabeza—un reconocimiento mínimo—y volvió su atención al caballo.

Brianna se apartó de la ventana con el corazón acelerado, presionando una mano contra su pecho como si pudiera calmarlo.

¿Qué me está pasando?

Nunca había reaccionado así ante un hombre. Ni siquiera el señor Whitmore, con todas sus atenciones y halagos, había logrado hacerla sentir así. Esto era diferente. Más intenso. Más peligroso.

Se obligó a alejarse de la ventana y comenzó a desempacar las pocas cosas que había traído en su bolso de mano mientras esperaba que llegara su baúl.

Pero no podía dejar de pensar en él. En el conde de Darmond. David Bentham.

Un hombre con un compromiso roto en su pasado. Un hombre que la había mirado como si la conociera. Como si estuviera buscando algo en ella.

Y esa noche, en la cena, lo volvería a ver.

Brianna se preguntó si había traído un vestido lo suficientemente apropiado. Y luego se preguntó por qué le importaba tanto.

Porque sabía, con una certeza que no podía explicar, que algo había cambiado en el momento en que sus ojos se habían encontrado con los de ese hombre en el patio.

Algo irrevocable.

Algo que, para bien o para mal, cambiaría el curso de su vida.

CAPÍTULO 2

Brianna se miró en el espejo por quinta vez en los últimos diez minutos, ajustando nerviosamente los pliegues de su vestido de noche. Era de seda color verde esmeralda, con un escote modesto pero favorecedor que resaltaba su figura sin ser inapropiado. Su doncella—una muchacha dulce llamada Mary que Heaven Manor había asignado para ayudarla—había hecho maravillas con su cabello, recogiéndolo en un elaborado peinado que dejaba caer algunos rizos estratégicamente sobre sus hombros.

—Está usted preciosa, señorita Doyle—dijo Mary con una sonrisa sincera—. El color de ese vestido hace resaltar sus ojos verdes de una manera espléndida.

Brianna sonrió débilmente. Sus ojos eran de un verde intenso, casi del color de las colinas irlandesas en verano. Siempre habían sido su rasgo más distintivo, junto con su cabello rubio claro que con cierta luz se veía con tonos cobrizos. Su padre siempre decía que parecía la gemela de su prima Úrsula y que afortunadamente el cabello de ambas era de color distinto, de lo contrario nadie podría diferenciarlas.

—Gracias, Mary. Creo que estoy... lista.

Mentira. No estaba lista en absoluto. Su estómago estaba hecho un nudo y sus manos temblaban ligeramente. Se dijo a sí misma que era solo nerviosismo por conocer a las otras jóvenes de Heaven Manor, por enfrentarse a su nueva vida en este lugar.

Pero sabía que era mentira.

Era por *él*. Por el conde de Darmond. Por esos ojos grises que había visto dos veces ya ese día y que no podía sacarse de la cabeza.

Esto es ridículo, se regañó mentalmente. *Es solo un hombre. Un hombre arrogante y probablemente insoportable que te miró de una forma extraña. Nada más.*

Pero incluso mientras lo pensaba, sabía que tampoco eso era verdad.

Un golpe suave en la puerta la hizo dar un pequeño salto.

— ¿Señorita Doyle? Soy Margaret Pemberton, su vecina de habitación. ¿Puedo pasar?

—Sí, por favor—dijo Brianna, agradecida por la distracción.

La puerta se abrió y entró una joven de aproximadamente su edad, quizás un año o dos mayor. Era rubia, con rizos dorados que enmarcaban un rostro de facciones delicadas. Sus ojos eran de un azul claro y había un aire de dulzura en su expresión que inmediatamente le cayó bien a Brianna.

—Pensé que podríamos bajar juntas—dijo Margaret con una sonrisa tímida—. Es menos intimidante en compañía.

—Eso sería maravilloso—respondió Brianna con alivio—. La verdad es que estoy un poco nerviosa.

—Yo también. Siempre lo estoy cuando hay eventos sociales. Pero la Señora Miller es muy amable y las otras chicas son... bueno, la mayoría son agradables. Y la comida es excelente—añadió con un guiño que hizo reír a Brianna.

Mientras bajaban las escaleras juntas, Margaret le contó en susurros sobre algunas de las otras residentes de Heaven Manor. Estaba Caroline, que había sido enviada allí por robar un caballo de su padre para ir a ver a su amante secreto. Estaba Judith, que había rechazado cinco propuestas de matrimonio y conducido a su madre al borde de un colapso nervioso. Y estaba Penelope, que simplemente se negaba a hablar en eventos sociales, lo cual su familia consideraba "profundamente embarazoso".

—Todas tenemos nuestras historias—dijo Margaret filosóficamente—. Todas hicimos algo que nuestras familias no pudieron tolerar. Pero aquí... aquí es diferente. La Señora Miller realmente se preocupa por nosotras.

— ¿Y tú?—preguntó Brianna—. ¿Qué te trajo aquí? Si no te importa que pregunte.

Margaret rio, pero había un toque de amargura en el sonido.

—Me enamoré del hombre equivocado. Un segundo hijo sin fortuna ni título. Mi padre se horrorizó. Cuando amenacé con fugarme, me envió aquí para "reconsiderar mis opciones". Llevo tres meses y... honestamente, ya no estoy segura de lo que quiero.

Brianna le dio un apretón comprensivo en el brazo. Parecía que todas las mujeres aquí compartían algo en común: habían desafiado las expectativas de la sociedad de una forma u otra.

Llegaron al salón principal, que había sido transformado para la ocasión. Las mesas habían sido dispuestas en forma de U, con la mesa principal elevada ligeramente sobre las demás. Había velas por todas partes, arrojando una luz cálida y dorada sobre todo. Flores frescas adornaban cada mesa y el aroma a comida deliciosa flotaba en el aire.

Ya había varias jóvenes reunidas, todas vestidas con sus mejores galas. Brianna reconoció a algunas de las que había visto esa tarde en los jardines. La Señora Miller estaba de pie cerca de la mesa principal, conversando con un hombre mayor que llevaba el atuendo de un caballero rural acomodado.

Y entonces lo vio.

David Bentham, conde de Darmond, estaba de pie junto a una de las ventanas, con una copa de vino en la mano, observando la habitación con esa expresión de distante indiferencia que Brianna estaba empezando a reconocer como su máscara habitual.

Pero cuando sus ojos encontraron los de ella a través de la habitación, esa máscara se resquebrajó por un momento. Sus ojos se oscurecieron, su mano se tensó alrededor de la copa, y Brianna juró que vio su pecho elevarse con una inhalación profunda.

El aire entre ellos volvió a cambiar, a cargarse con esa electricidad inexplicable que había sentido en el patio esa tarde.

—Oh—susurró Margaret a su lado, siguiendo la dirección de su mirada—. Ya veo.

— ¿Qué?—preguntó Brianna, obligándose a apartar la vista.

—El conde de Darmond—dijo Margaret, su voz ahora más baja y cuidadosa—. Ten cuidado con ese, Brianna. Es... complicado.

—Eso he oído—murmuró Brianna—. Algo sobre un compromiso roto.

Margaret abrió la boca como si fuera a decir algo más, pero en ese momento Elsy, se acercó a ellas con una sonrisa cálida.

— ¡Señorita Doyle! Me alegra que hayas bajado. Ven, déjame presentarte a algunas de las otras jóvenes.

La siguiente media hora fue un torbellino de nombres y rostros. Brianna conoció a Caroline, que efectivamente tenía un espíritu tan salvaje como su historia sugería. Conoció a Judith, que resultó ser sorprendentemente divertida y directa. Conoció a Penelope, que le sonrió tímidamente pero no dijo una palabra. Y conoció a varias otras, todas con sus propias historias de rebeldía e inconformidad.

Pero durante todo ese tiempo, Brianna era dolorosamente consciente de la presencia del conde al otro lado de la habitación. Podía sentir su mirada sobre ella, como un peso físico que hacía que su piel hormigueara y su corazón latiera demasiado rápido.

Finalmente, llegó el momento de sentarse a cenar. Para su sorpresa, y su creciente nerviosismo, la Señora Miller la había colocado en la mesa principal, no muy lejos de donde el conde estaría sentado.

—Pensé que te gustaría estar cerca de personas que aman los caballos tanto como tú—le había dicho Elsy con un guiño que hizo que Brianna sospechara que la Señora Miller sabía exactamente lo que estaba haciendo.

La cena comenzó con una sopa de champiñones exquisita, seguida de pescado fresco con salsa de mantequilla y limón. La conversación fluyó alrededor de Brianna—discusiones sobre caballos, sobre la campiña inglesa, sobre eventos sociales próximos—pero ella apenas podía concentrarse en nada que no fuera el hombre sentado a solo tres lugares de distancia.

No habían intercambiado una sola palabra todavía. Ni siquiera una presentación formal. Pero cada vez que sus ojos se encontraban accidentalmente, Brianna sentía como si todo el aire abandonara sus pulmones.

Fue durante el segundo plato cuando finalmente sucedió.

—Conde Darmond—dijo Elsy—, no creo que haya conocido formalmente a nuestra nueva huésped. Esta es la señorita Brianna Doyle, de Irlanda. Señorita Doyle, le presento a David Bentham, conde de Darmond, nuestro vecino y uno de los mejores criadores de caballos de toda Inglaterra.

Por un momento, Brianna pensó que él no iba a responder. Se quedó inmóvil, sus ojos clavados en ella con una intensidad que hizo que el calor se extendiera por sus mejillas. Luego, lentamente, se puso de pie e inclinó la cabeza en un saludo formal.

—Señorita Doyle—su voz era profunda, ligeramente ronca, con un toque de algo que podría haber sido... ¿emoción contenida?—. Es un placer conocerla.

Brianna se obligó a sonreír cortésmente, aunque su corazón latía como un tambor de guerra.

—El placer es mío, milord.

Sus ojos se encontraron y se sostuvieron. El resto de la habitación pareció desvanecerse. Brianna podía oír su propia respiración, demasiado rápida, demasiado superficial. Podía ver la forma en que la mandíbula de él se tensaba, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo por mantener el control.

—Entiendo que es usted amante de los caballos—dijo él finalmente, su voz más controlada ahora.

—Sí, desde niña. Mi padre tiene un pequeño lote de cría en Irlanda.

— ¿De veras?—algo en su expresión cambió, suavizándose ligeramente—. Me encantaría escuchar más al respecto. Si le gusta la idea, por supuesto.

No era realmente una invitación. Era casi... ¿vacilación? Como si no estuviera seguro de cómo proceder, algo que parecía completamente fuera de lugar en un hombre que obviamente estaba acostumbrado a tener el control de todo.

—Me gustaría mucho—respondió Brianna antes de que pudiera pensar mejor en ello.

Él asintió lentamente, y por un momento, solo por un momento, ella vio algo en sus ojos. Algo vulnerable. Algo casi... doloroso.

Luego la máscara volvió a su lugar y él se sentó de nuevo, volviendo su atención a su plato como si la conversación nunca hubiera ocurrido.

Pero Brianna notó que sus manos no estaban del todo firmes cuando tomó su copa de vino.

La cena continuó. Después del plato principal vino el postre—un delicioso pudín de limón—y luego la Señora Miller anunció que habría baile en el salón contiguo.

—Nada muy formal—dijo con una sonrisa—. Solo una oportunidad para que nuestras jóvenes practiquen sus pasos y se diviertan un poco.

Las mesas fueron retiradas rápidamente y los muebles reorganizados. Un pequeño grupo de músicos que Brianna no había notado antes comenzó a tocar una melodía suave y agradable. Algunas de las jóvenes comenzaron a bailar entre ellas, riendo y disfrutando de la libertad del momento.

Brianna se mantuvo al margen, observando. Margaret había sido invitada a bailar por el caballero mayor que resultó ser el maestro de equitación, el señor Thornton. La Señora Miller bailaba con su esposo Oswald, que había llegado justo a tiempo para los postres, con su pequeño hijo dormido en brazos de una niñera cercana.

— ¿No baila, señorita Doyle?

La voz profunda a su lado la hizo saltar. Se dio la vuelta y se encontró cara a cara con el conde de Darmond, que estaba de pie peligrosamente cerca de ella.

—Yo... sí, bailo—logró decir, odiando cómo su voz sonaba sin aliento—. Solo estaba... observando.

—Observar es seguro—dijo él, y había un toque de algo— ¿burla? ¿Comprensión?—en su voz—. Pero no es muy divertido.

Extendió su mano, una invitación silenciosa. Brianna sabía que debería rechazar. Sabía que había algo peligroso en este hombre, algo en la forma en que la miraba que sugería que el baile no sería solo un baile. Pero también sabía que si rechazaba ahora, pasaría el resto de la noche preguntándose qué habría pasado.

Puso su mano en la de él. El contacto fue eléctrico. Incluso a través de sus guantes, podía sentir el calor de su piel, la fuerza de sus dedos al cerrarlos alrededor de los suyos. Él la guió hacia el centro del salón, donde otras parejas ya estaban bailando.

La música cambió a un vals, y él la tomó en sus brazos con una confianza que hablaba de años de práctica en salones de baile aristocráticos. Una mano en su

cintura, la otra sosteniendo su mano, lo suficientemente cerca como para ser apropiado pero no tanto como para causar escándalo.

Y aun así, Brianna se sintió como si estuviera demasiado cerca. Como si no hubiera suficiente aire entre ellos.

Comenzaron a bailar.

David Bentham era un bailarín excepcional, eso era indiscutible. Se movía con una gracia fluida que contrastaba con su tamaño imponente, guiándola a través de los pasos con una facilidad que hizo que Brianna, que era una bailarina competente pero no excepcional, se sintiera como si estuviera flotando.

Pero no era su habilidad lo que la tenía sin aliento. Era la forma en que la miraba mientras bailaban. Era la forma en que sus ojos nunca abandonaban su rostro, como si estuviera memorizando cada detalle. Era la forma en que su mano en su cintura parecía quemar a través de las capas de tela, marcando su piel.

—Baila muy bien, señorita Doyle—dijo él, su voz baja e íntima.

—Usted también, milord—respondió ella, intentando mantener algo de compostura—. Aunque sospecho que tiene mucha más práctica que yo.

—He bailado en mi parte justa de eventos sociales—admitió—. Aunque no he disfrutado de un baile tanto como este en... mucho tiempo.

Brianna levantó la vista hacia él, sorprendida por la admisión. Había algo en su expresión que no podía leer del todo. Algo oscuro y complejo.

— ¿Por qué?—preguntó antes de poder detenerse.

Sus ojos se encontraron con los de ella, y por un momento pareció como si fuera a decir algo importante. Algo real. Pero entonces la música cambió, volviéndose más rápida, y él la hizo girar con un movimiento experto que la dejó momentáneamente mareada.

Cuando la atrapó de nuevo en sus brazos, estaban más cerca que antes. Impropiamente cerca. Brianna podía sentir el calor de su cuerpo, podía oler su colonia, algo con notas de sándalo y especias. Podía ver la forma en que su mandíbula se tensaba, como si estuviera luchando contra algo.

—Tiene que perdonarme—dijo él de repente, su voz más ronca que antes—. Pero debo saber... ¿ha estado en Londres alguna vez?

La pregunta la tomó por sorpresa.

—No, nunca. He pasado toda mi vida en Irlanda hasta ahora.

Algo cruzó su rostro. ¿Decepción? ¿Alivio? Brianna no podía estar segura.

—Es solo que... se parece a alguien que conocí una vez—dijo, y había un dolor en su voz que hizo que el corazón de Brianna se apretara—. Extraordinariamente parecida, de hecho.

Ah. Así que eso era. La forma en que la miraba, la intensidad, la fascinación. No tenía nada que ver con *ella*. Tenía que ver con alguien más. Alguien a quien ella le recordaba.

El dolor que sintió ante esa realización fue desproporcionado y completamente irracional. Apenas conocía a este hombre. No debería importarle si la miraba como si fuera el fantasma de otra mujer.

Pero le importaba. Maldición, le importaba.

—Ya veo—dijo, su voz saliendo más fría de lo que pretendía—. Debo decir, milord, que es bastante descortés bailar con una mujer mientras piensa en otra.

Sus ojos se abrieron con sorpresa ante su directa reprimenda. Y entonces, para su asombro, una pequeña sonrisa curvó sus labios. No era una sonrisa completa, apenas un atisbo, pero transformó su rostro por completo.

—Tiene razón, por supuesto—dijo—. Mis disculpas, señorita Doyle. Ha sido imperdonablemente grosero de mi parte.

—Sí, lo ha sido—respondió ella, aunque el calor de su enojo ya estaba disminuyendo ante esa sonrisa.

La música estaba llegando a su fin. Brianna esperaba que él la escoltara de vuelta a su lugar, que ese extraño e intenso baile terminara y pudiera recuperar su equilibrio.

En cambio, cuando la música se detuvo, él inclinó la cabeza hacia ella y susurró:

— ¿Caminaría conmigo en el jardín, señorita Doyle? Me gustaría... me gustaría disculparme apropiadamente.

Todas las alarmas en la cabeza de Brianna se dispararon. Una señorita soltera no caminaba a solas con un caballero en el jardín a menos que estuviera comprometida con él o quisiera arruinar su reputación por completo.

Pero una parte de ella—la misma parte rebelde que la había metido en problemas toda su vida—quería decir que sí. Quería saber más sobre este hombre. Quería entender por qué la miraba como si fuera un misterio que necesitaba resolver.

—Está bien—se oyó decir—. Pero solo por un momento.

La sonrisa de él se hizo ligeramente más amplia.

—Por supuesto.

El jardín de Heaven Manor era hermoso bajo la luz de la luna. Las flores que Brianna había admirado esa tarde ahora estaban bañadas en plateado, sus aromas intensificados por la frescura de la noche. Había un camino de grava que serpenteaba entre los parterres, bordeado por arbustos cuidadosamente podados.

David la guió por ese camino en silencio, su mano todavía sosteniendo la de ella aunque el baile había terminado. Brianna sabía que debería retirar su mano, pero no lo hizo. No quería romper ese contacto.

Caminaron hasta que la música y las voces del salón de baile se convirtieron en un murmullo distante. Finalmente, él se detuvo cerca de una fuente ornamental, donde el agua caía suavemente creando un sonido relajante.

Durante un largo momento, ninguno de los dos habló. David parecía estar luchando consigo mismo, su mandíbula tensa, sus manos apretándose y relajándose a sus costados.

—No debería haberla traído aquí—dijo finalmente, su voz baja y tensa— Es inapropiado.

—Sí, lo es—estuvo de acuerdo Brianna—. Y sin embargo, aquí estamos.

Él se volvió hacia ella, y bajo la luz de la luna sus ojos parecían más oscuros, más intensos.

— ¿Tiene miedo de mí, señorita Doyle?

Brianna consideró la pregunta. *¿Tenía miedo?* No de que él le hiciera daño físicamente, eso lo sabía instintivamente. Pero sí tenía miedo de algo más. De la forma en que la hacía sentir. De la intensidad de su propia reacción hacia él.

—No—dijo finalmente—. No le tengo miedo.

—Debería—respondió él con una risa amarga—. Soy un hombre con... demasiados demonios. Y usted... usted es...

— ¿Qué?—presionó Brianna cuando él no continuó—. ¿Qué soy yo para usted, milord?

—No lo sé—admitió, y había algo crudo en su voz, algo vulnerable que no esperaba—. Esa es la maldita verdad. La veo y no sé si... —se detuvo, pasándose una mano por el cabello en un gesto de frustración—. Esto es una locura.

— ¿Qué es una locura?

—Esto. Usted. La forma en que no puedo dejar de mirarla. La forma en que he pensado en usted todo el día desde que la vi esta mañana. Es... no es racional.

El corazón de Brianna latía tan fuerte que estaba segura de que él podía oírlo. Dio un paso hacia él, movida por un impulso que no entendía del todo.

—Quizás—dijo suavemente—no todo necesita ser racional.

Sus ojos se encontraron en la semioscuridad. Brianna podía ver el conflicto en su rostro, la guerra que libraba consigo mismo. Y entonces, como si algo se hubiera roto dentro de él, cerró la distancia entre ellos.

No hubo advertencia. No hubo petición de permiso. Un momento estaban separados, y al siguiente, sus labios estaban sobre los de ella.

El beso fue... devastador, deslizó su lengua sobre la de ella sintiendo su sabor a fuego y vino, a la vez que sus manos se deslizaban hacia abajo desde su cintura para ahuecar su trasero y bebía de ella con avidez. Brianna sabía que debía abofetearlo por ese atrevimiento pero se sentía tan bien ser tocada por sus fuertes manos que lo permitió. Esto era totalmente nuevo para ella, no obstante era una sensación embriagadora.

El beso siguió y fue aumentando su intensidad al tiempo que él solo pensaba en que esa mujer era adictiva y que ese beso solo sería el comienzo de una sensación para la que nunca encontraría la saciedad. Rompió el beso, levantó la cabeza y abrió la boca para sugerir que regresaran adentro pero Brianna volvió a acercarse y sin saber siquiera lo que hacía, presionó su suave cuerpo contra él, haciendo estragos en el miembro de David que ya estaba a punto de reventar.

No era suave o tentativo. Era demandante, casi desesperado, como si él hubiera estado muriendo de sed y ella fuera agua fresca. Sus manos subieron para enmarcar su rostro, sosteniéndola en su lugar mientras su boca reclamaba la de ella con una intensidad que la dejó sin aliento.

Él hizo un sonido bajo en su garganta, algo entre un gemido y un gruñido, y profundizó el beso. Su lengua rozó la de ella, enviando ondas de calor a través de su cuerpo. Era como si estuviera siendo consumida por el fuego, quemándose desde adentro, y la parte más aterradora era que no quería que se detuviera.

Pero entonces, tan abruptamente como había comenzado, él se apartó.

Dio varios pasos hacia atrás, su respiración agitada, sus ojos salvajes. Brianna se quedó allí, temblando, su mano subiendo inconscientemente para tocar sus labios hinchados.

—Yo...—comenzó él, pero ella no lo dejó terminar.

La niebla del deseo se estaba despejando, siendo reemplazada por una oleada de indignación y vergüenza. *¿Qué había hecho? ¿Cómo había permitido que un completo extraño la besara así? ¿Y cómo había respondido con tal... tal abandono?*

— ¿Cómo se atreve?—su voz salió temblorosa pero furiosa—. No tiene ningún derecho...

—Lo sé—dijo él, pasándose una mano por el rostro—. Tiene toda la razón. No tengo excusa. Fue... imperdonable.

—Debería abofetearlo—dijo Brianna, y lo decía en serio. Sus manos temblaban con la necesidad de hacer exactamente eso.

—Probablemente debería—estuvo de acuerdo, y había algo casi divertido en su voz ahora, lo cual solo la enfureció más.

—No soy una de sus conquistas, milord—dijo, levantando la barbilla desafiante —. No puede simplemente... simplemente besarme porque le recuerdo a alguien. No soy el fantasma de ninguna mujer.

Eso borró cualquier atisbo de diversión de su rostro. La miró con una intensidad que la hizo querer retroceder, pero se mantuvo firme.

—No—dijo lentamente—. No, definitivamente no es un fantasma, señorita Doyle.

— ¿Entonces qué soy?—exigió saber—. ¿Por qué me mira así? ¿Por qué me besó así?

Él dio un paso hacia ella, luego otro, hasta que estuvieron peligrosamente cerca de nuevo. Pero esta vez no la tocó. Solo la miró con esos ojos grises tormentosos que parecían ver demasiado.

—Porque—dijo en voz baja, casi como si estuviera admitiendo algo terrible—es usted mucho más peligrosa que un fantasma, señorita Doyle.

— ¿Peligrosa?—repitió Brianna, desconcertada—. ¿Yo?

—Sí—su voz era apenas un susurro ahora—. Porque los fantasmas no pueden hacerme sentir. Y usted... Dios me ayude, usted me hace sentir.

Brianna no sabía qué decir a eso. No entendía qué significaba. Pero antes de que pudiera preguntar, una voz las llamó desde el camino.

— ¿Señorita Doyle? ¿Está usted ahí?

Era Margaret, probablemente enviada a buscarla.

David dio un paso atrás, recomponiendo su máscara de indiferencia aristocrática con una velocidad que era casi impresionante.

—Debería volver—dijo, su voz ahora formal y distante—. Y yo... debería irme. Buenas noches, señorita Doyle.

Se inclinó brevemente y luego se alejó por otro camino, desapareciendo en las sombras del jardín antes de que Brianna pudiera responder.

Ella se quedó allí, temblando, con los dedos todavía sobre sus labios, mientras Margaret aparecía por el camino.

— ¡Aquí estás! Te he estado buscando. ¿Estás bien? Te ves... acalorada.

—Estoy bien—mintió Brianna—. Solo necesitaba aire fresco.

Pero mientras caminaba de regreso al salón con Margaret charlando a su lado, Brianna sabía que nada estaba bien. Nada estaría bien nunca más.

Porque David Bentham la había besado, y había sido el beso más devastador, más confuso, más absolutamente aterrador de su vida.

Y la parte más aterradora de todo era que, a pesar de su indignación, a pesar de saber que estaba mal, una parte de ella quería que volviera a hacerlo.

El resto de la velada pasó en una especie de neblina para Brianna. Respondió cuando le hablaban, sonrió cuando era apropiado, incluso bailó con el señor Thornton una vez. Pero su mente estaba en otra parte, reviviendo una y otra vez esos momentos en el jardín.

El conde de Darmond no regresó al salón. Brianna lo supo porque no podía dejar de buscar su figura alta y oscura entre la multitud. Había desaparecido, probablemente de vuelta a su propia propiedad, dejándola con más preguntas que respuestas.

Finalmente, cuando el reloj marcó las once, la Señora Miller anunció el fin de las festividades.

—Mañana comienza nuestro horario regular—dijo con una sonrisa—. Así que les sugiero que descansen bien esta noche.

Brianna subió las escaleras con las otras jóvenes, todas charlando animadamente sobre el baile. Margaret caminaba a su lado, pero afortunadamente no preguntó más sobre su desaparición en el jardín.

Fue solo cuando Brianna estaba de vuelta en su habitación, con Mary ayudándola a desvestirse, que permitió que sus pensamientos vagaran libremente de nuevo.

"Usted me hace sentir", había dicho. ¿Qué significaba eso? ¿Y quién era la mujer a la que supuestamente se parecía?

— ¿Disfrutó de la velada, señorita?—preguntó Mary mientras le soltaba el cabello.

—Sí—respondió Brianna automáticamente—. Fue... memorable.

Una vez que Mary se fue, Brianna se acercó a la ventana de su habitación. Desde allí podía ver, a lo lejos, las luces de lo que debía ser Darmond Hall. La propiedad vecina. La casa de él.

¿Estaría despierto ahora? ¿Pensando en ella como ella pensaba en él?

Se obligó a apartarse de la ventana y meterse en la cama. Pero el sueño no llegó fácilmente. Cada vez que cerraba los ojos, podía sentir sus labios sobre los suyos, podía oír su voz diciendo que era "peligrosa".

A la mañana siguiente, Brianna se despertó con el sol filtrándose a través de las cortinas. Por un momento se sintió desorientada, hasta que recordó dónde estaba. Heaven Manor. Su nueva vida.

Y David Bentham, el hombre que la había besado como si estuviera muriendo de sed.

Se vistió con la ayuda de Mary y bajó al comedor para el desayuno. Varias de las otras jóvenes ya estaban allí, llenando sus platos del buffet dispuesto sobre una mesa auxiliar.

Brianna se sentó junto a Margaret, que le sonrió alegremente.

—Buenos días. Dormiste bien, espero.

—Más o menos—admitió Brianna, sirviendo té en su taza.

Fue entonces cuando escuchó las voces. Dos de las jóvenes—Brianna no recordaba sus nombres—estaban sentadas no muy lejos, hablando en voz baja pero lo suficientemente alta como para que ella pudiera oír.

— ¿Viste cómo la miraba anoche?—decía una de ellas—. Igual que la miraba a *ella*. Es inquietante, ¿no crees?

—Muy inquietante—respondió la otra—. Aunque tiene sentido. El parecido es notable.

— ¿Crees que ella lo sabe? ¿Qué se parece a la mujer que rompió su corazón?

Brianna se quedó helada, su taza de té a medio camino de sus labios. Margaret la miró con preocupación.

—Brianna, ¿estás bien? Te has puesto muy pálida.

Pero Brianna apenas la oía. Su mente estaba dando vueltas. *La mujer que rompió su corazón*. *El parecido es notable*. ¿A quién se parecía ella? ¿Y quién era esa mujer que había dejado al conde tan claramente destrozado?

—Disculpa—dijo, poniéndose de pie abruptamente—. Necesito... necesito aire fresco.

Salió del comedor antes de que Margaret pudiera detenerla, su corazón latiendo con fuerza. Necesitaba respuestas. Necesitaba saber qué estaba pasando.

Pero más que nada, necesitaba entender por qué le importaba tanto.

Caminó sin rumbo por los pasillos de Heaven Manor hasta que se encontró en la biblioteca. Era una habitación hermosa, llena de estanterías del suelo al techo repletas de libros. Las ventanas daban a los jardines traseros, y había varios sillones cómodos dispersos por la habitación.

Estaba vacía a esa hora de la mañana, lo cual le vino bien. Brianna se dejó caer en uno de los sillones, presionando sus manos contra su rostro.

Cálmate, se dijo. *Esto es ridículo. No conoces a este hombre. No debería importarte a quién se parecías o por qué te besó.*

Pero sí importaba. Maldita sea, importaba.

— ¿Señorita Doyle?

Brianna levantó la vista bruscamente. La Señora Miller estaba de pie en la puerta, mirándola con preocupación maternal.

—Señora Miller—dijo Brianna, intentando recomponerse—. Disculpe, yo solo...

—Mary me dijo que parecías alterada—dijo Elsy, entrando en la biblioteca y cerrando la puerta detrás de ella—. ¿Sucedió algo anoche?

Brianna vaciló. Parte de ella quería negar todo, mantener sus confusos sentimientos para sí misma. Pero otra parte necesitaba respuestas desesperadamente.

—El conde de Darmond—dijo finalmente—. Algunas de las jóvenes estaban hablando sobre... sobre cómo me parezco a alguien. A alguien de su pasado.

La expresión de Elsy se suavizó con comprensión y algo de pena.

—Ah—dijo suavemente—. Ya veo.

— ¿Es verdad?—preguntó Brianna—. ¿Me parezco a... a la mujer que lo lastimó?

Elsy se sentó en el sillón frente a ella, tomándose su tiempo para responder.

—Brianna—dijo finalmente—, voy a ser honesta contigo porque creo que mereces la verdad. Sí, te pareces extraordinariamente a una joven que el conde cortejó hace un par de años. El parecido es... inquietante, de hecho.

El corazón de Brianna se apretó dolorosamente.

— ¿Quién era ella?

—Una joven dama irlandesa. Él la conoció en Londres durante la temporada. Se enamoró de ella bastante profundamente, por lo que entiendo. Le propuso matrimonio, pero ella lo rechazó. Se casó con otro hombre poco después.

— ¿Y él...?—Brianna apenas podía pronunciar las palabras—. ¿Todavía la ama?

Elsy suspiró.

—Eso, querida niña, es algo que solo él puede responder. Pero te diré esto: David Bentham es un buen hombre bajo toda esa frialdad. Ha sido lastimado, sí, pero eso no lo hace incapaz de... bueno, de sentir de nuevo.

Brianna pensó en lo que dijo la noche anterior. *"Usted me hace sentir"*.

— ¿Conoce el nombre de esa mujer?—preguntó, aunque una parte de ella no estaba segura de querer saberlo.

Elsy la miró largamente antes de responder—Se llamaba Úrsula. Úrsula Doyle.

El mundo de Brianna se detuvo.

Doyle. El mismo apellido que ella.

— ¿Doyle?—repitió débilmente—. ¿Está segura?

—Completamente. —la miró con algo de tristeza.

Úrsula Doyle. Su prima. Su hermosa, elegante, perfecta prima Úrsula que se había casado con un apuesto escocés hace dos años.

El conde de Darmond había estado enamorado de su prima Úrsula. Y ahora ella estaba aquí, pareciéndose tanto a Úrsula que él no podía dejar de mirarla. Que la había besado en el jardín mientras probablemente pensaba en otra mujer.

Brianna sintió que iba a vomitar.

—Necesito... disculpe, necesito estar sola—logró decir, poniéndose de pie con piernas temblorosas.

—Brianna...

Pero ella ya estaba huyendo, corriendo de vuelta a su habitación donde podría procesar esto en privado. Donde podría gritar o llorar o simplemente sentir el peso devastador de esta realización.

David Bentham no sentía nada por ella. Lo que sentía era por el fantasma de su prima. Por una mujer que lo había rechazado y se había casado con otro hombre. Y ella, tonta e ingenua, había empezado a sentir algo por él después de un solo baile y un beso robado.

Cerró la puerta de su habitación de golpe y se dejó caer en la cama, permitiendo finalmente que las lágrimas cayeran.

Porque ahora sabía la verdad. Y la verdad era mucho peor de lo que había imaginado.

CAPÍTULO 3

Habían pasado tres días desde la noche del baile. Tres días desde ese beso devastador en el jardín. Tres días desde que Brianna había descubierto la verdad sobre el conde de Darmond y su prima Úrsula.

Y en esos tres días, Brianna había hecho todo lo posible por evitar cualquier encuentro con él.

No había sido difícil. David no había vuelto a Heaven Manor desde aquella noche, y Brianna se había asegurado de mantenerse ocupada con las actividades programadas por la señora Miller. Clases de música por las mañanas, sesiones de lectura por las tardes, etiqueta (que odiaba con pasión) después del té. Había llenado cada momento de su día con cualquier cosa que la mantuviera distraída.

Pero las noches... las noches eran otra historia.

Cada noche, cuando finalmente se metía en la cama, su mente traicionera volvía a ese momento en el jardín. Podía sentir sus labios sobre los suyos, podía oír su voz ronca diciendo *"usted me hace sentir"*. Y cada noche se odiaba un poco más por desear que volviera a suceder, sabiendo lo que ahora sabía.

Era la cuarta mañana cuando todo cambió.

Brianna se había despertado temprano, antes del amanecer, con esa inquietud familiar que solo podía calmarse de una forma. Necesitaba montar. Necesitaba sentir el viento en su rostro y el poder de un caballo bajo ella. Necesitaba, aunque fuera por una hora, sentirse libre de nuevo.

Se vistió rápidamente con su traje de montar—una falda dividida de color verde oscuro que escandalizaría a su madre pero que era infinitamente más práctica que una falda normal—y bajó sigilosamente las escaleras. La casa estaba en silencio, solo los primeros sirvientes comenzaban sus tareas matutinas.

Salió por la puerta lateral que daba a los jardines y caminó rápidamente hacia los establos. El cielo estaba comenzando a clarear en el horizonte, pintándose de tonos rosas y dorados que prometían un hermoso día.

El maestro de establos, un hombre mayor llamado Tom, la miró con sorpresa cuando apareció.

—Señorita Doyle. Es usted madrugadora.

—No podía dormir—admitió Brianna con una sonrisa—. ¿Hay alguna posibilidad de que pueda montar un rato antes del desayuno?

Tom frunció el ceño, considerándolo.

—Bueno, normalmente necesitaríamos que el señor Thornton la acompañara, pero a esta hora todavía está durmiendo. Y las reglas dicen...

—Por favor—suplicó Brianna—. Solo una hora. Prometo no alejarme del límite de la propiedad. Y he estado montando desde que tenía cinco años. Soy muy cuidadosa.

Tom la miró durante un largo momento, luego suspiró.

—Está bien, pero solo porque me recuerda a mi propia hija, igual de terca. Pero se queda en los senderos marcados, ¿entendido? Y si el señor Miller pregunta, yo no sabía nada.

—Gracias, gracias—dijo Brianna, aliviada—. No se arrepentirá.

Tom le preparó una yegua hermosa llamada Luna, de color gris claro con crines preciosas que parecían plateadas. Era un animal magnífico, con ojos inteligentes y movimientos elegantes.

—Es dócil pero tiene espíritu—explicó Tom mientras ayudaba a Brianna a montar—. Le gustará.

Y le gustó. En el momento en que Brianna se instaló en la silla y tomó las riendas, sintió que algo se relajaba dentro de ella. Esto era familiar. Esto era seguro.

Le dio un suave toque con los talones a Luna y salieron del patio del establo en un trote ligero. El aire de la mañana era fresco y llevaba el aroma de hierba mojada por el rocío. Los pájaros comenzaban su canto matutino y el cielo se volvía más brillante con cada minuto que pasaba.

Brianna siguió el sendero que bordeaba la propiedad de Heaven Manor, dejando que Luna estableciera un ritmo cómodo. No iba a ninguna parte en particular, solo

estaba disfrutando de la libertad del momento. De poder pensar sin interrupciones, sin tener que mantener una máscara de compostura.

Había estado cabalgando tal vez veinte minutos cuando escuchó el sonido de otro caballo acercándose rápidamente desde atrás. Se dio la vuelta en la silla, alarmada— ¿quién más estaría montando a esta hora?—y su corazón dio un vuelco cuando vio quién era.

David Bentham, montado en un magnífico semental negro, galopaba hacia ella por el sendero. Llevaba ropa de montar informal, pantalones de cuero, camisa blanca sin corbata, chaleco oscuro, y su cabello estaba ligeramente despeinada por el viento. Se veía... devastadoramente atractivo y completamente peligroso.

Brianna consideró por un momento simplemente hacer que Luna galopara y alejarse. Pero sabía que era inútil. El caballo de David era claramente más rápido, y además, huir sería admitir que le afectaba.

Así que detuvo a Luna y esperó, su barbilla levantada en un gesto de desafío que esperaba ocultara el caos de emociones en su interior.

David redujo la velocidad de su caballo a un trote y luego a un paso, deteniéndose a solo unos metros de distancia. Sus ojos grises recorrieron su rostro, buscando... algo. No sabía qué.

—Señorita Doyle—dijo, su voz más grave de lo que recordaba—. No esperaba encontrarla aquí tan temprano.

—Podría decir lo mismo, milord—respondió ella, manteniendo su voz fría y formal—. Pensé que este sendero pertenecía a Heaven Manor.

—Y así es. Pero este es el punto donde la propiedad de la señora Miller limita con la mía—señaló una línea de árboles a su izquierda—. Suelo montar por aquí por las mañanas. Es... tranquilo.

Hubo un silencio incómodo. Luna dio unos pasos inquietos, sintiendo la tensión de su jinete. El semental de David permaneció perfectamente quieto, pero sus orejas se movían hacia adelante con interés.

—Es un caballo magnífico—comentó Brianna a pesar de sí misma, su amor por los caballos superando su incomodidad.

Los ojos de David se iluminaron ligeramente.

—Se llama Obsidian. Es uno de mis mejores sementales. ¿Y la suya?

—Luna. El señor Tom me la prestó.

—Ah, sí. Una buena elección. Es una de las favoritas de la señora Miller—hizo una pausa, y luego agregó—: ¿Cabalgaría conmigo un rato? Hay un sendero particularmente hermoso que me gustaría mostrarle. Si me lo permite, por supuesto.

Brianna sabía que debería decir que no. Sabía que pasar tiempo a solas con este hombre era peligroso, especialmente después de lo que había pasado en el jardín. Pero había algo en su expresión, una vulnerabilidad cuidadosamente oculta, que la hizo vacilar.

—Está bien—se oyó decir—. Pero solo un rato. Debo volver antes del desayuno.

Una pequeña sonrisa curvó sus labios.

—Por supuesto.

David la guió fuera del sendero principal hacia uno más estrecho que serpenteaba a través de un pequeño bosque. La luz del sol se filtraba entre las hojas creando patrones de luz y sombra en el suelo. Era hermoso y casi mágico en su quietud.

Cabalgaron en silencio por un rato, lado a lado cuando el sendero lo permitía, uno detrás del otro cuando se estrechaba demasiado. Brianna era intensamente consciente de su presencia, de cómo se movía con su caballo con una gracia natural que hablaba de años de experiencia.

—Monta usted muy bien, señorita Doyle—comentó David después de un rato—. Es claro que tiene mucha experiencia.

—He montado toda mi vida—respondió Brianna—. Mi padre me enseñó cuando era muy pequeña. Decía que una mujer que puede controlar a un caballo puede controlar su propio destino.

—Es un hombre sabio, su padre.

Brianna lo miró de reojo, preguntándose si estaba siendo sarcástico, pero su expresión parecía sincera.

—Lo es. Aunque su sabiduría no siempre es apreciada por mi madre—añadió con una pequeña sonrisa.

David rio suavemente, un sonido que hizo algo extraño en el pecho de Brianna.

—Las madres rara vez aprueban la libertad que los padres dan a sus hijos. Mi propia madre...—se detuvo abruptamente, su expresión oscureciéndose.

— ¿Su madre?—presionó Brianna con suavidad.

—Falleció cuando yo era joven—dijo después de un momento—. Pero recuerdo que solía preocuparse constantemente por mí. Especialmente cuando montaba. Decía que era demasiado imprudente, demasiado temerario.

— ¿Y lo era?

—Probablemente—admitió con una sonrisa irónica—. Aunque he mejorado con los años.

Llegaron a un claro donde un pequeño arroyo corría entre las rocas, creando un sonido musical. El sol había salido completamente ahora, bañando todo en luz dorada. Era un lugar hermoso, casi escondido del resto del mundo.

David desmontó con facilidad y luego se acercó para ayudar a Brianna. Sus manos rodearon su cintura mientras la bajaba del caballo, y el contacto, incluso a través de las capas de ropa, envió ondas de calor a través de su cuerpo.

Cuando sus pies tocaron el suelo, él no la soltó de inmediato. Se quedaron allí, peligrosamente cerca, mirándose a los ojos. Brianna podía ver las motas más oscuras en sus ojos grises, podía contar las pestañas que enmarcaban esos ojos, podía ver el pulso latiendo en su cuello.

—Señorita Doyle—su voz era apenas un susurro—. Brianna... debo disculparme.

— ¿Por qué?—logró preguntar ella, aunque su voz sonaba ronca.

—Por la otra noche. Por el jardín. Por besarla sin permiso. Fue... imperdonable.

Brianna sabía que debería aceptar su disculpa y alejarse. Pero en cambio se encontró preguntando:

— ¿Se arrepiente?

Sus ojos se oscurecieron.

—No—admitió con voz ronca—. Debería, pero no me arrepiento. ¿Es terrible?

—Sí—susurró Brianna—. Terriblemente… terrible.

—Lo sé—sus manos todavía estaban en su cintura, sus pulgares trazando círculos distraídos que la estaban volviendo loca—. Sé que debería mantener distancia. Sé que es inapropiado. Sé que usted se merece a alguien mejor que...

— ¿Que qué?—interrumpió Brianna. ¿Mejor que un hombre que todavía está enamorado de otra mujer?

Él se tensó, sus manos apretándose en su cintura— ¿Quién le dijo...?

—Todos lo saben—dijo Brianna, y no pudo evitar que algo de dolor se colara en su voz—. La mujer irlandesa que lo rechazó. La mujer a la que supuestamente me parezco.

Los ojos de David se cerraron brevemente, como si sintiera dolor.

—No es... no es tan simple.

— ¿No?—Brianna intentó apartarse pero él no la dejó—. ¿Entonces qué es, milord? ¿Soy un reemplazo conveniente? ¿Una forma de pretender que ella dijo sí?

—No—su voz era feroz ahora, sus ojos abriéndose para encontrar los de ella—. Dios, no. Es... al principio pensé... pero cuando la besé, cuando estuve cerca de usted...

Se detuvo, luchando con las palabras. Brianna contuvo la respiración, esperando.

—Cuando la besé—dijo finalmente, su voz baja e intensa—, no pensé en nadie más. Solo en usted. En cómo sabía. En cómo se sentía en mis brazos. En cómo cada parte de mí quería más.

El corazón de Brianna latía tan fuerte que estaba segura de que él podía oírlo. No sabía si creerle. Quería creerle desesperadamente, pero el dolor de saber que amaba a su prima todavía estaba fresco.

—Milord...

—David—corrigió, acercándose más—. Diga mi nombre. Por favor.

—David—susurró, y vio cómo sus ojos se oscurecían aún más al oírlo en sus labios.

Él se inclinó, su frente casi tocando la de ella. Brianna podía sentir su aliento en su rostro, podía ver la lucha en sus ojos. Sabía que iba a besarla de nuevo. Y Dios la ayudara, pero ella quería que lo hiciera.

—Brianna—murmuró su nombre como una oración—. Dígame que me detenga. Dígame que esto es una locura.

—Es una locura—respondió ella, pero su cuerpo se inclinaba hacia el de él—. Una completa locura.

—Entonces somos dos locos—dijo, y sus labios estaban a solo un aliento de distancia de los de ella.

El mundo se redujo a ese momento. Al espacio diminuto entre sus labios. A la promesa de un beso que sabía que sería aún más devastador que el primero.

Y entonces…

— ¡Señorita Doyle! ¡Señorita Doyle!

La voz del señor Thornton resonó a través del bosque, destruyendo el momento. David y Brianna se separaron bruscamente, ambos respirando con dificultad, ambos claramente frustrados por la interrupción.

—Maldita sea—murmuró David, pasándose una mano por el cabello.

El señor Thornton apareció en el claro montado en un caballo castaño, su rostro rojo por el esfuerzo y claramente preocupado.

— ¡Señorita Doyle! Tom me dijo que había salido sola. No debería... —se detuvo al ver al conde—. Oh. Milord. No sabía que estaba con usted.

—Nos encontramos en el sendero—dijo David, su voz recuperando ese tono formal y distante—. Le estaba mostrando el arroyo.

El señor Thornton los miró a ambos con una expresión que sugería que no creía ni una palabra, pero tenía demasiado tacto como para decirlo.

—Por supuesto, milord. Bueno, señorita Doyle, debemos regresar. La señora Miller estará esperándola para el desayuno.

Brianna asintió, incapaz de confiar en su voz. Dejó que el señor Thornton la ayudara a montar en Luna. David se había apartado, sus manos apretadas en puños a sus costados como si no confiara en sí mismo para tocarla de nuevo.

Cuando estuvo sobre la yegua, se permitió una última mirada hacia él. David la observaba con una intensidad que la hizo estremecer.

—Hasta pronto, señorita Doyle—dijo, pero sus ojos decían algo más. Algo que sonaba mucho como *"Esto no ha terminado"*.

—Hasta pronto, milord—respondió ella, y luego siguió al señor Thornton de vuelta hacia Heaven Manor, sintiendo la mirada de David en su espalda durante todo el camino.

El resto del día pasó en una especie de neblina para Brianna. Asistió al desayuno, donde Elsy le dio una suave reprimenda por salir sola tan temprano. Asistió a sus clases. Tomó el té con Margaret y las otras jóvenes. Pero su mente estaba en otra parte, reviviendo esos momentos en el claro.

"Cuando la besé, no pensé en nadie más. Solo en usted".

¿Era verdad? ¿O solo eran palabras bonitas de un hombre que sabía cómo seducir?

Estaba todavía reflexionando sobre esto cuando llegó el correo de la tarde. Stephens, el mayordomo, entró al salón donde varias de las jóvenes estaban trabajando en sus bordados—una actividad que Brianna detestaba pero fingía hacer para complacer a la señora Miller.

—Señorita Doyle—anunció Stephens—. Tiene correspondencia.

Brianna levantó la vista con sorpresa. No esperaba cartas tan pronto. Tomó el sobre que Stephens le ofrecía y reconoció de inmediato la elegante caligrafía.

Era de Úrsula.

Su corazón dio un vuelco doloroso. Durante los últimos días había tratado de no pensar demasiado en su prima, en la conexión entre ella y David. Pero ahora, con esa carta en sus manos, no podía ignorarlo más.

— ¿Malas noticias?—preguntó Margaret, notando su expresión.

—No, solo... una carta de mi prima—dijo Brianna, levantándose—. ¿Me disculpan? Me gustaría leerla en privado.

Subió a su habitación y se sentó en la cama, mirando el sobre durante un largo momento antes de finalmente abrirlo.

Querida Brianna,

Espero que esta carta te encuentre bien y que te estés adaptando a Heaven Manor. Sé que debe ser difícil estar lejos de casa, pero confío en que la señora Miller esté cuidando bien de ti. Es una mujer extraordinaria.

Madre me escribió contándome sobre tu… incidente con el señor Whitmore. Entre tú y yo, creo que hiciste bien en abofetearlo. Los hombres que engañan a las mujeres merecen exactamente ese tipo de respuesta. Aunque probablemente no debería decir eso, ¿verdad? Cameron siempre dice que soy demasiado directa.

Hablando de Cameron, te envía sus saludos. Nos gustaría que vinieras a visitarnos en América cuando termines tu estancia en Heaven Manor. Tenemos tanto de qué hablar, y te extraño terriblemente. Sé que es un

viaje largo, pero te prometo que valdrá la pena y nos divertiremos mucho.

Debo confesarte algo, prima. La razón por la que estoy escribiendo no es solo para saludarte. Madre mencionó en su carta que Heaven Manor está bastante cerca de la actual propiedad de alguien que conozco, de esa área.

Hace dos años, cuando estuve en Londres para la temporada, conocí a un caballero. Era... bueno, era bastante insistente en su cortejo. El conde de Darmond, David Bentham. Supongo que conoces de él si estás en esa región.

Fue una situación complicada, Brianna. Él era encantador y apuesto y muy correcto en sus atenciones, pero yo ya había conocido a Cameron y sabía, incluso entonces, que era con quien quería estar. Cuando el conde me propuso matrimonio, tuve que rechazarlo. Fue... difícil. Él tomó el rechazo con dignidad, pero pude ver que lo lastimé.

He oído rumores desde entonces de que se ha vuelto bastante retraído de la sociedad. Espero que no haya sido por mi culpa, aunque me temo que tal vez lo fue. Es extraño pensar que mi decisión, la correcta para mí, pudo haber causado tanto dolor a alguien más.

Pero no lamento mi elección. Cameron es el amor de mi vida, y cada día estoy más agradecida de haber tenido el coraje de seguir mi corazón.

Te aconsejo lo mismo, querida prima. Sigue tu corazón, sin importar lo que la sociedad diga. Y si alguna vez necesitas hablar, sabes que siempre estaré aquí para ti.

Con todo mi amor, Úrsula

Brianna dejó caer la carta en su regazo, su mente dando vueltas.

Úrsula lo había rechazado porque amaba a Cameron. Había sido directa y honesta al respecto, tal como era su prima. Y David... David había sido lastimado por ese rechazo.

Pero la pregunta que Brianna no podía dejar de hacerse era: *¿Todavía estaba lastimado? ¿Todavía amaba a Úrsula?*

"Cuando la besé, no pensé en nadie más. Solo en usted".

Quería creer esas palabras. Desesperadamente quería creerlas.

Un golpe en su puerta la sacó de sus pensamientos.

— ¿Adelante?

Margaret entró, con una expresión extraña en su rostro.

—Brianna, hay... hay alguien aquí para verte. El conde de Darmond. Está esperando en el salón principal.

El corazón de Brianna dio un salto.

— ¿Ahora? ¿Por qué?

Margaret se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero la señora Miller dice que puedes recibirlo si quieres. Dice que parece... importante.

Brianna se puso de pie, alisando nerviosamente su vestido. ¿Qué podría querer David que fuera tan urgente como para venir a verla en medio de la tarde?

Bajó las escaleras con el corazón latiendo con fuerza. David estaba de pie junto a una de las ventanas del salón, mirando hacia afuera. Se había cambiado de su ropa de montar a un traje formal, y se veía cada pulgada el conde aristocrático.

Cuando ella entró, se dio la vuelta de inmediato.

—Señorita Doyle. Gracias por recibirme.

—Milord—respondió ella formalmente, consciente de que la señora Miller estaba sentada en una esquina del salón, actuando como carabina pero lo suficientemente lejos como para darles algo de privacidad—. ¿En qué puedo ayudarle?

Él vaciló, lo cual era extraño en un hombre tan seguro de sí mismo.

—Yo... quería disculparme. De nuevo. Por esta mañana. Por casi... —se aclaró la garganta—. Fue inapropiado.

—Ya me había disculpado esta mañana—señaló Brianna.

—Lo sé. Pero sentí que necesitaba hacerlo apropiadamente. Y también...—sacó un sobre de su bolsillo—. Recibí esto hoy. Es una invitación para ir a Londres mañana. Hay una subasta de caballos importante y varios compradores potenciales están interesados en mis ejemplares.

—Eso suena... importante—dijo Brianna, sin entender a dónde iba esto.

—Lo es—admitió—. Muy importante para mis negocios. Pero he decidido no ir.

— ¿No va a ir? ¿Por qué no?

Él la miró directamente a los ojos, y había algo vulnerable en su expresión.

—Porque no quiero estar a tres días de viaje de distancia de aquí. De usted.

El aire abandonó los pulmones de Brianna. No sabía qué decir a eso. Era una declaración, simple y directa, que no dejaba lugar a malinterpretaciones.

—Milord...

—He enviado a mi asistente en mi lugar—continuó—. Perderé probablemente varios contratos importantes, pero... no me importa. No tanto como me importaría perderme la oportunidad de verla. De conocerla mejor.

Brianna sintió que su pecho se apretaba. Esto no era lo que esperaba. Esto no era el comportamiento de un hombre que solo la veía como un reemplazo de otra mujer.

—No entiendo—susurró—. ¿Por qué yo? Soy solo...

—No es solo nada—la interrumpió con fiereza—. Es extraordinaria. Y sé que apenas la conozco, sé que esto es irracional, pero no puedo... no puedo dejar de pensar en usted.

Brianna quería preguntarle sobre Úrsula. Quería confrontarlo con la carta que acababa de leer, decirle que sabía toda la historia. Pero algo la detuvo. Una voz en su interior que decía que si le revelaba que Úrsula era su prima, todo cambiaría. Y no estaba segura de querer que cambiara todavía.

—Yo tampoco puedo dejar de pensar en usted—admitió finalmente, las palabras saliendo antes de que pudiera detenerlas—. Y me aterra.

Una pequeña sonrisa curvó sus labios.

—A mí también me aterra. Pero quizás... quizás podríamos estar aterrados juntos.

— ¿Qué está sugiriendo, milord?

—Que me permita cortejarla apropiadamente. Con carabinas y paseos con chaperona y todas las reglas que la sociedad dicta. Que me dé la oportunidad de demostrarle que... que esto es real. Lo que siento por usted.

Brianna sabía que debería decir que no. Sabía que esto solo podía terminar en dolor. Pero cuando lo miró a los ojos y vio esa vulnerabilidad cuidadosamente escondida, esa esperanza tentativa, no pudo pronunciar las palabras.

—Está bien—dijo en voz baja—. Puede cortejarme. Pero con una condición.

— ¿Cuál?

—Honestidad—dijo con firmeza—. Total honestidad. Sin secretos. Sin mentiras. Si vamos a hacer esto, necesito saber que está siendo completamente honesto conmigo.

Algo cruzó su rostro— ¿culpa? ¿Incomodidad?—pero asintió.

—Honestidad—acordó—. Lo prometo.

Era una mentira, por supuesto. Ambos lo sabían. Él tenía secretos—su historia con Úrsula, sea lo que fuera que sintiera todavía. Y ella tenía los suyos—que Úrsula era su prima, que sabía sobre su rechazo, que había leído la carta.

Pero a veces, pensó Brianna, las mentiras eran necesarias para llegar a la verdad.

David se acercó y tomó su mano, levantándola a sus labios. El beso fue casto, apropiado, pero Brianna sintió el calor de él hasta los dedos de sus pies.

—Hasta mañana entonces, señorita Doyle—dijo suavemente.

—Hasta mañana, milord.

Él se fue, dejándola de pie en medio del salón con el corazón latiendo demasiado rápido y la mente llena de preguntas sin respuesta.

Elsy se acercó a ella con una expresión pensativa.

—Ten cuidado querida—dijo en voz baja—. Es un buen hombre, pero lleva heridas que aún no han sanado.

—Lo sé—respondió Brianna—. Pero tal vez... tal vez yo también.

Esa noche, Brianna se sentó en su escritorio y comenzó una carta de respuesta a Úrsula. Le habló sobre Heaven Manor, sobre las otras jóvenes, sobre las actividades. Le agradeció por sus palabras de apoyo sobre el incidente con el señor Whitmore.

Pero no mencionó a David. No mencionó el conde que la había cortejado a ella y que ahora estaba cortejando a Brianna. No mencionó los besos robados o los casi-besos interrumpidos.

Algunos secretos, decidió, necesitaban quedarse enterrados. Al menos por ahora.

Al menos hasta que entendiera qué era exactamente lo que estaba pasando entre ella y David Bentham. Y si lo que sentía por él era lo suficientemente fuerte como para arriesgarse a que se le rompiera el corazón cuando inevitablemente descubriera que para él, ella siempre sería solo una sombra de la mujer que había amado primero.

Capítulo 3.5

Los días después de aquel encuentro en el que estuvieron cabalgando, fueron una tortura exquisita para Brianna.

David había cumplido su palabra. Llegaba a Heaven Manor cada tarde, solicitando formalmente permiso para pasear con ella por los jardines o tomar el té en el salón. Siempre con carabina, por supuesto. Elsy, el ama de llaves o la doncella de Brianna, los acompañaban, manteniendo una distancia respetuosa pero vigilante.

Eran encuentros correctos, apropiados, completamente inocentes.

Y absolutamente torturantes.

Porque Brianna podía ver en los ojos de David el mismo deseo que ardía en ella. Podía ver cómo sus manos se apretaban en puños cuando ella reía. Podía sentir la tensión cuando caminaban lado a lado, tan cerca pero sin tocarse. Podía ver cómo sus ojos se posaban en sus labios cuando ella hablaba.

Y sabía que él veía lo mismo en ella.

Las otras jóvenes de Heaven Manor, por supuesto, habían notado las atenciones del conde. Margaret la miraba con envidia apenas disimulada. Lady Constance, una joven altiva de dieciocho años, hacía comentarios mordaces sobre "cierta señorita irlandesa que parecía haber cautivado al soltero más esquivo de la región".

Pero Brianna no les prestaba atención. Solo le importaba David. Y los momentos robados donde sus dedos se rozaban "accidentalmente". Donde sus miradas se encontraban y sostenían durante demasiado tiempo. Donde el mundo se reducía a solo ellos dos.

Fue en la tarde del tercer día cuando todo cambió.

David había llegado como de costumbre, solicitando permiso para pasear con Brianna por los jardines. La baronesa Elsy, ocupada con

asuntos de la casa, había pedido al doctor Pattel que actuara como carabina.

Pero el doctor Pattel, un hombre mayor y distraído, se había quedado atrás examinando una planta medicinal que había encontrado interesante. Brianna y David continuaron caminando, disfrutando del sol de la tarde.

—Me temo que pronto tendré que ausentarme unos días —dijo David mientras caminaban por el sendero bordeado de rosas—. Hay asuntos de la propiedad que requieren mi atención personal.

El corazón de Brianna se hundió.

— ¿Cuánto tiempo estará ausente?

—Una semana, tal vez dos —su voz se suavizó—. Aunque cada día se sentirá como una eternidad.

Brianna sintió que se sonrojaba.

—Eso es... muy halagador, milord.

—No es halago —dijo él, deteniéndose y girándose hacia ella—. Es la verdad. Estos tres días... han sido los mejores que he tenido en años.

Estaban en una parte del jardín parcialmente oculta por los setos altos. El doctor Pattel todavía estaba atrás, fuera de vista. Y David la miraba con tal intensidad que Brianna sintió que se derretía.

—David... —susurró.

—Brianna —respondió, acercándose más—. Sé que no debería. Sé que es inapropiado. Pero... ¿puedo besarla? Solo una vez. Para llevarme algo conmigo mientras estoy lejos.

Ella sabía que debería decir que no. Sabía que era peligroso, imprudente. Pero cuando lo miró a los ojos y vio esa vulnerabilidad, ese deseo mezclado con algo más profundo, no pudo negarse.

—Sí —susurró.

Él se inclinó, sus labios encontrando los de ella en un beso que fue todo lo que el primero había sido y más. Suave al principio, luego más profundo, más urgente. Sus brazos la rodearon, atrayéndola contra su pecho. Las manos de Brianna subieron a su cabello, enredándose en los mechones oscuros.

El beso se profundizó. Sus lenguas se encontraron, explorándose, saboreándose. Brianna gimió suavemente contra sus labios, y sintió cómo David se tensaba, su agarre apretándose.

—Dios, Brianna —murmuró contra su boca—. Me vuelves loco.

—David... —jadeó ella cuando sus labios se movieron a su cuello, dejando un rastro de besos ardientes.

Estaban tan perdidos el uno en el otro que no escucharon los pasos acercándose. No escucharon las voces hasta que fue demasiado tarde.

— ¡Por Dios! ¡Qué escándalo!

La voz aguda de Margaret cortó el aire como un látigo. Brianna y David se separaron bruscamente, girándose para encontrar a Margaret acompañada de otras tres jóvenes, todas mirándolos con expresiones que iban desde el escándalo hasta el deleite malicioso.

—Yo... nosotros... —Brianna comenzó, pero no sabía cómo terminar.

—Está bien claro lo que estaban haciendo —dijo Margaret con tono triunfante—. Comportamiento completamente inapropiado. Esperen hasta que la señora Miller se entere de esto.

—Margaret —intervino David, su voz fría y autoritaria—. Le sugiero que tenga cuidado con lo que dice. La señorita Doyle es una dama respetable y yo...

— ¿Es una dama respetable que se deja besar en los jardines sin carabina? —interrumpió Margaret, cruzándose de brazos—. Me pregunto qué dirán sus padres cuando se enteren.

—No se atreva... —comenzó David, dando un paso amenazante hacia adelante.

—David, no —Brianna lo detuvo, tocando su brazo—. No empeores las cosas.

Pero ya estaba hecho. El daño estaba hecho.

El doctor Pattel llegó corriendo, sin aliento y claramente consternado.

— ¿Qué sucede aquí? ¿Qué es todo este alboroto?

—El conde y la señorita Doyle estaban besándose —informó Margaret, su voz llevando una nota de satisfacción apenas oculta—. Lo vimos claramente. Sin carabina a la vista.

El doctor Pattel palideció.

—Oh, cielos. Oh, esto es... esto es muy serio.

La noticia se esparció por Heaven Manor como fuego en paja seca. Para la hora de la cena, todas las jóvenes lo sabían. Los sirvientes susurraban en las esquinas. Y la señora Miller había llamado a Brianna y David a su estudio.

Brianna nunca había visto a la baronesa tan seria. Estaba sentada detrás de su escritorio, las manos entrelazadas frente a ella, el rostro grave.

—Esto es extremadamente decepcionante —dijo sin preámbulo—. Señorita Doyle, esperaba más de usted. Y milord, pensé que era un caballero de honor.

—Lo soy —dijo David firmemente—. Y asumo completa responsabilidad por lo sucedido. Yo inicié el beso. La señorita Doyle es completamente inocente.

—Eso no es cierto —interrumpió Brianna—. Yo... yo consentí. Yo también soy responsable.

La baronesa suspiró profundamente.

—Sea quien sea el responsable, el hecho es que fueron vistos por cuatro testigos. Cuatro jóvenes que, me temo, ya habrán comenzado a escribir cartas a sus propias familias contándoles el incidente. Y Margaret... —hizo una pausa—. Margaret es como es, señorita Doyle. No me cabe la menor duda de que se encargará de decirlo a todo el mundo.

El estómago de Brianna se hundió.

—Pero... ¿no puede detenerla?

—No tengo autoridad para interceptar la correspondencia privada de mis huéspedes —dijo la baronesa con pesar—. Lo lamento, querida, pero me temo que sus padres se enterarán de esto. Y cuando lo hagan...

No necesitó terminar la frase. Brianna sabía exactamente qué pasaría cuando su padre se enterara. Vendría a buscarla inmediatamente. La llevaría de vuelta a Irlanda. Su reputación estaría arruinada.

— ¿Y si nos casáramos? —preguntó David de repente.

Brianna lo miró, sorprendida.

— ¿Qué?

—Si nos casáramos —repitió, mirándola directamente—. Inmediatamente. Antes de que tus padres se enteren. Entonces no habría escándalo. Solo un cortejo que terminó en compromiso.

La baronesa frunció el ceño.

—Milord, entiendo su deseo de proteger la reputación de la señorita Doyle, pero el matrimonio es un paso muy serio. No puede tomarse a la ligera.

—No lo tomo a la ligera —dijo David, sin apartar los ojos de Brianna—. He estado... he estado considerando pedir la mano de la señorita Doyle desde hace días. Esto solo... acelera mis planes.

El corazón de Brianna latía tan fuerte que estaba segura de que ambos podían oírlo. ¿Matrimonio? ¿Él quería casarse con ella?

—Señorita Doyle —dijo la baronesa suavemente—. ¿Qué opina usted de esta propuesta?

Brianna miró a David. Vio la determinación en sus ojos, pero también algo más. ¿Esperanza? ¿Miedo? ¿Deseo?

Pero también vio las sombras. Las preguntas sin respuesta. La historia con Úrsula que todavía se cernía entre ellos.

—Yo... necesito pensarlo —dijo finalmente.

David asintió, aunque vio un destello de decepción en sus ojos.

—Por supuesto. Es su derecho.

*****

Esa noche, Brianna no pudo dormir. Daba vueltas en la cama, su mente un torbellino de pensamientos.

Matrimonio. Con David Bentham. El conde de Darmond.

¿Lo amaba? No estaba segura. Lo deseaba, ciertamente. Se sentía atraída hacia él de formas que nunca había experimentado. Pero ¿amor?

¿Y él? ¿La amaba a ella? ¿O solo la veía como un reemplazo conveniente de Úrsula?

Se levantó de la cama y caminó hacia la ventana, mirando hacia los jardines bañados por la luna. Allá abajo, en algún lugar entre esas sombras, habían compartido ese beso que lo había cambiado todo.

Un golpe suave en su puerta la sobresaltó.

— ¿Adelante?

Margaret entró, llevando un camisón y con el cabello suelto sobre los hombros. Su expresión era extraña, una mezcla de triunfo apenas disimulado y falsa preocupación.

—Brianna, yo... quería hablar contigo.

— ¿Sobre qué? —preguntó Brianna con voz fría.

Margaret cerró la puerta detrás de ella y se quedó allí, retorciéndose las manos en un gesto que parecía más teatral que genuino.

—Sobre lo que pasó hoy. Quería que supieras que... bueno, que ya envié la carta a tus padres. Por correo urgente. Pagué extra para que llegara lo antes posible.

La sangre de Brianna se heló.

— ¿Qué?

—Pensé que tenían derecho a saber —dijo Margaret, pero había un brillo de satisfacción en sus ojos que contradecía sus palabras compasivas—. Como tu amiga, sentí que era mi deber informarles sobre tu... comportamiento inapropiado.

—Como mi amiga —repitió Brianna lentamente, poniéndose de pie—. ¿De verdad te atreves a llamarte mi amiga?

Margaret levantó la barbilla desafiante.

—Alguien tenía que hacerlo. No podía permitir que continuaras comportándote de manera tan escandalosa sin consecuencias.

— ¿Sin consecuencias? —la voz de Brianna subió de tono—. ¿O es que no podías soportar que él me prestara atención a mí en lugar de a ti?

La máscara de Margaret se resquebrajó por un momento, revelando la envidia y el resentimiento debajo.

— ¿Y por qué debería prestarte atención a ti? —espetó—. Tú, que llegas aquí sin refinamiento, sin modales apropiados, sin nada que te haga especial. Yo he estado aquí seis meses, Brianna. Seis meses perfeccionándome, aprendiendo, convirtiéndome en la dama perfecta. Y luego tú llegas y en cuestión de semanas tienes al conde más codiciado de la región comiendo de tu mano.

—Así que decidiste arruinar mi reputación —dijo Brianna, su voz peligrosamente calmada—. Por celos.

— ¡No son celos! —Margaret dio un paso adelante—. Es justicia. Tú no mereces su atención. No mereces ser condesa. Yo...

—Tú fuiste quien sugirió esa parte del jardín —interrumpió Brianna, la realización golpeándola como un martillo. —tenías todo planeado.

Margaret no lo negó. En cambio, sonrió, una sonrisa fría y calculadora que Brianna nunca había visto antes en su rostro.

—Pensé que si te veían coqueteando inapropiadamente, tal vez él se asustaría y dejaría de cortejarte. No esperaba que los encontraríamos... bueno, tan comprometidos. Pero eso solo hizo que mi carta fuera más convincente.

— ¿Convincente? —Brianna sintió náuseas—. Margaret, ¿te das cuenta de lo que has hecho? ¿De las consecuencias de tus acciones?

—Por supuesto que me doy cuenta —dijo Margaret con frialdad—. Tu padre vendrá a buscarte. Te llevará de vuelta a Irlanda en desgracia. Y el conde... bueno, el conde necesitará consuelo. Y yo estaré aquí para ofrecérselo.

Brianna la miró, realmente la miró, y vio a una extraña. Esta no era la chica amigable que la había recibido en Heaven Manor. Esta era alguien consumido por la envidia y la ambición.

—Vete —dijo Brianna en voz baja—. Vete de mi habitación ahora.

—Con gusto —Margaret se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo en el umbral—. Oh, y Brianna... la carta debería llegar a Irlanda en tres días. Tal vez cuatro. Espero que estés preparada para las consecuencias.

La puerta se cerró detrás de ella con un clic suave que resonó como una sentencia de muerte.

Brianna se quedó sola de nuevo, las lágrimas finalmente cayendo por sus mejillas. Habían sido traicionadas. Deliberadamente espiadas. Y ahora su futuro pendía de un hilo.

A la mañana siguiente, Brianna despertó con una claridad que no había tenido la noche anterior. Había tomado su decisión.

Bajó al desayuno temprano, sabiendo que encontraría a la baronesa Elsy sola en el comedor pequeño.

—Buenos días, querida —dijo la baronesa, mirándola con preocupación—. ¿Pudiste dormir?

—No mucho —admitió Brianna, sirviéndose té—. Pero he tomado una decisión.

— ¿Sí?

—Si el conde todavía está dispuesto, aceptaré su propuesta de matrimonio.

La baronesa dejó su taza.

— ¿Estás segura? El matrimonio es para toda la vida, Brianna. No es una decisión que deba tomarse por presión o miedo.

—Lo sé —dijo Brianna—. Y no lo hago solo por miedo. Lo hago porque... porque creo que podría funcionar. Entre nosotros. Sé que hay complicaciones, sé que hay cosas que todavía no entiendo sobre él. Pero también sé que cuando estoy con él, me siento... viva. De formas que nunca antes había sentido.

La baronesa la estudió durante un largo momento, luego asintió lentamente.

—Entonces le enviaré una nota. Estoy segura de que vendrá inmediatamente.

Y así fue. David llegó menos de una hora después, todavía vistiéndose mientras corría hacia Heaven Manor. La baronesa los dejó solos en el salón, aunque mantuvo la puerta abierta por propiedad.

— ¿Es cierto? —preguntó David sin preámbulo—. ¿Aceptas casarte conmigo?

—Sí —dijo Brianna, levantando la barbilla—. Pero con condiciones.

— ¿Condiciones?

—Honestidad —dijo firmemente—. Total honestidad entre nosotros. Sin secretos. Y... y necesito saber que esto no es solo porque te sientes obligado. Necesito saber que realmente quieres esto.

David se acercó, tomando sus manos entre las suyas.

—Quiero esto —dijo con intensidad—. Te quiero a ti, Brianna. No porque me sienta obligado. No porque sea lo correcto. Sino porque en estos últimos días, me has hecho sentir cosas que pensé que nunca volvería a sentir.

— ¿Qué cosas?

—Esperanza —dijo simplemente—. Alegría. La posibilidad de un futuro que no esté perseguido por el pasado.

No mencionó a Úrsula. Y Brianna no preguntó. Sabía que debería. Sabía que era importante. Pero en ese momento, con sus manos sosteniendo las de ella y sus ojos mirándola con tal intensidad, no pudo encontrar las palabras.

—Está bien —susurró—. Entonces nos casaremos.

Él sonrió, y fue como si el sol hubiera salido después de una tormenta.

—Tengo una licencia especial —dijo—. Podemos casarnos hoy si quieres. O mañana. Cuando tú decidas.

Capítulo 4

Brianna estaba en su sesión con el doctor Pattel cuando un sirviente irrumpió en la habitación, el rostro pálido, la respiración agitada. El doctor frunció el ceño ante la interrupción.

—Señorita Doyle, la Señora Miller la necesita de inmediato en su estudio. Es urgente.

El estómago se le contrajo. *¿Qué habría pasado ahora?* Se disculpó con el doctor y siguió al sirviente por los pasillos de Heaven Manor, cada paso resonando en su pecho como un mal presagio.

Al entrar al estudio, se detuvo en seco.

Su padre estaba allí, de pie junto a la ventana con los brazos cruzados. El cabello gris despeinado, la mandíbula apretada, el traje arrugado como si hubiera viajado toda la noche. Junto a él, la Señora Miller permanecía sentada detrás de su escritorio con expresión tensa.

Y David Bentham, estaba del otro lado de la habitación, observando la escena con ojos indescifrables.

—Padre —la voz le salió apenas como un susurro.

—Brianna. Vamos a casa. Ahora.

Las rodillas casi le fallaron. Se aferró al marco de la puerta.

— ¿Qué?

—No voy a discutir esto contigo —su padre se acercó con pasos pesados—. Tu madre recibió cartas alarmantes sobre tu comportamiento. Escapadas nocturnas, indecencia, falta de respeto a las reglas. No voy a permitir que sigas exponiéndote a más humillación.

—Señor Doyle —intervino la Señora Miller con tono conciliador—, le aseguro que el incidente fue menor y ya ha sido tratado apropiadamente. Brianna ha mostrado arrepentimiento genuino.

— ¿Arrepentimiento? —su padre soltó una risa amarga—. Mi hija no debería estar aquí para arrepentirse de nada. Debería estar en casa, bajo mi techo, donde puedo vigilarla.

—No puedo volver —dijo Brianna antes de poder deteners— Por favor, padre, dame más tiempo.

—El tiempo se acabó.

—Señor Doyle.

La voz de David cortó el aire como un látigo. Todos se voltearon hacia él. Se había movido del rincón, la postura erguida, la expresión controlada pero firme.

—Con el debido respeto, tal vez existe una solución que no requiera que la señorita Doyle abandone Inglaterra.

El padre de Brianna lo miró con desconfianza.

— ¿Y quién es usted para opinar sobre los asuntos de mi familia?

—David Bentham, conde de Darmond. He tenido el placer de conocer a su hija durante su estancia aquí.

— ¿Conde? —el tono de su padre cambió ligeramente, la codicia asomándose entre la ira—. ¿Y qué propone usted, milord?

David mantuvo la mirada fija en el padre de Brianna, pero sus siguientes palabras fueron para ella.

—Propongo un matrimonio.

El mundo se detuvo. Brianna lo miró, incapaz de procesar lo que acababa de escuchar. El corazón le latía con tal fuerza que le dolía el pecho.

— ¿Matrimonio? —repitió la Señora Miller, sorprendida.

—Sí. Si la señorita Doyle acepta casarse conmigo, no habrá necesidad de que regrese a Irlanda contra su voluntad. Estaría bajo mi protección como condesa de Darmond. En ningún momento le dijo que ya ambos habian hablado del asunto y Brianna había aceptado casarse.

El padre de Brianna lo evaluó con ojos entrecerrados.

— ¿Y por qué un conde querría casarse con mi hija tan repentinamente?

—He llegado a apreciar sus cualidades durante nuestras conversaciones. Es inteligente, directa, refrescantemente honesta. Creo que haríamos un buen matrimonio.

Mentiras. Brianna conocía la verdad detrás de cada palabra pulida, el verdadero rostro que David escondía tras esa máscara aristocrática. La quería porque se parecía a Úrsula. Eso era todo. Pero en ese momento, atrapada entre la furia de su padre y el vacío que representaba volver a Irlanda, esa mentira era su única salida.

—Brianna —su padre se volvió hacia ella—, ¿qué dices?

Ella miró a David. Los ojos grises la observaban con intensidad, pero había algo más allí, algo que no podía descifrar. *¿Desesperación? ¿Culpa?*

Pensó en Irlanda, en la casa pequeña y sofocante, en las miradas de lástima de los vecinos, en el matrimonio que sus padres ya habrían arreglado con algún hombre local dispuesto a pasar por alto su "vergüenza". Pensó en Heaven Manor, en la libertad que había probado tan brevemente. Pensó en David, en cómo la miraba cuando creía que ella no se daba cuenta, en el calor que le recorría la piel cada vez que estaban cerca.

Razones equivocadas. Todas razones equivocadas.

Pero eran suficientes.

—Sí, padre. Yo…acepto casarme con el conde.

Elsy se puso de pie de inmediato—Señorita Doyle, esto es muy precipitado. Debe pensarlo con calma.

—Ya lo he pensado.

Su padre soltó el aire que había estado conteniendo, una sonrisa de satisfacción curvándole los labios.

—Bien. Al menos algo útil saldrá de este desastre. —miró a David —. Supongo que procederán con los arreglos apropiados.

—Tengo una licencia especial —dijo David—. Podemos casarnos hoy si la señorita Doyle está de acuerdo.

Hoy. Las palabras cayeron sobre ella como un peso. No habría tiempo para cambiar de opinión, para reconsiderar, para escapar.

—Está bien —dijo, la voz más firme de lo que esperaba—. Hoy.

La ceremonia fue breve, casi impersonal. El vicario de la parroquia local, convocado con urgencia, leyó los votos mientras Brianna permanecía de pie junto a David en la pequeña capilla de Heaven Manor. La Señora Miller había insistido en estar presente como testigo, junto a su esposo y junto el doctor Pattel. El padre de Brianna observaba desde el primer banco con expresión satisfecha.

Ella llevaba puesto su mejor vestido, uno color crema que ni siquiera había estrenado y que su doncella con ojos húmedos, le dijo que se le veía hermoso, pero no había ramo, ni flores, ni música. Solo palabras pronunciadas con prisa y un anillo frío deslizándose en su dedo.

—Yo, Brianna Colette Doyle, te acepto a ti, David Alaric Bentham...

Su propia voz le sonaba lejana, como si otra persona estuviera hablando. David repetía sus votos con tono formal, cada palabra medida, sin emoción. Cuando el vicario les indicó que podían besarse, fue apenas un roce de labios, casto y rápido.

Esto es un error, pensó. *Un error terrible.*

Pero ya era demasiado tarde.

El padre de Brianna partió inmediatamente después de la ceremonia, visiblemente complacido de haberse quitado un

problema de encima y haberlo convertido en una alianza ventajosa. La Señora Miller le dio un abrazo incómodo, susurrándole al oído:

—Si necesitas algo, cualquier cosa, envíame una nota.

Luego se quedó a solas con su nuevo esposo en el vestíbulo de Heaven Manor.

— ¿Y ahora? —preguntó, rodeándose con los brazos.

—Ahora vamos a mi propiedad. Esta cerca de aquí, ya lo sabes.

— ¿Ahora?

—Sí.

No hubo ternura en su voz, ni anticipación. Solo eficiencia práctica, como si acabara de cerrar un negocio y ahora tocaba ocuparse de los detalles.

*****

La residencia del conde de Darmond era imponente, una mansión de piedra gris rodeada de jardines perfectamente cuidados. El carruaje se detuvo frente a las escaleras principales mientras el sol comenzaba a descender en el horizonte. Los sirvientes se apresuraron a salir para recibirlos, formando dos filas ordenadas.

—Milord —saludó el mayordomo, un hombre mayor de expresión seria—. Lady Darmond.

Lady Darmond. El título sonaba extraño, como si perteneciera a otra persona.

David asintió brevemente.

—Señora Hartley, mi ama de llaves, la acompañará a sus habitaciones. Cenaré en mi estudio esta noche. Mañana hablaremos de los arreglos de la casa.

Brianna lo miró, incrédula.

— ¿No cenaremos juntos?

—Tengo asuntos que atender.

Se marchó antes de que ella pudiera protestar, dejándola sola con la señora Hartley, una mujer regordeta de unos cincuenta años que la miraba con una mezcla de curiosidad y compasión.

—Por aquí, milady.

La habitación que le asignaron era lujosa: una cama con dosel cubierta de sábanas de seda, cortinas de terciopelo verde, un tocador de caoba con espejo ovalado. Pero se sentía fría, vacía, como un mausoleo elegante.

— ¿Estas son mis habitaciones? —preguntó Brianna.

—Sí, milady. Las habitaciones del conde están al final del pasillo.

Habitaciones separadas. Por supuesto. Ni siquiera compartirían el dormitorio.

La señora Hartley la ayudó a quitarse el vestido y le trajo una cena ligera en una bandeja. Brianna apenas probó bocado, el estómago demasiado tenso para comer. Cuando se quedó sola, se sentó en el borde de la cama, mirando el anillo en su dedo.

Condesa. Era condesa ahora. Casada con un hombre que no la amaba, que la veía como un sustituto de otra mujer. Y ella había aceptado, había dicho que sí porque la alternativa era peor.

Las lágrimas amenazaron con salir, pero las contuvo. No lloraría. No en su primera noche como esposa.

Un golpe suave en la puerta la sobresaltó.

—Adelante.

David entró, ya cambiado para la noche. Llevaba una bata oscura sobre la camisa blanca, el cabello ligeramente desordenado. Se veía más joven así, menos severo.

—Pensé que estabas ocupado —dijo ella, poniéndose de pie.

—Ya terminé.

Se quedaron mirándose en silencio, la tensión creciendo entre ellos. Finalmente, David dio un paso adelante.

—Sé que esto no es lo que planeabas —comenzó, la voz más suave—. Pero ahora estamos casados y hay... expectativas.

Brianna entendió de inmediato a qué se refería. La consumación del matrimonio. La noche de bodas que ninguno de los dos había anticipado cuando se despertaron esa mañana.

—Lo sé —dijo, levantando la barbilla—. No soy una niña.

—No, no lo eres.

Dio otro paso, y luego otro, hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para tocarla. Su mano se elevó, dudando apenas un momento antes de acariciar su mejilla. El toque fue sorprendentemente gentil, casi reverente.

—Eres hermosa —murmuró.

Como ella, quiso añadir Brianna. *Hermosa como Úrsula.*

Pero no dijo nada. En cambio, se inclinó hacia su toque, cerrando los ojos. Sintió su aliento cerca, el olor a brandy y tabaco mezclándose con algo más masculino, más íntimo. Cuando sus labios se encontraron, no fue como el beso casto de la ceremonia. Este fue más profundo, más exigente, con una urgencia que los sorprendió a ambos.

David la atrajo contra su cuerpo, las manos deslizándose por su espalda, apretándola. Ella respondió sin pensar, los brazos rodeando su cuello, los dedos enredándose en su cabello. El beso se intensificó, lenguas encontrándose, explorando. Un gemido escapó de la garganta de Brianna cuando él mordió suavemente su labio inferior.

—Brianna —susurró contra su boca, la voz ronca.

Escuchar su nombre en sus labios, dicho con ese tono, hizo que algo se encendiera dentro de ella. Le devolvió el beso con igual

fervor, presionándose contra él, sintiendo la dureza de su erección contra su vientre.

Las manos de David encontraron los lazos de su camisón, desatándolos con torpeza. La tela se deslizó por sus hombros, exponiendo la piel pálida a la luz tenue de las velas. Él se apartó apenas para mirarla, los ojos oscurecidos por el deseo.

—Dios —murmuró.

Brianna se sintió vulnerable bajo su mirada, pero también poderosa. Podía ver el efecto que tenía sobre él, la forma en que su respiración se había vuelto irregular, cómo apretaba los puños como si estuviera luchando por mantener el control.

—No te detengas —susurró ella.

Eso fue todo lo que David necesitó. En un movimiento fluido, la levantó en brazos y la llevó a la cama, depositándola suavemente sobre las sábanas de seda. Se quitó la bata y la camisa, revelando un torso musculoso marcado por cicatrices antiguas. Brianna extendió la mano, trazando una línea que corría desde su hombro hasta su abdomen.

— ¿Duele? —preguntó.

—Ya no.

Se inclinó sobre ella, besándola de nuevo mientras sus manos exploraban su cuerpo con una mezcla de deseo y reverencia. Acarició sus pechos, los pulgares rozando los pezones hasta que se endurecieron bajo su toque. Brianna arqueó la espalda, un jadeo escapando de sus labios.

—David...

—Dime si quieres que pare —susurró él contra su cuello, dejando un rastro de besos ardientes por su piel.

—No —respiró ella—. No pares.

Su boca descendió, capturando un pezón entre los labios, succionando y mordisqueando suavemente. La sensación fue tan

intensa que Brianna enterró los dedos en las sábanas, un gemido involuntario escapando de su garganta. Nunca había sentido nada así, ese placer mezclado con una urgencia casi dolorosa.

David alternaba entre sus pechos, adorándolos con boca y manos, arrancándole sonidos que ella ni siquiera sabía que podía hacer. Su lengua trazaba círculos alrededor de los pezones endurecidos antes de succionar con más fuerza, enviando descargas de placer directamente a su vientre. Las manos de Brianna volaron a su cabello, sosteniéndolo contra ella, sin querer que se detuviera.

—Eres tan receptiva —murmuró él contra su piel, la voz espesa de deseo—. Cada sonido que haces... me vuelve loco.

Ella no pudo responder, demasiado perdida en las sensaciones. Cuando él mordió suavemente, Brianna arqueó la espalda con un grito ahogado. La mezcla de dolor y placer era embriagadora.

Los labios de David continuaron su descenso, besando su abdomen, la curva de sus caderas. Cuando sus manos separaron sus muslos con firmeza, Brianna se tensó.

— ¿Qué estás...?

—Confía en mí —dijo él, mirándola desde abajo con ojos oscurecidos.

Antes de que pudiera protestar, su boca estaba sobre ella, la lengua lamiéndola con una intimidad que la hizo jadear. Era demasiado, demasiado intenso, demasiado íntimo. Intentó cerrar las piernas, pero David las mantuvo abiertas con manos firmes.

—David, no puedes...

—Puedo —gruñó contra su sexo—. Y lo haré.

Su lengua encontró ese punto sensible y comenzó a trazar círculos lentos y deliberados. Brianna enterró los dedos en las sábanas, la cabeza echándose hacia atrás. Dios, nunca había imaginado que algo pudiera sentirse así. Cada pasada de su lengua encendía terminaciones nerviosas que no sabía que existían.

Cuando él la succionó, la respiración se le escapó en un gemido estrangulado. Sus caderas se movieron involuntariamente, buscando más, necesitando más. David la sujetó con firmeza, controlando el ritmo, llevándola al borde pero sin dejarla caer.

—Por favor —jadeó ella, sin saber exactamente qué estaba pidiendo.

Él respondió introduciendo dos dedos dentro de ella mientras su lengua continuaba su tortura. El placer la atravesó como un relámpago. Sus dedos se curvaron, encontrando un punto dentro de ella que la hizo gritar.

—Eso es —murmuró él contra su piel—. Quiero oírte, Brianna. No te contengas.

Como si pudiera. Su cuerpo se movía por instinto ahora, montando sus dedos, buscando esa fricción desesperadamente. Cuando él añadió un tercer dedo, estirándola más, el ardor se mezcló con el placer de una forma que la dejó sin aliento.

Las manos de David continuaron su exploración, deslizándose por su vientre, las caderas, los muslos. Cuando sus dedos rozaron la humedad entre sus piernas, Brianna se tensó.

—Está bien —murmuró él, besándola de nuevo—. Te prometo que será bueno.

Comenzó a acariciarla con movimientos lentos y deliberados, aprendiendo qué le gustaba, qué la hacía jadear. Cada caricia enviaba ondas de calor por su cuerpo. Era tan íntimo, tan vulnerable estar así expuesta ante él, pero también increíblemente excitante.

—Tan mojada —murmuró David contra su oído, la voz ronca—. Tu cuerpo me está diciendo que me quieres, aunque tu mente aún dude.

Brianna gimió cuando un dedo se deslizó dentro de ella. La invasión fue extraña al principio, pero su cuerpo se adaptó rápidamente, las paredes apretándose alrededor de él. David

comenzó a moverlo lentamente, observando cada reacción en su rostro.

—Mírame —ordenó suavemente.

Ella obedeció, sus ojos encontrándose con los de él. En esa mirada gris encontró deseo, sí, pero también algo más. Ternura, quizás. O tal vez solo estaba viendo lo que quería ver.

Cuando añadió un segundo dedo, el estiramiento fue más intenso. Brianna hizo una mueca, pero David la besó profundamente, distrayéndola del malestar con su lengua explorando su boca. Sus dedos se movían con un ritmo constante ahora, entrando y saliendo, preparándola.

—Eres tan estrecha —gruñó contra sus labios—. Tendré que ir despacio.

—No soy de cristal —protestó ella, aunque su voz tembló. Cuando su pulgar encontró ese punto sensible y comenzó a frotarlo en círculos, Brianna pensó que explotaría.

—David, yo... no sé qué...

—Déjate ir —susurró él contra su oído—. Solo déjate ir.

Y ella lo hizo. El placer la atravesó como una ola, haciéndola temblar y gemir su nombre. Nunca había experimentado nada remotamente parecido, esa intensidad que la dejó sin aliento y aturdida.

David esperó a que se recuperara antes de posicionarse entre sus piernas. Brianna pudo sentir su miembro presionando contra su entrada, grueso y caliente.

—Va a doler un poco al principio —advirtió él, el rostro tenso por el esfuerzo de contenerse—. Pero pasará.

Ella asintió, aferrándose a sus hombros. Cuando él comenzó a penetrarla, la quemazón fue inmediata. Brianna siseó, mordiéndose el labio para no gritar.

—Lo siento —murmuró David, deteniéndose—. Lo siento mucho.

—No... continúa —dijo ella entre dientes.

Él empujó con cuidado, centímetro a centímetro, hasta que estuvo completamente dentro de ella. El dolor era agudo, pero soportable. David permaneció quieto, dándole tiempo para ajustarse, besando su rostro con ternura inesperada.

—Respira —susurró—. Solo respira.

Poco a poco, el dolor comenzó a disminuir. Brianna movió las caderas experimentalmente y sintió algo diferente, una chispa de placer mezclada con la incomodidad. David gimió ante el movimiento.

—Brianna...

—Muévete —pidió ella.

Él obedeció, comenzando con embestidas lentas y cuidadosas. Al principio fue torpe, ambos aprendiendo el ritmo del otro, pero pronto encontraron un compás que funcionaba. El dolor se desvaneció, reemplazado por un calor creciente que se extendía desde su vientre hacia afuera.

David enterró el rostro en su cuello, la respiración áspera contra su piel.

—Dios, Brianna... se siente tan bien...

Eso la encendió más. Se aferró a él, las uñas arañando su espalda, las piernas envolviéndose alrededor de sus caderas. El ángulo cambió y de repente cada embestida golpeaba un punto dentro de ella que la hacía ver estrellas.

—Ahí —jadeó—. Justo ahí, David.

Él gruñó, aumentando el ritmo, empujando más fuerte. El sonido de sus cuerpos chocando llenaba la habitación, mezclándose con gemidos y jadeos. Brianna sintió la tensión construyéndose de nuevo, ese placer imposible que la había destrozado antes.

—Voy a... David, yo...

—Sí —gruñó él—. Déjate ir, Brianna. Quiero sentirte.

El orgasmo la golpeó como un rayo, haciéndola gritar su nombre mientras su cuerpo se convulsionaba alrededor de él. David siguió poco después, empujando profundamente una última vez antes de derramarse dentro de ella con un gemido ronco.

Se derrumbó sobre ella, ambos temblando y sin aliento. Por un momento, permanecieron así, corazones latiendo al unísono, cuerpos entrelazados. Brianna pasó los dedos por su cabello, sorprendida por la ternura que sentía en ese instante.

Tal vez, pensó. *Tal vez esto podría funcionar.*

Pero entonces David se apartó, retirándose de ella con cuidado. El frío inmediato la golpeó, física y emocionalmente. Él se levantó de la cama, dándole la espalda mientras se ponía la bata.

—David...

—Esto funcionará —dijo él sin mirarla, la voz fría y distante—. Cumplirás tus deberes como condesa y yo te daré todo lo que necesites.

Brianna se incorporó, cubriéndose con la sábana, el corazón contrayéndose.

— ¿Eso somos? —preguntó, la voz quebrándose—. ¿Un acuerdo?

Él finalmente la miró, y la expresión en su rostro era impenetrable.

—No un acuerdo…pero debemos darnos tiempo para conocernos bien. Quiero decir… de otras formas que no sean en la intimidad. Mientras no lo hagamos seremos solo dos desconocidos.

Las palabras cayeron entre ellos como piedras. Brianna apartó la mirada, las lágrimas picándole los ojos.

—Tienes razón —murmuró—. Qué tonta fui al pensar algo diferente.

David vaciló, como si fuera a decir algo más, pero se contuvo. Caminó hacia la puerta.

—Buenas noches, Lady Darmond.

La puerta se cerró detrás de él, dejándola sola en la habitación ahora fría. Brianna se acurrucó bajo las sábanas, abrazándose a sí misma. El calor de lo que acababan de compartir se había desvanecido, reemplazado por una soledad más profunda que cualquier cosa que hubiera sentido antes.

Se había casado con un hombre que no la quería. Un hombre que la había tocado con pasión pero que no podía mirarla a los ojos después. Un hombre que la veía como un deber, no como una esposa.

Y lo peor de todo era que ella lo había permitido.

Las lágrimas finalmente cayeron, silenciosas y amargas, empapando la almohada.

En su propia habitación, David se sirvió un brandy con manos temblorosas. Se lo bebió de un trago, pero no calmó el tumulto en su interior.

Dios, ¿qué he hecho?

Se dejó caer en un sillón junto al fuego, la cabeza entre las manos. Todavía podía sentir el cuerpo de Brianna contra el suyo, escuchar sus gemidos, ver la forma en que lo había mirado con esa mezcla de deseo y vulnerabilidad.

La forma en que había gritado su nombre cuando llegó al clímax. La forma en que su cuerpo lo había apretado como si nunca quisiera dejarlo ir. La forma en que después, por un breve momento, lo había mirado con algo parecido a... ¿ternura? ¿Esperanza?

Y él la había destrozado. Había visto cómo la luz se apagaba en sus ojos cuando pronunció esas palabras crueles. *Cumplirás tus deberes como condesa.* Como si lo que acababan de compartir no fuera nada más que una transacción comercial.

Pero es que no podía permitirse otra cosa. No podía permitirse sentir lo que estaba empezando a sentir por ella.

Se sentía tan diferente con Brianna. No era solo el parecido físico con Úrsula, aunque eso había sido lo que lo atrajo inicialmente. Era algo más, algo que no podía nombrar. La forma en que se había entregado a él con tanta confianza, a pesar de todo. La forma en que su cuerpo había respondido al suyo con una pasión que lo había dejado temblando.

La forma en que, por primera vez en años, se había sentido vivo de verdad.

Pero eso lo aterraba. Porque si se permitía amarla, si se permitía tener esperanza de nuevo, estaría exponiéndose a ser lastimado nuevamente.

Se sirvió otro brandy, este aún más generoso que el anterior. El alcohol quemaba al bajar por su garganta, pero era un dolor bienvenido. Cualquier cosa para distraerse de los pensamientos que lo acosaban.

Ella se sentía tan bien. Tan perfecta. Como si hubiera sido hecha para mí.

Cerró los ojos con fuerza, tratando de expulsar esos pensamientos. No podía pensar así. No podía permitirse sentir así. Brianna era su esposa en nombre solamente. Un acuerdo conveniente. Nada más.

Pero incluso mientras se repetía esas mentiras, sabía la verdad. Sabía que lo que había experimentado con ella esa noche había sido diferente. Más intenso. Más real. Más aterrador.

Y eso era precisamente por lo que tenía que mantener las distancias.

Se arrastró a la cama eventualmente, la mente nublada por el alcohol, los pensamientos fragmentados. El sueño lo reclamó rápidamente, pero no fue un descanso pacífico.

—Úrsula —murmuró en sueños, el nombre escapando de sus labios como una confesión.

De repente estaba en el salón de baile donde la había visto por última vez, el día que le propuso matrimonio. Veía su rostro compasivo pero firme cuando le dijo que no. La forma en que le había tomado la mano con cariño pero sin amor.

—Lo siento —decía ella en el sueño—. Pero mi corazón pertenece a otro.

Y él se quedaba allí, paralizado, incapaz de aceptarlo. Incapaz de dejarla ir."

CAPÍTULO 5

Los primeros días en la mansión Darmond transcurrieron en un silencio incómodo que Brianna no sabía cómo romper. La casa era enorme, fría a pesar de las chimeneas encendidas en cada habitación. Los sirvientes se movían como sombras, eficientes y callados, tratándola con una deferencia que la hacía sentir aún más sola.

David prácticamente la evitaba. Desayunaba temprano antes de que ella bajara, pasaba el día encerrado en su estudio o cabalgando por la propiedad, y cenaba en horarios erráticos que nunca coincidían con los de ella. Cuando se cruzaban en los pasillos, él la saludaba con cortesía distante antes de desaparecer detrás de alguna puerta.

Las noches eran peores. Brianna permanecía despierta en su cama, escuchando los ocasionales sonidos que venían de la habitación contigua. Pasos. El crujir de un sillón. El tintineo de una botella contra un vaso. Y a veces, muy tarde, esos murmullos angustiados que ya conocía demasiado bien.

Había intentado acercarse una vez, llamando suavemente a su puerta cuando los gemidos sonaban particularmente torturados. Pero él no respondió, y ella se quedó del otro lado sintiéndose tonta e inútil.

La señora Hartley, el ama de llaves, era su única compañía constante. La mujer era amable pero formal, siempre refiriéndose a ella como "milady" y manteniendo una distancia apropiada.

— ¿Necesita algo más para la cena, milady? —preguntó la señora Hartley mientras Brianna picoteaba su comida solitaria en el comedor.

—No, gracias. Esto está bien.

—El conde envió sus disculpas. Dice que tiene trabajo urgente que atender en su estudio.

Por supuesto que sí, pensó Brianna amargamente. Siempre había algo urgente que requería su atención. Cualquier cosa excepto su nueva esposa.

— ¿Siempre ha sido así? —preguntó antes de poder contenerse—. ¿Tan... distante?

La señora Hartley vaciló, la bandeja temblando ligeramente en sus manos.

—Milord ha pasado por tiempos difíciles, si me permite decirlo. Desde que la señorita...

Se detuvo abruptamente, como si se hubiera dado cuenta de que había dicho demasiado.

— ¿La señorita...? —presionó Brianna, el corazón acelerándose.

—Discúlpeme, milady. No me corresponde hablar de eso.

Se retiró rápidamente, dejando a Brianna con más preguntas que respuestas.

Esa noche, cuando no pudo dormir de nuevo, decidió explorar la casa. Se puso una bata sobre su camisón y tomó una vela, recorriendo los pasillos silenciosos. La mansión era como un laberinto de habitaciones elegantes y vacías, cada una decorada con un gusto exquisito pero carente de calidez.

Bajó las escaleras, dirigiéndose hacia el ala donde sabía que estaba la biblioteca. Tal vez un libro la ayudaría a conciliar el sueño.

La puerta estaba entreabierta, una luz tenue filtrándose por la rendija. Brianna se acercó con cuidado, asomándose.

David estaba allí, sentado en uno de los sillones de cuero cerca de la chimenea. Tenía un vaso de brandy en una mano y miraba las llamas con expresión ausente. A su lado, sobre una mesita, había una botella medio vacía y lo que parecía ser una carta escrita a medias.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que no la escuchó entrar.

— ¿No puedes dormir?

Él se sobresaltó, girándose bruscamente. Por un momento, algo pasó por su rostro. ¿Culpa? ¿Dolor? Fuera lo que fuera, desapareció rápidamente tras su máscara habitual.

—Brianna. ¿Qué haces despierta a estas horas?

—Podría preguntarte lo mismo.

Se acercó despacio, consciente de su estado desaliñado. Su cabello suelto caía sobre los hombros y la bata no ocultaba mucho de las curvas que el camisón delineaba. Vio cómo los ojos de David se deslizaban brevemente sobre ella antes de apartarse con esfuerzo.

—No podía dormir —admitió finalmente—. Así que decidí trabajar un poco.

— ¿Trabajar? —miró la carta a medio escribir—. ¿A quién le escribes?

Su mano se movió rápidamente, cubriendo el papel.

—Asuntos de la propiedad. Nada importante.

Mentira. Podía verlo en la tensión de sus hombros, en la forma en que evitaba su mirada.

—David...

—No deberías estar aquí.

— ¿Por qué no? Soy tu esposa.

Las palabras salieron con más amargura de la que pretendía. Él cerró los ojos, la mandíbula apretándose.

—Lo sé.

— ¿Entonces por qué me evitas?

—No te evito.

—Sí lo haces. Llevas cinco días evitándome. Apenas cruzamos palabras. Comes solo, trabajas solo, duermes solo.

Se puso de pie abruptamente, caminando hacia la ventana. La distancia entre ellos se sentía como un abismo.

—Pensé que eso era lo que querías. Después de... después de nuestra noche de bodas.

Brianna sintió que el pecho se le apretaba. ¿Cómo podía pensar eso cuando él había sido quien la rechazó? Quien había dejado claro que solo eran un acuerdo.

—Yo no quería nada de esto —dijo, la voz quebrándose—. No quería casarme con un hombre que no me habla, que me trata como si fuera un mueble más en esta casa enorme y vacía.

Él se giró, y por primera vez desde esa noche, realmente la miró. Sus ojos grises estaban llenos de algo que no podía descifrar. Dolor, tal vez. O arrepentimiento.

—Brianna, yo...

Dio un paso hacia ella, luego se detuvo.

—Esto es más complicado de lo que pensé.

— ¿Qué es complicado? ¿Tratarme con un mínimo de cortesía? ¿Comportarte como si realmente quisieras que estuviera aquí?

— ¡Por supuesto que quiero que estés aquí! —la voz se le elevó, perdiendo el control por primera vez—. Eres mi esposa. Pero no puedo...

Se pasaron las manos por el cabello, frustrado.

—No puedo darte lo que necesitas.

— ¿Y qué crees que necesito?

—Amor. Afecto genuino. Un esposo que no esté...

Se detuvo, mordiéndose las palabras.

— ¿Que no esté qué? —presionó ella, acercándose—. ¿Enamorado de otra mujer?

Lo dijo. Finalmente lo dijo en voz alta. David la miró como si le hubiera dado una bofetada.

— ¿De qué hablas?

—Úrsula. —El nombre cayó entre ellos como una piedra—. Sé que estuviste enamorado de mi prima. Sé que casi se casan. Y sé que me parezco a ella.

La expresión en su rostro lo confirmó todo. Culpa, vergüenza, dolor. Todo mezclado en una mueca que le rompió el corazón.

—Brianna...

— ¿Me casé contigo solo para ser su sombra? ¿Para qué pudieras fingir que ella no te rechazó?

— ¡No! —cerró la distancia entre ellos en dos zancadas, tomándola por los brazos—. No es así. Tú no eres...

Se detuvo, respirando agitadamente. Estaban tan cerca que Brianna podía sentir el calor de su cuerpo, oler el brandy en su aliento mezclado con ese aroma masculino que era únicamente suyo.

—Entonces dime qué soy —susurró ella—. Dime por qué te casaste conmigo si no puedes ni siquiera mirarme.

Los ojos de él bajaron a sus labios. La respiración se le aceleró.

—Puedo mirarte —su voz se volvió ronca—. Dios, no hago otra cosa que mirarte.

—Entonces ¿por qué...?

No terminó la frase porque él la besó. Fue brusco, desesperado, como si hubiera estado conteniendo algo por demasiado tiempo. Sus manos se enredaron en su cabello mientras su boca devoraba la de ella con una hambre que la dejó sin aliento.

Brianna respondió con igual intensidad, aferrándose a sus hombros, presionándose contra él. Toda la frustración y la soledad

de los últimos días se derramaron en ese beso. Necesitaba esto, lo necesitaba a él, aunque fuera solo por un momento.

David gruñó contra su boca, sus manos bajando por su espalda, apretándola más contra él. Podía sentir su erección presionándose contra su vientre, dura e insistente.

—Brianna —jadeó, separándose apenas para tomar aire—. Deberíamos parar.

—No quiero parar.

Lo besó de nuevo, mordiéndole el labio inferior. Él gimió, el sonido vibrando entre sus cuerpos. En un movimiento fluido, la levantó, llevándola hacia el sofá más cercano. La depositó sobre los cojines, cubriéndola con su cuerpo.

El peso de él sobre ella era delicioso. Brianna arqueó las caderas, buscando fricción, y él gruñó de nuevo.

—Dios, me vuelves loco.

Sus labios descendieron por su cuello, mordisqueando y succionando la piel sensible. Una de sus manos encontró su pecho a través del camisón, amasándolo, el pulgar frotando el pezón hasta que se endureció dolorosamente.

Brianna jadeó, las manos volando a su camisa, desabotonándola con dedos torpes. Necesitaba sentir su piel, tocarlo como él la tocaba a ella. Cuando finalmente logró abrir la camisa, deslizó las manos por su pecho desnudo, maravillándose por los músculos definidos bajo sus palmas.

David capturó su boca de nuevo mientras su mano se deslizaba bajo el camisón, subiendo por su muslo. Cuando sus dedos rozaron su centro ya húmedo, ambos gimieron.

—Tan mojada —murmuró contra sus labios—. Siempre tan lista para mí.

Comenzó a acariciarla con movimientos circulares que la hacían retorcerse. Brianna separó las piernas más, dándole mejor acceso,

perdiéndose en las sensaciones. Era como esa noche, pero diferente. Más desesperado, más crudo.

Cuando él insertó un dedo dentro de ella, el placer fue tan intenso que gritó. Su espalda se arqueó, presionándose contra su mano.

—David... por favor...

— ¿Qué quieres? —su voz era pura seducción oscura—. Dímelo.

—A ti. Te quiero a ti.

Añadió otro dedo, bombeándolos dentro de ella mientras su pulgar trabajaba ese punto sensible. El placer se enrollaba más y más apretado en su vientre. Estaba tan cerca, tan cerca...

Y entonces se detuvo.

Brianna abrió los ojos, confundida y frustrada. David se había apartado, poniéndose de pie. Su pecho subía y bajaba agitadamente, el rostro ruborizado, los ojos oscuros de deseo insatisfecho.

—No podemos hacer esto.

— ¿Qué? —se incorporó, sin poder creer lo que estaba escuchando—. ¿Por qué no?

—Porque... —se pasó las manos por el cabello, volteándose—. Porque no está bien.

—Somos marido y mujer, David. ¿Cómo puede no estar bien?

—Necesitas descansar. Es tarde.

La excusa era tan transparente que dolía. Brianna se puso de pie, ajustándose el camisón con manos temblorosas.

— ¿Es eso? ¿O es que cuando me tocas, ves a alguien más?

Él no respondió, lo que fue respuesta suficiente.

Las lágrimas le picaron los ojos, pero se negó a dejarlas caer frente a él. Se dirigió hacia la puerta, deteniéndose solo para mirarlo por última vez.

—Cuando decidas si quieres estar casado conmigo o con un fantasma, avísame.

Salió de la biblioteca antes de que él pudiera responder, corriendo por los pasillos hasta su habitación. Solo cuando cerró la puerta detrás de ella se permitió llorar.

En la biblioteca, David se dejó caer de nuevo en el sillón, la cabeza entre las manos.

Maldición.

Todavía podía sentirla, olerla, saborearla. Su cuerpo gritaba por terminar lo que había empezado, por llevarla a la cama y hacerla suya hasta que ninguno de los dos pudiera pensar.

Pero cada vez que cerraba los ojos, veía dos rostros superpuestos. Brianna con sus ojos verdes mirándolo con deseo. Úrsula con sus ojos azules mirándolo con lástima.

No podía hacerle eso a Brianna. No podía usarla como sustituta, aunque parte de él —la parte oscura y egoísta— lo deseara desesperadamente.

Se sirvió otro brandy, bebiéndolo de un trago. Sería una noche larga.

Los días siguientes continuaron en el mismo patrón incómodo, pero algo había cambiado. David ya no la evitaba tan obviamente. Ahora compartían algunas comidas, aunque la conversación era forzada y superficial. Él preguntaba por su día, ella respondía con monosílabos. El elefante en la habitación, lo que había sucedido en la biblioteca, permanecía sin mencionarse.

Brianna comenzó a explorar los terrenos de la propiedad, necesitando aire fresco y espacio para pensar. Los jardines eran hermosos, meticulosamente cuidados, con rosas que comenzaban a florecer a pesar del clima aún fresco.

Fue durante uno de estos paseos que escuchó risas de niños.

Siguió el sonido, curiosa, hasta llegar a una parte menos formal de los jardines. Allí, para su sorpresa, encontró a David rodeado de cuatro niños pequeños. Estaba de rodillas en el pasto, sonriendo mientras les mostraba algo en su mano.

— ¿Ven? Si lo sostienen así, el insecto no se asustará.

Los niños se acercaron con cautela, mirando con fascinación lo que parecía ser un escarabajo.

— ¿No muerde, milord? —preguntó una niña pequeña de cabello oscuro.

—No, Alice. Es completamente inofensivo.

Su voz era tan diferente, cálida y paciente. Brianna se escondió detrás de un arbusto, observando.

—Milord, ¿es cierto que tiene un caballo que puede saltar más alto que una casa? —preguntó un niño pecoso.

David rió, el sonido rico y genuino.

—Bueno, técnicamente no se puede pero si tiene alas, ya es otra cosa.

— ¿Y tiene un caballo con alas?

—Por supuesto que si —dijo con absoluta seriedad.

Los niños lo miraron confundidos por un momento antes de estallar en risas. Uno de ellos se lanzó a abrazarlo y David lo atrapó con facilidad, haciéndolo girar antes de depositarlo de vuelta en el suelo.

—Muy bien, pequeños. Es hora de que regresen al orfanato. La señora Hopkins se preocupará.

— ¿Podemos venir la próxima semana? —preguntó Alice con ojos esperanzados.

—Por supuesto. Siempre son bienvenidos aquí.

Los niños se despidieron con entusiasmo antes de correr hacia donde esperaba una mujer mayor que Brianna asumió era la señora que los cuidaba. David se quedó mirándolos alejarse con una expresión que solo podía describirse como nostálgica.

Brianna salió de su escondite, incapaz de contenerse más.

—No sabía que recibieras visitas de niños.

Él se giró rápidamente, sorprendido. Por un momento, la calidez permaneció en su rostro antes de ser reemplazada por su habitual reserva.

—Es algo que hago ocasionalmente. El orfanato está cerca.

— ¿Los conoces bien?

—Hago donaciones regulares. A veces los invito para que tengan un día diferente.

Caminó junto a ella de regreso hacia la casa, las manos en los bolsillos.

—Alice es especialmente inteligente. Le estoy enseñando a leer.

El orgullo en su voz era innegable. Brianna lo miró con nuevos ojos. Este hombre que acababa de ver, paciente y cariñoso con esos niños, era completamente diferente al hombre frío que la evitaba.

—Eso es... muy noble de tu parte.

—No es nobleza. Es simplemente lo correcto.

Caminaron en silencio por un momento. Brianna luchaba con la confusión que crecía en su interior. ¿Cómo podía ser tan dulce con esos niños y tan distante con ella?

—David, ¿por qué...?

—Tengo que revisar algunos documentos —la interrumpió, acelerando el paso—. Disculpa.

Y así, el momento se rompió. Él se alejó hacia su estudio, dejándola sola una vez más.

Pero algo había cambiado. Brianna había visto un destello del hombre que podría ser si dejara caer sus defensas. Y eso la hacía querer luchar por él, a pesar de todo.

Esa tarde, mientras tomaba té en el salón, la señora Hartley entró con una bandeja de correspondencia.

—El correo de hoy, milady.

—Gracias.

Brianna hojeó las cartas distraídamente. Invitaciones, facturas, nada interesante. Pero entonces notó algo en el fondo de la bandeja.

—Señora Hartley, ¿esto es del correo de hoy?

Levantó un sobre con remitente de América. Estaba dirigido a David, pero la dirección del remitente la hizo detenerse.

El ama de llaves miró el sobre y su expresión cambió.

—Oh, qué extraño.

— ¿Qué es extraño?

—Es solo que... —vaciló—. Milord solía recibir cartas de América con frecuencia. Hace años. Pero dejaron de llegar hace mucho tiempo. Y ahora esta carta…

El corazón de Brianna se aceleró.

— ¿De América? ¿De quién?

La señora Hartley pareció darse cuenta de que había dicho demasiado.

—No sabría decirle, milady. No es mi lugar leer la correspondencia del conde.

—Pero usted debe tener alguna idea...

—Discúlpeme, milady. Debo atender otras cosas.

Se retiró rápidamente, dejando a Brianna con el sobre en las manos.

América. Úrsula vivía en América. Era su residencia meses antes de casarse con su esposo y cuando este llegó a buscarla terminaron estableciéndose allí.

Las piezas comenzaron a encajar en su mente. David enamorado de Úrsula. Úrsula viviendo en América. Cartas que llegaban de allí regularmente hasta que dejaron de hacerlo.

¿Habían estado en correspondencia? ¿Incluso después de que ella se casara con otro hombre?

La idea la enfermó. Miró el sobre de nuevo. No reconocía la letra, y el remitente no era de la casa de Úrsula.

Debería dárselo a David sin abrirlo. Era lo correcto.

Pero sus dedos se deslizaron bajo el sello antes de que pudiera detenerse.

Dentro había una breve nota de un abogado en Virginia, informando sobre la venta de una pequeña propiedad que David aparentemente poseía allí. Nada siniestro, solo asuntos de negocios.

Pero la mención de la propiedad la hizo pensar. ¿Por qué David tendría tierras en América? ¿Había planeado mudarse allí alguna vez? ¿Para estar cerca de Úrsula?

Volvió a meter la carta en el sobre, las manos temblando. Se sentía sucia por haberla abierto, pero las dudas que ya tenía se habían multiplicado.

Esa noche, durante la cena, David pareció notar su tensión.

— ¿Sucede algo?

—El correo llegó hoy —dijo, empujando el sobre hacia él a través de la mesa—. Hay una carta para ti. De América.

Vio cómo su expresión cambiaba sutilmente. Algo pasó por sus ojos — ¿sorpresa? ¿preocupación?— antes de volver a su habitual

máscara.

—Gracias.

La guardó en su bolsillo sin abrirla.

— ¿No vas a leerla?

—Más tarde.

—Es sobre una propiedad, creo. En Virginia.

Los ojos de él se clavaron en los suyos.

— ¿La abriste?

El tono no era acusatorio, solo... cansado.

—Yo... sí. Lo siento, no debí hacerlo.

Él suspiró, dejando caer la servilleta sobre la mesa.

— ¿Qué quieres saber, Brianna?

— ¿Por qué tienes propiedad en América?

—La compré hace años. Para una inversión.

— ¿Solo eso?

— ¿Qué más podría ser?

La miraba fijamente, desafiándola a decir lo que realmente pensaba.

—No lo sé. Tú dime. ¿Tiene algo que ver con Úrsula?

El nombre cayó entre ellos como siempre, pesado y cargado.

—Todo tiene que ver con Úrsula para ti, ¿verdad? —su voz se elevó ligeramente—. Cada cosa que hago, cada decisión que tomo, asumes que es por ella.

— ¿Me estás diciendo que no lo es?

— ¡Te estoy diciendo que estoy cansado de que me juzgues por un pasado que no puedo cambiar!

Se puso de pie bruscamente, la silla raspando el suelo.

—Compré esa propiedad porque pensé... —se detuvo, respirando hondo—. Pensé que podría necesitar un lugar donde empezar de nuevo. Lejos de todo.

— ¿Cuándo?

—Hace cuatro años. Antes de que Úrsula se casara.

Antes de perderla para siempre, quiso añadir Brianna. Cuando todavía tenía esperanza.

—Ya veo.

—No, no ves —caminó hacia ella, la frustración clara en cada movimiento—. Ves lo que quieres ver. Una obsesión enfermiza, un hombre que no puede superar el pasado.

— ¿Y me equivoco si pienso así? —se puso de pie también, enfrentándolo—. Porque desde que llegué aquí, todo lo que he visto es a un hombre atormentado por algo. Y cada pista me lleva de vuelta a ella.

—Tal vez porque eso es lo que buscas —su voz se suavizó, pero el dolor en ella era palpable—. Tal vez quieres una excusa para no intentarlo de verdad conmigo.

Las palabras la golpearon como una bofetada. ¿Era eso cierto? ¿Estaba ella saboteando esto antes de que tuviera oportunidad de funcionar?

—Eso no es justo.

— ¿No? Entonces dime, Brianna, ¿qué quieres de mí? Porque cada vez que intento acercarme, me apartas con tus acusaciones. Cada vez que te doy espacio, me acusas de evitarte.

— ¡Quiero que seas honesto conmigo! —gritó, las lágrimas finalmente cayendo—. Quiero saber si tienes alguna posibilidad de amarme algún día, o si siempre seré solo... solo un recordatorio de lo que no pudiste tener.

El silencio que siguió fue ensordecedor.

David la miraba con una expresión que no podía descifrar. Dolor, culpa, algo más que no alcanzaba a identificar.

—Yo... —comenzó, pero se detuvo.

Brianna esperó, el corazón latiendo dolorosamente en su pecho. *Dilo*, suplicó mentalmente. *Dime algo que haga que todo esto valga la pena.*

Pero las palabras no llegaron. En su lugar, David se dio la vuelta.

—Necesito estar solo.

Salió del comedor, dejándola con sus lágrimas y su corazón roto.

Brianna pasó los siguientes dos días principalmente en su habitación, alegando un dolor de cabeza. La señora Hartley le llevaba las comidas y se quedaba a hacerle compañía brevemente, pero la mayor parte del tiempo estaba sola con sus pensamientos.

Pensaba en todo lo que había descubierto. Las cartas de Irlanda. La propiedad que David había comprado. Su ternura con los niños del orfanato que contrastaba tan marcadamente con su frialdad hacia ella.

¿Quién era realmente este hombre con el que se había casado?

El tercer día, Rose —una de las doncellas más jóvenes— entró con una bandeja de té y un sobre.

—Milady, esto llegó para usted esta mañana.

Era de la Señora Miller. Brianna la abrió con manos temblorosas.

Querida Brianna,

Confío en que tu nuevo hogar, comience ya a resultarte menos vasto y más íntimo. Las primeras semanas de matrimonio suelen ser un delicado equilibrio entre descubrimientos y silencios que aún no sabemos interpretar.

Te escribo porque ha llegado a mis oídos algo que, como alguien que te ha tomado aprecio, considero que debes conocer. Hace

apenas diez días, Lord Darmond recibió una invitación muy insistente de parte del duque de Ashbourne para unirse a una partida de caza en su finca de Hampshire. No se trataba de un simple entretenimiento campestre, sino de una reunión cuidadosamente orquestada, a la que acudirían varios caballeros influyentes del Parlamento y ciertos inversores con quienes él ha procurado estrechar vínculos en el pasado.

La invitación fue reiterada en persona, según supe por mi esposo, y, sin embargo, la rechazó.

Al parecer, alegó que prefería permanecer en Haven Manor durante esas fechas. Cuando le insinuaron que aquella decisión podría interpretarse como desinterés político, respondió, con una serenidad que sorprendió a más de uno, que sus prioridades habían cambiado.

No dio mayores explicaciones.

La noticia se comentó con cierta curiosidad, pues no es propio de él declinar oportunidades que refuercen su posición. Y, querida mía, las fechas coinciden exactamente con tu primera semana formal como anfitriona en la propiedad.

No pretendo inmiscuirme en tus asuntos, pero pensé que te interesaría saberlo. Sé lo mucho que te preocupaba el hecho de que el conde guardara afectos por tu prima, pero creo que es algo que cada vez debe preocuparte menos. A veces los gestos más reveladores son aquellos que se hacen en silencio.

Con todo mi afecto,
Elsy

Brianna leyó la carta tres veces, tratando de procesar lo que significaba.

David había rechazado una oportunidad importante para quedarse cerca de ella.

¿Por qué? Si no la amaba, si solo la veía como un sustituto de Úrsula, ¿por qué haría tal sacrificio?

A menos que...

No, se dijo a sí misma. *No te hagas ilusiones. Probablemente tenía otras razones.*

Pero la semilla de la duda, o quizás de la esperanza, había sido plantada.

Esa noche, bajó a cenar por primera vez en días. David estaba ya sentado cuando llegó, y su expresión se iluminó brevemente al verla antes de volver a su habitual reserva.

—Me alegra que te sientas mejor.

—Gracias.

Comieron en silencio por un rato. Brianna lo observaba de reojo, notando las ojeras bajo sus ojos, la forma en que sus hombros estaban tensos.

—David, ¿puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

—La Señora Miller me escribió. Dijo que rechazaste una invitación del duque de Ashbourne para unirte a una partida de caza en su finca de Hampshire. Una oportunidad importante.

Vio cómo su mandíbula se apretaba.

— ¿Y?

— ¿Por qué la rechazaste?

—Tenía asuntos que atender aquí.

— ¿Qué asuntos?

Él dejó los cubiertos, mirándola directamente.

— ¿Importa?

—Sí. Me importa entender por qué.

Él suspiró, pasándose una mano por el rostro.

—Porque no quería irme. No en ese momento.

— ¿Por qué no?

—Brianna...

—Necesito saberlo.

Se quedaron mirándose a través de la mesa, la tensión creciendo entre ellos.

—Porque tú estabas aquí —dijo finalmente, la voz apenas un murmullo—. Y yo... necesitaba estar cerca.

El corazón se le aceleró.

— ¿Por qué?

Pero él ya se estaba levantando, retirándose como siempre hacía cuando la conversación se volvía demasiado personal.

—Es tarde. Deberías descansar.

—David, espera...

Pero ya se había ido, dejándola con más preguntas que respuestas.

En su habitación, Brianna se quedó mirando al techo, incapaz de dormir. Las piezas no encajaban. Un hombre obsesionado con otra mujer no rechazaría oportunidades importantes para estar cerca de su sustituta. No mostraría esa ternura con los niños. No la miraría de la forma en que David la miraba a veces, cuando pensaba que ella no se daba cuenta.

Había algo más. Algo que él no le estaba diciendo.

Y ella estaba decidida a descubrir qué era.

En su estudio, David se sirvió otro brandy que no necesitaba. Las palabras de Brianna resonaban en su mente.

¿Por qué?

Porque necesitabas estar cerca de ella.

Se había quedado porque desde el momento en que la vio en Heaven Manor, algo dentro de él se había despertado. Algo que había creído perdido junto con todas sus esperanzas de felicidad**.** Se había quedado porque necesitaba entender qué era lo que hacía que su corazón latiera más rápido cada vez que la veía. Por qué sus ojos la buscaban constantemente en cualquier habitación. Por qué la idea de estar lejos de ella le resultaba físicamente dolorosa.

Se había quedado porque, en algún momento entre conocerla y casarse con ella, había comenzado a... ¿qué? ¿Amarla? ¿Podía ser amor cuando todavía cargaba tanto del pasado?

Era hora de intentarlo de verdad. De darle a Brianna la oportunidad que merecía.

Solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

CAPÍTULO 6

Dos semanas habían pasado desde la confrontación en el comedor. Dos semanas en las que David había comenzado a cambiar, lentamente, como el deshielo después de un invierno largo. Ya no cenaba solo en su estudio. Ahora compartían la mesa, las conversaciones fluyendo con más facilidad cada noche.

Todavía había momentos de tensión, silencios cargados de cosas no dichas, pero también había risas. Pequeñas bromas que ella nunca habría imaginado de él. Miradas que duraban un segundo más de lo necesario.

Y en las noches, cuando pensaba que él no se daba cuenta, Brianna lo escuchaba detenerse frente a su puerta. El crujir del piso delator. Una pausa larga antes de escuchar sus pasos alejándose de nuevo hacia su propia habitación.

Esa tarde, la señora Hartley le había dicho que el conde solicitaba su presencia en el comedor para la cena, pero que viniera vestida de manera especial. Brianna había fruncido el ceño ante la petición extraña, pero Rose se había apresurado a ayudarla a elegir uno de sus vestidos más elegantes: uno de seda color azul medianoche que acentuaba su figura.

Cuando bajó las escaleras, se detuvo en seco.

El comedor había sido transformado. Las velas iluminaban cada superficie, docenas de ellas creando un resplandor dorado que hacía brillar la cristalería y la plata. Rosas frescas decoraban la mesa, su aroma dulce llenando el aire. Y en el centro de todo esto estaba David, vestido con su mejor frac, esperándola.

Los ojos de él se iluminaron cuando la vio, un destello de algo que la hizo temblar. Admiración, tal vez. O algo más profundo.

— ¿Qué es todo esto? —preguntó ella, bajando los últimos escalones con cuidado. El corazón le latía tan fuerte que estaba segura de que él podía escucharlo.

—Una disculpa —dijo él, acercándose para tomar su mano. Sus dedos se entrelazaron con los de ella, cálidos y seguros—. Y un intento de empezar de nuevo.

La llevó a la silla, apartándola con la caballerosidad que ella recordaba de cuando se conocieron. Pero esta vez había algo más en el gesto, una ternura deliberada que no había mostrado antes.

—David, no tenías que hacer todo esto...

—Sí tenía que hacerlo.

Se sentó frente a ella, la luz de las velas proyectando sombras en los ángulos de su rostro.

—He sido un idiota. Un cobarde. Y te mereces algo mejor que eso.

Antes de que pudiera responder, los sirvientes comenzaron a traer el primer plato. Ostras frescas con limón y champaña. David levantó su copa.

—Por los nuevos comienzos.

Ella dudó apenas un momento antes de levantar la suya.

—Por los nuevos comienzos.

El cristal tintineó cuando brindaron, el sonido claro y puro en el silencio del comedor.

La cena fue exquisita: cada plato preparado con cuidado, cada vino elegido perfectamente. Sopa de langosta con crema y eneldo. Solomillo en salsa de vino tinto con champiñones silvestres. Espárragos glaseados que se derretían en la boca.

Pero lo que más disfrutó Brianna fue la conversación.

David le habló de su infancia, de cómo solía esconderse en la biblioteca para escapar de las lecciones de esgrima que odiaba. Le contó sobre su madre, que había muerto cuando él tenía doce años, dejándolo con un padre que se había vuelto distante y frío.

—Ella era... cálida —dijo, mirando su copa de vino—. Siempre estaba riendo. Mi padre era el serio, pero ella equilibraba todo. Cuando murió, fue como si la luz se apagara en la casa.

La miró directamente, vulnerable de una forma que ella nunca había visto.

—Creo que por eso me resulta tan difícil... conectar con la gente. Aprendí desde muy joven que amar a alguien significa que pueden dejarte. Y el dolor de esa pérdida nunca desaparece realmente.

Brianna sintió que algo se suavizaba en su interior. Alcanzó su mano a través de la mesa, entrelazando sus dedos con los de él.

—Lo siento mucho.

—Gracias.

Apretó su mano antes de soltarla, pero el momento había creado un puente entre ellos.

Ella le contó sobre crecer en Irlanda, sobre la presión de ser la hija mayor, sobre sus sueños de ver el mundo. Le habló de las

noches en que se escabullía al arroyo solo para sentirse libre, aunque fuera por unas horas.

—Siempre sentí que había algo más allá de las colinas —confesó —. Algo más grande que la vida que me esperaba. Por eso cuando mis padres decidieron enviarme a Heaven Manor, una parte de mí se sintió... aliviada. Aunque otra parte estaba aterrada.

— ¿De qué tenías miedo?

—De no ser suficiente. De fracasar. De terminar siendo exactamente lo que todos esperaban de mí y nada más.

David la miraba con tal intensidad que le quitaba el aliento.

—Eres más que suficiente, Brianna. Eres... extraordinaria.

Las palabras la hicieron sonrojar. Bajó la mirada a su plato, tratando de controlar las emociones que amenazaban con desbordarla.

— ¿Y qué más quieres ver? —preguntó él, sus ojos brillando con la luz de las velas—. Más allá de Inglaterra.

—Italia —dijo ella sin dudar—. Los canales de Venecia, las ruinas de Roma. Y París. Siempre he querido ver París.

—Entonces iremos.

— ¿Qué?

—A París. A Italia. A donde quieras.

La miraba con tal intensidad que le quitaba el aliento.

—Cuando todo esto... cuando encontremos nuestro ritmo, te llevaré a todos esos lugares.

Brianna sintió algo cálido expandirse en su pecho. Por primera vez desde la noche de bodas, permitió que la esperanza se filtrara.

Cuando terminaron de cenar, David se puso de pie y le extendió la mano.

— ¿Me concederías este baile, milady?

— ¿Baile? No hay música.

— ¿No la hay?

Chasqueó los dedos y como si hubiera sido planeado, apareció un violinista desde las sombras del salón contiguo. Brianna se echó a reír, sorprendida y encantada.

— ¿Cuándo planeaste todo esto?

—Llevo días pensando en cómo compensarte —admitió él, llevándola al centro del salón que habían despejado de muebles—. Por ser un idiota. Por hacerte sentir no deseada cuando es todo lo contrario.

Comenzaron a bailar, un vals lento y romántico. No había otros invitados, no había ojos juzgando cada movimiento. Solo ellos dos, moviéndose al ritmo de la música en un salón iluminado por velas.

David la acercó más, su mano presionando contra su espalda baja. Brianna podía sentir el calor de su cuerpo a través de las capas de tela, el latido firme de su corazón.

—Brianna —murmuró él, su aliento rozando su oído—. Quiero que sepas algo.

— ¿Qué?

—Que lamento mucho cómo comenzó todo esto. Cómo te hablé esa noche. Lo que dije...

Se detuvo, buscando las palabras correctas. El violín continuaba tocando, ajeno a la tensión creciente entre ellos.

—No eres un acuerdo para mí. No lo eres.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas que se negó a dejar caer.

— ¿Entonces qué soy?

Él la miró con una intensidad que la hizo temblar.

—No lo sé todavía. Pero quiero descubrirlo. Si me dejas.

El violín llegó a su crescendo final. David la hizo girar una última vez antes de detenerla, sus cuerpos tan cerca que Brianna podía ver las motas doradas en sus ojos grises.

La tensión se volvió casi insoportable. Los ojos de él bajaron a sus labios. Ella se inclinó hacia adelante, apenas un movimiento, pero suficiente. David cerró la distancia, besándola con una ternura que no había mostrado antes. No era el beso desesperado de la biblioteca, ni la pasión descontrolada de su noche de bodas. Esto era diferente. Más lento, más deliberado. Como una promesa.

Brianna respondió, sus manos subiendo para enredarse en su cabello. El beso se profundizó, la ternura dando paso a algo más urgente. David gruñó contra su boca, sus manos deslizándose por su espalda, apretándola contra él.

—Brianna —jadeó, separándose apenas—. Deberíamos... deberíamos ir arriba.

El corazón de ella se detuvo. ¿Arriba? ¿A las habitaciones?

— ¿Estás seguro?

En respuesta, él la levantó en brazos, haciéndola soltar un grito de sorpresa seguido de risas. Comenzó a subir las escaleras, besándola entre cada escalón, ambos riendo como adolescentes.

Habían llegado a la mitad de la escalera cuando escucharon el estruendo de la puerta principal abriéndose.

— ¡Milord! —la voz alarmada del mayordomo resonó en el vestíbulo—. Perdone la interrupción, pero tiene visitas.

David se detuvo en seco, bajando a Brianna con cuidado. Ambos miraron hacia abajo para ver al mayordomo completamente mortificado, y detrás de él...

— ¡David, querido! Espero que no sea mal momento.

Una mujer elegante entró al vestíbulo como si fuera dueña del lugar. Era hermosa a la manera aristocrática: cabello rubio perfectamente arreglado, vestido de viaje de la última moda, una sonrisa que no alcanzaba sus ojos azules.

—Lady Constance —dijo David, su voz completamente desprovista de emoción—. Qué... sorpresa.

—Oh, ya sabes que nunca resisto una buena sorpresa.

La mujer lo miró de arriba abajo con una familiaridad que hizo que Brianna apretara los puños.

—Escuché que te habías casado y simplemente tenía que venir a conocer a la afortunada.

Sus ojos finalmente se posaron en Brianna, evaluándola de pies a cabeza con una mirada que podría congelar el infierno.

David suspiró audiblemente antes de bajar los escalones restantes. Brianna lo siguió, sintiéndose repentinamente fuera de lugar en su propia casa.

—Lady Constance Wilmington, permíteme presentarte a mi esposa, Lady Brianna Bentham, condesa de Darmond.

El énfasis que puso en "esposa" no pasó desapercibido para nadie.

—Encantada —dijo Constance con una sonrisa que era pura veneno, extendiendo una mano lánguida—. Qué hermosa eres, querida. Y ese vestido... divino. Aunque tal vez un poco... revelador para una recién casada. Pero supongo que las irlandesas tienen costumbres diferentes.

Brianna sintió que la sangre le hervía, pero mantuvo la compostura.

—Gracias, Lady Wilmington.

—Qué... inesperada su visita…—comentó David esperando que notara que era un reproche.

—Oh, ya sabes cómo es. Estaba de paso y simplemente no pude resistir la tentación de ver cómo estabas.

Sus ojos se deslizaron sobre él con una familiaridad que hizo que Brianna apretara los puños.

—Y para conocer a la mujer que finalmente logró lo que tantas intentamos.

—Lady Constance es una... vieja conocida de la familia —explicó David, claramente incómodo, la mandíbula apretándose—. Nuestros padres eran amigos cercanos.

—Oh, éramos más que eso, David. No seas modesto.

Constance se quitó los guantes con movimientos lentos y deliberados, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Estuvimos comprometidos brevemente hace unos años. Antes de que él decidiera que yo no era lo suficientemente... interesante para él.

Se acercó al espejo del vestíbulo, arreglándose un mechón de cabello que no necesitaba arreglo.

—Aunque debo admitir que me rompió el corazón. Pensé que me amaba. Pero entonces descubrí que su corazón ya pertenecía a otra.

El silencio que siguió fue tenso. Brianna miró a David, esperando que lo negara, pero él solo apretó la mandíbula con más fuerza.

—Fue hace mucho tiempo —dijo finalmente, la voz peligrosamente baja—. Y fue de mutuo acuerdo.

—Si tú lo dices, querido.

Constance se volvió hacia Brianna, estudiándola con ojos calculadores.

—Sabes, hay algo familiar en ti. Algo que no puedo ubicar. Como si te hubiera visto antes, aunque sé que no nos hemos conocido.

Se acercó más, tan cerca que Brianna pudo oler su perfume caro y empalagoso.

— ¿Has estado en Londres antes, querida? ¿Tal vez en la temporada social hace unos años?

—No, jamás.

—Qué curioso. Entonces debe ser otra cosa.

Constance dio vueltas alrededor de ella como un depredador evaluando a su presa.

—Oh…—dijo como si tuviera una revelación—ya sé a quién me recuerdas —miró a David—eres un chico malo—le dijo con picardía. Luego miró bien a Brianna —el cabello, tal vez. O los ojos. Aunque los tuyos son verdes, ¿verdad? Los de ella eran azules. Azul océano, solía decir David.

Brianna sintió que el estómago se le caía. *Ella.* Constance estaba hablando de Úrsula.

—Constance, eso es suficiente —la voz de David cortó el aire como un látigo.

— ¿Qué? Solo estaba haciendo conversación.

Se instaló en uno de los sillones del salón como si planeara quedarse, arreglando sus faldas con movimientos meticulosos.

—Aunque debo admitir que me sorprendió enterarme de tu matrimonio, David. Después de todo, siempre dijiste que nunca te casarías. No después de... bueno.

Se detuvo, mirando a Brianna con falsa compasión que era más insultante que cualquier insulto directo.

—Discúlpame, querida. No debería hablar de los viejos amores de tu esposo frente a ti. Debe ser... incómodo.

—No es incómodo en absoluto —mintió Brianna, forzando una sonrisa—. El pasado de mi esposo es exactamente eso: pasado.

—Qué actitud tan madura.

Constance sonrió, pero no alcanzó sus ojos.

—Aunque me pregunto si dirías lo mismo si supieras toda la historia.

—Constance —advirtió David, dando un paso adelante.

—Oh, relájate, David. Solo estoy siendo amigable.

Se volvió hacia Brianna, los ojos brillando con malicia.

— ¿No te lo ha contado? David estuvo completamente enamorado una vez. Una muchacha irlandesa... bellísima, según me dijeron todos los que la conocieron. Cabello como el fuego puesta bajo el sol y ojos del color del océano en una tormenta.

Cada palabra era una puñalada. Brianna sintió que le faltaba el aire.

—Estaba obsesionado con ella —continuó Constance, disfrutando claramente del momento—. La cortejó durante meses. Iban a casarse, o eso creía él. Hasta que ella lo rechazó por otro hombre.

Se inclinó hacia adelante, como compartiendo un secreto.

—Oí que se casó con un escocés y se fue a vivir a América con él. Un comerciante, creo. Qué trágico, ¿verdad? Rechazar a un conde inglés por un comerciante de caballos escocés. Debió haberlo amado mucho.

—O tal vez simplemente no amaba a David —dijo Brianna, la voz más firme de lo que se sentía.

Constance la miró con algo parecido al respeto.

—Touché, querida. Aunque me pregunto... ¿qué pensaría ella si supiera que David se casó con alguien que se le parece tanto?

Brianna miró a David, esperando que lo negara, que dijera que era mentira. Pero él solo miraba a Constance con una expresión que Brianna no podía descifrar.

—Constance, creo que deberías irte —dijo él finalmente, la voz peligrosamente baja.

—Oh, ¿tan pronto? Pero acabo de llegar.

—No me importa. Esta es mi casa y no eres bienvenida aquí.

Por primera vez, la máscara de Constance se resquebrajó, mostrando el veneno debajo.

—Muy bien. Pero piénsalo, David. ¿Cuánto tiempo crees que durará este matrimonio cuando ella descubra la verdad?

Se puso de pie, tomando sus guantes.

—Fue un placer conocerte, Lady Darmond. Espero que disfrutes viviendo en la sombra de un fantasma.

Salió del salón con la cabeza en alto, dejando un silencio devastador detrás.

Brianna se quedó mirando la puerta por donde había salido, procesando cada palabra que había dicho. *Una muchacha irlandesa. Cabello como el fuego. Ojos del color del océano.*

Por supuesto que era Úrsula.

Se giró hacia David lentamente. — ¿De verdad estuviste tan enamorado?

El silencio fue respuesta suficiente. David no lo negó. No dijo nada, solo la miraba con esa expresión atormentada que ella había aprendido a odiar.

—Dios —se llevó las manos a la boca, sintiendo náuseas—. ¿Por qué no puedes simplemente ser honesto conmigo?

— ¡Porque es complicado! —explotó él, perdiendo el control—. Porque no es blanco y negro como tú quieres que sea. Además estamos dándonos una nueva oportunidad si pasados, pero tú no quieres ver eso y vuelves a lo mismo.

—Entonces explícamelo. Hazlo simple —dio un paso hacia él, las manos temblando.

—Dime que no me ves y ves a ella. Dime que cuando me tocas, no deseas que sea ella. Dime algo que me haga creer que este matrimonio es más que... que...

No pudo terminar, el llanto ahogándola.

David extendió la mano hacia ella, pero Brianna retrocedió—No. No me toques. No cuando ni siquiera puedes negarme la verdad.

Salió corriendo del salón, subiendo las escaleras hacia su habitación. Escuchó a David llamándola, pero no se detuvo. No podía. No hasta que estuviera sola, hasta que pudiera procesar esto.

Cerró la puerta de su habitación, echando el pestillo. Se dejó caer en la cama, sollozando en la almohada.

Todo había sido una mentira. El cortejo, la propuesta, este matrimonio. Todo una elaborada farsa para que él pudiera tener una versión de la mujer que realmente amaba.

Y ella había sido lo suficientemente tonta como para enamorarse de él de todas formas.

Los días siguientes fueron peores que antes. Brianna se negaba a hablar con David más allá de lo estrictamente necesario. Cuando él intentaba explicarse, ella se retiraba. Cuando él aparecía en una habitación, ella encontraba una excusa para irse.

La señora Hartley miraba la situación con evidente preocupación, pero no decía nada. Los sirvientes se movían de puntillas, conscientes de la tensión que llenaba cada rincón de la mansión.

Fue durante uno de esos días que llegó el correo.

Brianna estaba en la biblioteca, fingiendo leer un libro que no había procesado ni una sola palabra, cuando Rose entró con una bandeja.

—Milady, ha llegado correspondencia para usted.

Brianna apenas levantó la vista, esperando otra carta de su madre preguntando cómo estaba. Pero cuando vio la letra en el sobre, el corazón se le detuvo.

Era de Úrsula.

Con manos temblorosas, abrió la carta.

Querida Brianna,

Espero que esta carta te encuentre bien. Quería felicitarte por tu matrimonio con el conde de Darmond. Qué curioso que te casaras

con él, de todas las personas. Es un buen hombre, estoy segura.

Lamento que las cosas entre nosotras ya no sean iguale. Cuando éramos niñas no podíamos estar la una sin ver a la otra pero ahora con tantos kilómetros y agua de distancia, me temo que se ha perdido ese lazo. Sin embargo, sé que estás molesta porque no te mencioné como fueron realmente las cosas con David, pero no sabía cómo hacerlo. Espero que con el tiempo puedas perdonarme. Solo quería protegerte.

Sé feliz, prima. Aunque tengo que admitir que me sorprendió la rapidez de todo. David nunca me pareció el tipo de hombre que se apresurara en algo tan importante como el matrimonio. Pero estoy más que segura de que si lo hizo, es porque hay un sentimiento muy fuerte entre ustedes.

Cuídate mucho y disfruta de tu amor,

Con cariño, Úrsula

Brianna leyó la carta tres veces, cada palabra haciendo clic en su cerebro como piezas de un rompecabezas macabro.

Qué curioso que te casaras con él, de todas las personas.

Es un buen hombre, estoy segura.

David nunca me pareció el tipo de hombre que se apresurara.

Úrsula lo conocía. Lo conocía bien. Sabía cómo era, qué tipo de hombre era. Y estaba... ¿sorprendida? ¿O confirmando algo que ya sospechaba?

Las piezas comenzaron a encajar de formas que Brianna no quería contemplar.

David enamorado de una irlandesa. Úrsula de Irlanda. El parecido entre ellas. La propuesta apresurada. La forma en que él la miraba a veces, como si viera a alguien más.

Dios.

Se puso de pie bruscamente, la carta cayendo al suelo. Necesitaba respuestas. Necesitaba la verdad, ahora.

Encontró a David en su estudio, como siempre últimamente. Entró sin llamar, la carta de Úrsula arrugada en su mano.

—Úrsula me escribió. Felicitándome por mí matrimonio contigo. Diciendo lo curioso que es que termináramos casados. ¿Por qué sería curioso, David?

David se puso de pie, rodeando el escritorio. Brianna retrocedió, manteniéndose fuera de su alcance.

—No lo sé, Brianna. Pero si estuve enamorado de ella como un idiota y luego vi que no me quería, por eso me aparté y allí terminó todo. Ella no me conoció lo suficiente para saber cómo tomo mis decisiones o por qué lo hago. —dijo finalmente, la palabra cayendo como una sentencia de muerte.

—Entonces me viste —susurró Brianna, las lágrimas cayendo libremente ahora—. Y pensaste que podías tener una versión de ella.

— ¡No! Brianna, no fue así...

— ¿Entonces cómo fue? —gritó—. Porque desde donde estoy parada, parece bastante claro. Te casaste conmigo porque me parezco a la mujer que realmente amas. Soy un sustituto. Una copia barata.

—No eres un sustituto.

Se acercó a ella, pero Brianna levantó una mano para detenerlo.

—Entonces mírame a los ojos y dime que no me ves y piensas en ella. Dime que cuando me tocas, no deseas que sea Úrsula. Dime que me amas a mí, no a ella.

El silencio se extendió entre ellos, pesado e insoportable.

David abrió la boca, cerró los ojos, luchó con las palabras. Pero no llegaron.

Brianna asintió, las lágrimas nublando su visión.

—Eso pensé.

Se dirigió hacia la puerta, deteniéndose solo para mirarlo una última vez.

—Al menos Constance tenía razón en algo. Estoy viviendo en la sombra de un fantasma.

Salió del estudio, dejándolo solo con su culpa y sus secretos.

Esa noche, Brianna hizo las maletas. No muchas, solo lo esencial. Le diría a David que necesitaba tiempo, que iba a visitar a sus padres. Necesitaba espacio para pensar, para decidir si este matrimonio tenía alguna posibilidad de sobrevivir.

Estaba doblando su último vestido cuando escuchó un golpe en la puerta.

—Brianna, por favor. Déjame entrar.

La voz de David sonaba ronca, como si hubiera estado bebiendo. Probablemente lo había hecho.

—Vete, David.

—No me iré hasta que hablemos.

—Ya hablamos. Ya dijiste todo lo que necesitabas decir.

—No, no lo hice.

Hubo una pausa larga.

—Tienes razón. Al principio... al principio te busqué por Úrsula. Porque te parecías a ella. Porque pensé que tal vez... tal vez podría tener lo que perdí.

Cada palabra era como un cuchillo en su corazón.

—Pero eso fue antes de conocerte. Antes de descubrir que eres completamente diferente a ella. Más fuerte, más directa, más... real.

—No te creo.

—Lo sé. Y lo entiendo. Pero quiero que sepas algo, Brianna. Cada día que pasa, Úrsula se vuelve más pequeña en mi memoria. Y tú... tú te vuelves más grande. Más importante. Más... todo.

—David...

—No tienes que creerme ahora. Pero dame tiempo. Déjame demostrártelo.

Brianna apoyó la frente contra la puerta, las lágrimas cayendo silenciosamente.

—No sé si puedo.

—Entonces solo dame esta noche. Quédate esta noche. Mañana, si todavía quieres irte, no te lo impediré. Pero por favor... solo quédate esta noche.

Ella se quedó allí, escuchando su respiración del otro lado de la puerta. Parte de ella quería abrir, lanzarse a sus brazos, creer cada palabra que decía.

Pero la otra parte, la parte lastimada y temerosa, la mantenía anclada donde estaba.

—Está bien —susurró finalmente—. Me quedaré esta noche.

Escuchó su suspiro de alivio.

—Gracias.

Pasos alejándose. Luego silencio.

Brianna se dejó caer en la cama, mirando las maletas a medio hacer. No sabía qué hacer. No sabía si podía confiar en él, si podía confiar en esto.

Pero por ahora, se quedaría. Una noche más.

Y mañana... mañana tomaría una decisión.

En su habitación, David se sirvió otro vaso de brandy que no necesitaba. Las palabras de Brianna resonaban en su mente.

Estoy viviendo en la sombra de un fantasma.

Tenía razón. Completamente razón.

Pero lo que ella no sabía, lo que él apenas estaba empezando a admitir, era que el fantasma se estaba desvaneciendo. Cada día que pasaba con Brianna, Úrsula se volvía más borrosa, más distante.

Ya no recordaba el sonido exacto de su risa. Ya no podía conjurar su rostro sin esfuerzo. Los recuerdos que había guardado celosamente se estaban desvaneciendo, reemplazados por nuevos.

El sonido de la risa de Brianna. La forma en que arrugaba la nariz cuando estaba concentrada. Cómo su rostro se iluminaba cuando hablaba de algo que le apasionaba.

Se recostó en la silla cercana *"Mañana sería otro día. Otra oportunidad de demostrárselo" Solo esperaba que no fuera demasiado tarde.*

CAPÍTULO 7

Brianna se había quedado. Una noche se había convertido en dos, luego en una semana. Ahora llevaban casi tres semanas desde la confrontación sobre Úrsula, y aunque las cosas no estaban bien, tampoco estaban completamente rotas.

David se esforzaba. Ella podía verlo. Desayunaban juntos todas las mañanas. Él le preguntaba sobre sus planes para el día, mostraba interés genuino en sus respuestas. Por las noches, cenaban en silencio tenso pero al menos compartido.

Pero nunca volvían a estar solos en situaciones íntimas. Brianna se aseguraba de eso. Cuando él se acercaba demasiado, ella encontraba una excusa para retirarse. Cuando sus miradas se sostenían un segundo más de lo necesario, ella miraba hacia otro lado.

No podía arriesgarse. No podía permitirse volver a creer solo para ser destruida de nuevo.

Esa tarde, David había ido a visitar a uno de sus arrendatarios que tenía problemas con la cosecha. Brianna decidió usar el tiempo para explorar más de la mansión. Había áreas que aún no conocía, habitaciones que nunca había entrado.

Encontró su camino hacia el ala este, donde sabía que estaba el estudio privado de David. El lugar donde pasaba horas encerrado cuando no quería ser molestado.

La puerta estaba entreabierta.

Sabía que no debería entrar. Era su espacio privado. Pero la curiosidad la venció. Solo echaría un vistazo rápido.

El estudio era masculino y ordenado. Estantes de libros cubrían las paredes, un escritorio de caoba dominaba el centro de la habitación. Papeles perfectamente apilados, plumas alineadas con precisión. Todo muy típico de David.

Estaba a punto de salir cuando algo captó su atención. En una esquina del escritorio, medio oculto detrás de una pila de correspondencia, había algo que brillaba bajo la luz que entraba por la ventana.

Se acercó, el corazón latiéndole más rápido.

Era una miniatura. Un pequeño retrato oval enmarcado en plata, del tamaño perfecto para sostener en la palma de la mano o guardar en un bolsillo cerca del corazón.

Con dedos temblorosos, Brianna lo tomó.

El rostro de una mujer la miraba desde el retrato. Una mujer hermosa de cabello rojizo y ojos azules. La pintura era exquisita, capturando cada detalle: la curva de su sonrisa, el brillo en sus ojos, incluso una pequeña marca de nacimiento cerca de su sien.

El estómago se le cayó.

No necesitaba que le dijeran quién era. Lo sabía. Podía verlo en la forma en que el artista había capturado cada detalle con tanto cuidado, tanta reverencia. Podía sentirlo en el hecho de que David guardara esto aquí, en su espacio más privado, donde pudiera mirarlo cuando nadie más estuviera observando.

Úrsula.

Las lágrimas le quemaron los ojos. Sus manos temblaban tanto que casi deja caer la miniatura.

Todo este tiempo. Todas esas promesas de que el pasado era pasado. Y él guardaba esto, un santuario a la mujer que realmente amaba, escondido en su estudio.

— ¿Qué estás haciendo aquí?

La voz de David la hizo dar un salto. Se giró, encontrándolo en la puerta. Su expresión cambió cuando vio lo que tenía en las manos.

—David, yo...

— ¿Qué estás haciendo en mi estudio?

Su voz era peligrosamente calmada, pero ella podía ver la tensión en sus hombros, en la forma en que apretaba los puños a sus costados.

—La puerta estaba abierta. Solo iba a...

— ¿A husmear en mis cosas privadas?

Caminó hacia ella con pasos medidos. Brianna retrocedió instintivamente.

— ¿Quién es ella? Aunque sabía.

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas. David se detuvo. Sus ojos bajaron a la miniatura en las manos de ella, luego volvieron a su rostro.

—Devuélveme eso.

—Dios —se llevó una mano a la boca, sintiendo náuseas—. ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo has estado guardando esto?

—Brianna...

— ¡Respóndeme! —gritó, su voz quebrándose—. ¿Cuánto tiempo llevas guardando un retrato de mi prima mientras me dices que el pasado es pasado?

—Años —admitió finalmente, la voz ronca—. He tenido eso desde antes de conocerte.

Las palabras la golpearon como bofetadas físicas. Años. Había guardado esto durante años, aferrándose a ella, a la memoria de ella.

— ¿Y pensabas decírmelo algún día? ¿O ibas a seguir mintiendo mientras mantenías tu pequeño santuario secreto?

— ¡No es un santuario!

— ¿Entonces qué es? —lo desafió—. ¿Por qué la guardas, David? ¿Por qué no puedes simplemente dejarla ir?

— ¡Porque no es tan simple! —explotó, perdiendo el control—. ¡Porque no puedes simplemente apagar los sentimientos como si fueran una vela!

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos, crudas y devastadoras.

Brianna lo miró, sintiendo como si acabara de abrirse el suelo bajo sus pies.

—Entonces todavía la amas.

No era una pregunta. Era una declaración, una realización horrible.

—No —dijo él, pero incluso mientras lo decía, sonaba inseguro—. No es... no es amor. Es...

— ¿Qué? ¿Obsesión? ¿Añoranza? ¿Qué palabra quieres usar para que suene menos horrible?

Arrojó la miniatura sobre el escritorio. El cristal se agrietó con el impacto.

—No puedo hacer esto —su voz salió quebrada—. No puedo seguir compitiendo con un fantasma. No puedo ser suficiente cuando estoy luchando contra una versión idealizada que vive solo en tu memoria.

—Brianna, espera...

La alcanzó cuando ella intentaba pasar junto a él, sujetándola por el brazo. Ella trató de liberarse, pero él la sostuvo con firmeza.

—Suéltame.

—No. No hasta que me escuches.

— ¡Ya te he escuchado suficiente! He escuchado todas tus excusas, todas tus medias verdades. ¿Qué más hay que decir?

— ¡Que te deseo! —gritó, jalándola contra él—. Que cada noche es una tortura sabiendo que estás tan cerca y no puedo tocarte. Que me estoy volviendo loco en esta casa pretendiendo que puedo mantener las distancias cuando todo lo que quiero es...

No terminó la frase. En cambio, la besó.

Fue brusco, desesperado, lleno de toda la frustración y el deseo reprimido de las últimas semanas. Sus manos se enterraron en su cabello, sosteniéndola en su lugar mientras su boca la reclamaba con una intensidad que la dejó sin aliento.

Brianna trató de resistirse. Puso las manos en su pecho, empujando, tratando de crear distancia. Pero su cuerpo la traicionó. Sus manos, en lugar de empujar, se aferraron a su camisa. Su boca, en lugar de protestar, se abrió para él.

David gruñó contra sus labios, presionándola contra el escritorio. Los papeles cayeron al suelo, ignorados. Lo único que importaba era esto: la forma en que ella respondía a pesar de su ira, la forma en que su cuerpo se moldeaba contra el de él.

—Te odio —jadeó ella entre besos, pero sus manos lo contradecían, deslizándose bajo su chaqueta, necesitando sentir su piel.

—Lo sé —respondió él, sus labios bajando por su cuello—. Dios, lo sé.

La levantó, sentándola en el borde del escritorio. Sus manos encontraron el dobladillo de su vestido, subiéndolo sin ceremonia. Ella debería detenerlo, sabía que debería, pero no podía. El deseo era demasiado fuerte, la necesidad demasiado grande.

— ¿Esto es lo que quieres? —susurró ella, las lágrimas aun cayendo—. ¿Usarme para olvidar a ella?

—Eres mía —gruñó él, mordiéndole el lóbulo de la oreja—. Solo mía, Brianna.

— ¿Lo soy? —lo desafió, aunque su respiración estaba agitada—. ¿O soy solo un sustituto conveniente?

En respuesta, David la besó de nuevo, más fuerte, más exigente. Sus manos se deslizaron entre sus muslos, encontrándola ya húmeda, lista a pesar de su ira.

—Dime que me detengas —murmuró contra su boca, sus dedos acariciándola con movimientos que la hacían temblar—. Dime que esto no es lo que quieres.

Brianna lo miró a los ojos, viendo el deseo, la desesperación, el dolor. Debería decirle que parara. Debería mantener su dignidad, alejarse con la cabeza en alto.

Pero no lo hizo.

—No pares —susurró.

Fue todo lo que David necesitó. En un movimiento fluido, desabrochó sus pantalones mientras ella le quitaba la chaqueta con manos temblorosas. No había ternura en esto, no como las pocas veces que habían estado juntos antes. Esto era crudo, desesperado, casi violento en su intensidad emocional.

Sus manos eran ásperas mientras le subía las faldas, rasgando las enaguas sin cuidado. Ella jadeó cuando escuchó la tela rasgarse, pero en lugar de protestar, lo jaló más cerca, necesitando sentirlo, necesitando esta conexión física aunque su corazón estuviera rompiéndose.

—Brianna —gruñó su nombre como una oración, como una maldición.

Cuando él entró en ella con una sola embestida profunda y brutal, Brianna gritó. Dolor mezclado con placer, rabia mezclada con necesidad. No había habido preparación, no había habido caricias suaves. Solo esta penetración cruda que le arrancó el aliento.

—Dios —jadeó David, deteniéndose apenas un segundo para que se ajustara—. Tan apretada... tan perfecta...

Se aferró a sus hombros mientras él comenzó a moverse, cada embestida profunda y sin piedad. El escritorio golpeaba la pared con cada movimiento, el sonido obsceno llenando el estudio. Libros caían de los estantes, tinteros se volcaban, papeles volaban al suelo.

Nada importaba excepto esto.

—Eres mía —gruñó él contra su cuello, mordiendo la piel sensible lo suficientemente fuerte como para dejar marcas—. Solo mía, Brianna. Di que eres mía.

— ¿Lo soy? —lo desafió ella, aunque su cuerpo se arqueaba hacia él, buscando más—. ¿O soy de ella?

La pregunta pareció enfurecerlo más. Sus caderas se movieron más rápidas, más duras, empujándola contra el escritorio con cada embestida.

—Tú —dijo entre dientes—. Solo tú. Mírame, maldita sea. Mira a quién estoy tocando. A quién estoy follando. A quién necesito tanto que me duele.

Sus manos estaban por todas partes: en su cabello, tirando de él hasta que su cabeza se echó hacia atrás, exponiendo su garganta. En sus caderas, apretando lo suficientemente fuerte como para dejar moretones. En sus pechos, amasándolos a través de la tela de su vestido con una posesividad que la hacía gemir.

Brianna respondió con igual fervor. Sus uñas arañaron su espalda a través de la camisa, rasgando la tela, buscando piel. Cuando lo encontró, se aferró con fuerza, dejando medias lunas rojas marcadas en sus hombros. Sus dientes encontraron su hombro y mordió, sin cuidado, sin piedad.

—Más —jadeó ella, sin reconocer su propia voz. Sonaba ronca, desesperada, necesitada—. David, más... por favor...

— ¿Más qué? —gruñó él, ralentizando deliberadamente el ritmo, torturándola—. ¿Quieres que te folle más fuerte? ¿Más profundo?

—Sí —gimió ella, moviendo las caderas contra él, buscando la fricción que le negaba—. Sí, todo. Quiero todo.

David obedeció con una embestida tan profunda que Brianna pensó que la partiría por la mitad. Su espalda se arqueó, un grito desgarrándose de su garganta. El placer era tan intenso que rozaba el dolor, tan abrumador que no sabía si quería más o si quería que parara.

—Mira lo que me haces —su voz era pura seducción oscura, ronca y cruda—. Mira cómo pierdo el control. Cómo no puedo pensar cuando estoy dentro de ti.

Sus manos encontraron las de ella, entrelazando sus dedos mientras las presionaba contra el escritorio a ambos lados de su cabeza. La posición la dejó completamente abierta para él, vulnerable, expuesta. Y cuando cambió el ángulo, golpeando ese punto dentro de ella que la hacía ver estrellas, Brianna pensó que explotaría.

—Ahí —jadeó—. Dios, David, justo ahí...

—Lo sé —gruñó él, golpeando ese punto una y otra vez con precisión brutal—. Puedo sentirte apretándome. Tan jodidamente apretada...

El placer se enrollaba más y más tenso en su vientre. Cada embestida la acercaba al borde, cada roce de sus cuerpos encendía terminaciones nerviosas que no sabía que existían. Las lágrimas corrían por sus mejillas, pero ya no sabía si lloraba de rabia, de dolor o de placer.

Tal vez todo al mismo tiempo.

—Brianna —jadeó David, su frente presionada contra la de ella—. Mírame. Necesito... necesito verte cuando...

Ella abrió los ojos, encontrándose con los de él. Grises y oscurecidos por el deseo, pero también llenos de algo más. Algo que la asustaba porque se parecía peligrosamente a desesperación. A necesidad. A algo que podría ser amor si ella pudiera permitirse creerlo.

Una de sus manos se liberó de la de él, deslizándose entre sus cuerpos. Cuando sus dedos encontraron su clítoris, frotándolo en círculos precisos mientras continuaba embistiéndola, Brianna supo que estaba perdida.

—Ven para mí —ordenó con voz ronca—. Quiero sentirte. Quiero ver tu rostro cuando te pierdes. Quiero saber que soy yo quien te hace sentir esto.

—David...

—Dilo —exigió—. Di mi nombre cuando vengas. Quiero escucharlo.

El orgasmo la golpeó como un rayo, tan intenso que su visión se nubló. Su cuerpo se convulsionó alrededor de él, oleadas de placer atravesándola una tras otra.

— ¡David! —gritó su nombre, incapaz de contenerlo.

Y entonces lo escuchó. Apenas un susurro, casi inaudible en medio de su propio grito, pero lo escuchó.

—Úr...

El sonido escapó de sus labios, como un fantasma materializándose entre ellos.

Ella se congeló. Todo su cuerpo se tensó, el placer que había estado construyéndose desvaneciéndose instantáneamente. David se dio cuenta de inmediato, sus ojos ensanchándose con horror.

—No... Brianna, espera...

Ella lo empujó con fuerza, separándose de él. Bajó del escritorio con piernas temblorosas, arreglándose la ropa con manos que temblaban de ira más que de pasión.

— ¡¿Cómo te atreves?! —Gritó, toda la rabia y el dolor de las últimas semanas explotando.

— ¡Dime su nombre! ¡Quiero escucharlo de tus labios!

David se pasó las manos por el cabello, la culpa clara en cada línea de su rostro.

—No es lo que piensas...

— ¿Entonces qué es? Porque desde donde estoy parada, parece bastante claro. Estábamos... estábamos juntos, y tú estabas pensando en ella. Incluso ahora, incluso cuando estás dentro de mí, estás pensando en ella.

Las lágrimas caían libremente ahora, calientes y amargas.

—Úrsula…siempre ella.

El silencio fue ensordecedor.

David no lo negó. No dijo nada, solo la miraba con esa expresión de culpa y dolor que confirmaba todo.

Brianna soltó una risa amarga que salió más como un sollozo—Dios. Todo este tiempo, todas esas promesas de que ibas a

intentarlo, de que me deseabas a mí... todo era mentira.

—No es mentira —finalmente habló, su voz ronca—. Te deseo, Brianna. Más de lo que he deseado a nadie en mi vida.

—Pero no me amas.

Las palabras cayeron entre ellos, simples y devastadoras.

—No me amas. Amas a ella. A la versión perfecta que vive en tu memoria. Y yo... yo soy solo la sombra. El recordatorio constante de lo que no pudiste tener.

—Eso no es cierto.

— ¿Entonces qué es verdad? —lo desafió—. Porque ya no sé qué creer. Ya no sé qué es real.

Se dirigió hacia la puerta, necesitando salir de allí antes de que se derrumbara completamente.

—Brianna, por favor...

—No —se detuvo sin girarse—. No me sigas. No me toques. No... no puedo hacer esto ahora.

Salió corriendo del estudio, subiendo las escaleras hacia su habitación. Escuchó a David llamándola, pero no se detuvo. No podía. Si se detenía, si se giraba, se rompería completamente.

Cerró la puerta de su habitación, echando el pestillo. Se dejó caer en el suelo, la espalda contra la madera, sollozando tan fuerte que le dolía el pecho.

Había sido tan tonta. Tan increíblemente tonta al pensar que podía competir. Que podía hacerlo amarla cuando su corazón ya

pertenecía a alguien más.

Del otro lado de la puerta, escuchó a David acercarse. Sus pasos se detuvieron frente a su habitación. Podía sentir su presencia al otro lado de la madera, como un peso en el aire.

—Brianna —su voz sonaba rota, destruida—. Por favor, déjame explicar.

—Vete.

—No puedo. No así. No con esto entre nosotros.

— ¡Vete, David! —gritó, golpeando la puerta con la palma de la mano—. Déjame en paz. Por favor, solo... déjame en paz.

—Escúchame. Solo escúchame por un momento.

— ¡No! Ya te he escuchado suficiente. Todas tus excusas, todas tus promesas vacías. No puedo más.

Su voz se quebró en la última palabra, los sollozos amenazando con ahogarla de nuevo.

—No fue intencional —dijo él desde el otro lado, su voz apenas audible—. Brianna, tienes que creerme. No estaba pensando en ella. Mi boca... mi maldita boca dijo el nombre equivocado, pero mi mente estaba contigo. Solo contigo.

— ¿Y se supone que debo creer eso? —rió amargamente—. ¿Después de encontrar ese retrato? ¿Después de todas las mentiras?

Escuchó su respiración pesada, el sonido de su mano golpeando suavemente la puerta. No con ira, sino con desesperación.

—No te estoy mintiendo. Sí, guardé ese retrato. Sí, fue un error. Pero hace meses que no lo miraba, Brianna. Meses. Estaba allí porque... porque olvidé tirarlo. Porque soy un cobarde que no puede soltar completamente el pasado.

Más silencio. Luego:

—Pero cuando estoy contigo, cuando te toco, cuando te hago el amor... no pienso en ella. No la veo. Solo te veo a ti.

— ¿Entonces por qué? —sollozó Brianna—. ¿Por qué dijiste su nombre?

—Porque soy un idiota —admitió, su voz quebrándose—. Porque mi cerebro todavía está aprendiendo lo que mí corazón ya sabe. Que tú eres la única que importa. Que tú eres la única que amo.

Las lágrimas de Brianna cayeron más rápido. Quería creerle. Dios, quería tanto creerle.

—No sé si puedo confiar en ti de nuevo —susurró—. No sé si soy lo suficientemente fuerte para arriesgar mi corazón otra vez.

—Entonces no lo hagas —dijo él suavemente—. No confíes en mí. Aún no. Pero quédate. Dame la oportunidad de ganarme esa confianza de nuevo. Un día a la vez.

—David...

—Lo siento —susurró finalmente, y ella pudo escuchar las lágrimas en su voz—. Dios, Brianna, lo siento tanto. Por todo. Por cómo empezó esto. Por las mentiras. Por lastimarte una y otra vez cuando lo único que quiero es hacerte feliz.

Ella cerró los ojos, más lágrimas empapando su rostro.

—No es suficiente.

—Lo sé —su voz era apenas un susurro—. Lo sé, y no te culpo. Pero por favor... solo dime que no te vas. Que no me dejarás. Porque si te pierdo, Brianna, no sé qué haré.

El silencio se extendió entre ellos, pesado y doloroso. Luego escuchó sus pasos alejándose, cada uno sonando más distante hasta que solo quedó el silencio.

Brianna se quedó allí, en el suelo, llorando hasta que no le quedaron más lágrimas. El sol se puso, la habitación se oscureció, pero ella no se movió. No tenía la energía. No tenía nada excepto este dolor que la consumía.

En algún momento, el sueño la reclamó. Pero incluso en sueños, no había escapatoria del dolor. Soñó con David llamándola por el nombre equivocado una y otra vez, cada repetición como otro cuchillo en su corazón.

*****

En su habitación, David se sirvió brandy tras brandy, tratando de ahogar la autoflagelación que lo consumía.

Estoy enamorado de mi esposa.

La realización lo golpeó con la fuerza de un tren descarrilado. No era atracción. No era deseo, aunque Dios sabía que la deseaba. Era amor. Completo, irremediable, aterrador amor.

Se había enamorado de Brianna. De su fuerza, su fuego, la forma en que lo desafiaba. De su risa, su coraje, la forma en que se negaba a ser intimidada. De todo lo que la hacía únicamente ella.

Úrsula se había convertido en una sombra. Una idea, no una persona real. Cuando intentaba recordar su rostro, era el de Brianna el que veía. Cuando intentaba recordar su voz, escuchaba la de Brianna.

Y hoy, cuando estaba con Brianna, cuando estaba perdido en ella, su mente había traicionado a su corazón. Por un segundo, un maldito segundo, el pasado y el presente se habían superpuesto.

Y lo había destruido todo.

¿Cómo decirle que empecé esto por la persona equivocada?

Esa era la pregunta que lo atormentaba. ¿Cómo admitir que al principio, sí, la había buscado porque se parecía a Úrsula? ¿Cómo explicar que en algún punto del camino, todo había cambiado? Que ahora cuando la miraba, solo veía a Brianna.

Pero las palabras sonaban huecas incluso en su propia mente. ¿Cómo iba a creerle después de esto? Después de guardar ese retrato como un tesoro. Después de casi pronunciar el nombre equivocado mientras hacían el amor.

Se había arruinado esto. Había destruido la única cosa buena y real en su vida porque no podía soltar el pasado.

Sacó papel y pluma, necesitando sacar esto aunque solo fuera escribiéndolo.

Brianna,

Estoy enamorado de ti. Completamente, irremediablemente, aterradoramente enamorado de ti.

Sé que no me creerás. Sé que he dado todas las razones del mundo para dudar. Pero es la verdad.

Empecé esto por las razones equivocadas. No lo negaré. Te busqué porque te parecías a alguien más. Porque pensé que tal vez podría reemplazar lo que había perdido.

Pero cada día que pasa, me enamoro más de ti. De la verdadera tú. De tu fuerza cuando me enfrentas. De tu risa cuando crees que no te escucho. De la forma en que muerdes tu labio cuando estás concentrada. De cómo tu rostro se ilumina cuando hablas de algo que te apasiona.

Cuando hoy casi... cuando casi dije su nombre, no era porque estuviera pensando en ella. Era porque por un segundo, pasado y presente se confundieron. Porque mi mente todavía está aprendiendo a dejar ir lo que mi corazón ya dejó hace tiempo.

Te amo, Brianna. Y eso me aterra porque significa que tengo algo real que perder. Algo mucho más valioso que cualquier fantasía del pasado.

Pero ¿cómo decirte esto cuando he destruido cualquier razón que tenías para confiar en mí?

Dobló la carta, guardándola en el cajón con todas las demás que nunca entregaría.

Tal vez mañana encontraría las palabras correctas. Tal vez mañana ella estaría dispuesta a escuchar.

O tal vez ya era demasiado tarde.

Brianna no bajó a desayunar la mañana siguiente. Ni al almuerzo. David le envió bandejas que volvían intactas.

Para el tercer día, comenzó a preocuparse de verdad. Le pidió a la señora Hartley que verificara que estuviera bien.

—Está bien físicamente, milord —reportó el ama de llaves con expresión preocupada—. Pero no come casi nada. Y he escuchado... he escuchado llorar por las noches.

Las palabras fueron como puñales en su pecho.

— ¿Ha dicho algo? ¿Ha pedido algo?

—Solo que la dejemos en paz, milord.

David asintió, despidiéndola antes de dejar caer la cabeza entre sus manos.

Esto no podía continuar así. Tenían que hablar. Tenían que encontrar alguna manera de arreglar esto.

Pero cada vez que se acercaba a su puerta, las palabras se le quedaban atoradas en la garganta. ¿Qué podía decir que no hubiera dicho ya? ¿Qué promesa podía hacer que ella creyera?

Esa noche, finalmente se armó de valor. Se plantó frente a su puerta, respirando hondo antes de llamar.

—Brianna. Por favor. Necesitamos hablar.

Silencio.

—Sé que estás enojada. Tienes todo el derecho. Pero no podemos seguir así. No podemos vivir en la misma casa evitándonos para siempre.

Más silencio.

—Al menos dime que estás bien. Por favor, cariño. Solo necesito saber que estás bien.

Finalmente, escuchó movimiento del otro lado. Pasos acercándose a la puerta.

—Estoy bien —su voz sonaba ronca, como si hubiera estado llorando—. Puedes dejar de preocuparte.

—No puedo —admitió—. No cuando sé que te he lastimado. No cuando sé que esto es culpa mía.

—David...

—Déjame entrar. Por favor. Solo... solo déjame verte. Déjame explicar.

—Ya no hay nada que explicar.

Su voz sonaba cansada, resignada de una manera que le asustó más que su ira.

—Entiendo ahora. Entiendo que nunca podré ser ella para ti. Y está bien. Puedo... puedo aceptar eso.

—No —la palabra salió con desesperación—. No es así, Brianna. Tú no eres ella. Eres mucho más.

—No me mientas más.

— ¡No es mentira! —golpeó la puerta suavemente con la mano abierta—. ¿Quieres saber la verdad? ¿La verdad completa, sin importar cuán horrible sea?

Escuchó su respiración entrecortada del otro lado.

—Sí, te busqué por ella al principio. Sí, me casé contigo pensando que tal vez podría reemplazar lo que perdí. Y sí, guardé ese maldito retrato como un idiota que no puede soltar el pasado.

Cerró los ojos, forzándose a continuar.

—Pero en algún punto de estos meses, todo cambió. Dejé de verte y ver a ella. Empecé a verte solo a ti. Y me aterró, Brianna. Me aterró darme cuenta de que me estaba enamorando de verdad por primera vez en mi vida.

Silencio. Luego, tan bajo que casi no la escuchó:

— ¿Qué dijiste?

—Que estoy enamorado de ti —repitió, más fuerte ahora—. De ti, Brianna. No de una sombra. No de un fantasma. De ti.

Escuchó un sollozo del otro lado, luego el sonido del pestillo moviéndose.

La puerta se abrió. Brianna estaba allí, el rostro pálido y manchado de lágrimas, los ojos rojos de llorar. Nunca la había visto tan devastada.

Sin pensar, dio un paso hacia ella. Ella retrocedió.

—No me toques —su voz temblaba—. Si lo haces, no podré... no podré pensar.

Él se detuvo, las manos cayendo a sus costados.

— ¿Me crees? —preguntó, vulnerable de una manera que nunca había sido—. ¿Puedes creer que te amo?

Ella lo miró durante un largo momento. Las lágrimas continuaban cayendo, pero su expresión era indescifrable.

—No lo sé —admitió finalmente—. Quiero creerte. Dios, quiero tanto creerte. Pero no sé si puedo.

—Entonces dame tiempo —suplicó—. Dame la oportunidad de demostrártelo. De mostrarte que esto es real.

— ¿Y si no es suficiente? —susurró—. ¿Y si nunca puedo confiar completamente en que cuando me miras, solo me ves a mí?

—Entonces seguiré intentándolo —prometió—. Cada día, por el resto de mi vida si es necesario. Hasta que creas. Hasta que sepas que eres la única.

Brianna cerró los ojos, más lágrimas cayendo.

—Necesito tiempo, David. Necesito... necesito procesar todo esto.

—Te daré todo el tiempo que necesites.

Ella asintió lentamente, luego comenzó a cerrar la puerta.

—Brianna...

Se detuvo, mirándolo con ojos cansados— ¿Sí?

—Tiré el retrato —dijo suavemente—. Lo rompí y lo tiré. Ya no está.

Algo pasó por su rostro. Sorpresa, tal vez. O esperanza—Está bien —dijo finalmente, antes de cerrar suavemente la puerta.

David se quedó allí parado durante un largo momento, mirando la puerta cerrada. Era un comienzo. Pequeño, frágil, pero un comienzo.

Solo esperaba que fuera suficiente.

CAPÍTULO 8

Habían pasado cuatro días desde la confrontación en el estudio. Cuatro días en los que Brianna y David existían en la misma casa como extraños educados. Buenos días en el desayuno. Buenas noches antes de retirarse a habitaciones separadas. Nada más.

David había cumplido su promesa. Le daba espacio, no la presionaba, no intentaba tocarla. Pero Brianna podía sentir su mirada sobre ella constantemente. En el comedor. En el jardín. Cada vez que pasaba junto a una ventana, parecía estar allí, observándola con esos ojos grises llenos de algo que no quería nombrar.

La incertidumbre la estaba volviendo loca.

Esa tarde, sentada en el escritorio de su habitación, Brianna tomó una decisión. Necesitaba respuestas. Necesitaba saber la verdad completa, no solo fragmentos y confesiones a medias.

Y solo había una persona que podía darle esas respuestas.

Sacó papel y pluma, las manos temblando ligeramente mientras escribía.

Querida Úrsula,

Sé que las cosas entre nosotras no están bien. Y sé que probablemente no quieras saber de mí después de la última carta que te envié en la que te culpaba por el fracaso de mi matrimonio. Me disculpo por eso, despues de todo la culpable de eso, solo soy yo, al no haber visto las señales de que mi esposo solo buscaba una sustituta. Pero necesito preguntarte algo, y necesito que seas completamente honesta conmigo.

¿David te siguió escribiendo despues de que estabas casada? ¿te ha escrito últimamente?

Por favor, prima. Necesito saber la verdad. Mi matrimonio... mi vida entera depende de esta respuesta.

Tú prima, Brianna

Selló la carta antes de que pudiera arrepentirse. La envió esa misma tarde por correo urgente. Ahora solo quedaba esperar.

La respuesta llegó sorprendentemente rápido. El mayordomo le trajo un sobre con el sello de los Roy. Brianna lo miró con las manos temblorosas, casi sin atreverse a abrirlo.

Finalmente, respiró hondo y rompió el sello.

Querida Brianna,

Me sorprendió recibir tu carta. Y me duele que hayas tenido que preguntarme esto en lugar de que tu esposo fuera honesto contigo desde el principio.

Sí, David me cortejó hace dos años. Fue... intenso. Él era persistente, romántico, todo lo que una mujer podría desear. Pero yo ya había conocido a Cameron para entonces, y sabía que era él a quien amaba.

Le dije que no. Le dije claramente que mi corazón pertenecía a otro hombre. Pensé que lo había entendido. Pensé que lo había superado.

Nunca supe que se había casado contigo hasta que recibí tu carta y luego la de mi madre contándome lo que había sucedido. Y cuando supe que eras su esposa, me aterré. Porque te conozco, Brianna. Conozco tu corazón, tu capacidad de amar sin reservas. Y temí que David no pudiera darte lo mismo.

Esa noche le escribí, quería confirmar mis sospechas. Quería ver si todavía había algo en su corazón hacia mí, en la forma en que me escribía. Y lo había. Vi el fantasma de lo que sentía por mí todavía allí. Luego de eso no fui capaz de escribirte para decírtelo, pues de todas formas ya te habías casado y no se podía hacer nada.

Lo siento tanto, Brianna. Lo siento por no haber insistido más. Lo siento por no haberte protegido de esto. Pero te juro que solo fue una carta y jamás he vuelto a comunicarme con él, ni él conmigo.

Si necesitas hablar, si necesitas cualquier cosa, estoy aquí.

Con todo mi amor, Úrsula

Brianna leyó la carta tres veces. Cada palabra era un clavo más en el ataúd de su matrimonio.

Las lágrimas cayeron sobre el papel, manchando la tinta. Pero no eran lágrimas de sorpresa. No eran lágrimas de shock. Eran lágrimas de confirmación. De saber que todo lo que había temido, todo lo que había sospechado, era verdad.

David la había cortejado porque se parecía a Úrsula. Se había casado con ella porque no podía tener a la mujer que realmente amaba.

Y ella había sido lo suficientemente tonta como para enamorarse de él de todas formas.

Dobló la carta con cuidado, guardándola en el cajón de su escritorio. Luego se puso de pie, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Era hora de tener esa conversación. La conversación que había estado evitando porque sabía que cambiaría todo.

Encontró a David en su estudio, como siempre últimamente. Estaba inclinado sobre su escritorio, revisando papeles, pero levantó la vista inmediatamente cuando ella entró.

—Brianna —se puso de pie—. ¿Sucede algo?

Ella cerró la puerta detrás de sí, echando el pestillo. Necesitaba asegurarse de que no fueran interrumpidos.

—Necesitamos hablar.

La expresión de él se volvió cautelosa.

—De acuerdo. Siéntate, por favor.

—Prefiero estar de pie.

Sacó la carta de Úrsula de su bolsillo, sosteniéndola como si fuera evidencia en un juicio. Que, en cierto sentido, lo era.

— ¿Qué es eso?

—Una carta. De mi prima.

Vio cómo sus ojos se ensanchaban ligeramente, cómo su mandíbula se apretaba.

— ¿Le escribiste?

—Sí. Porque necesitaba respuestas que tú no me estabas dando.

Dio un paso hacia él, levantando la carta.

—Ella me lo contó todo, David. Todo. Cómo la cortejaste hace dos años. Cómo le declaraste tu amor. Cómo te rechazó porque amaba a Cameron.

Cada palabra era como una bofetada. Podía verlo en su rostro, en la forma en que se ponía cada vez más pálido.

—Brianna...

— ¡No! —levantó una mano para detenerlo—. No intentes negarlo.

Él asintió lentamente.

—Todo comenzó cuando te vi. Y eras... eras tan parecida a ella, Brianna. El cabello, los ojos, incluso la forma en que sonreías. Era como si el universo me estuviera dando una segunda oportunidad.

—No una segunda oportunidad con ella —su voz salió amarga—. Una segunda oportunidad con un reemplazo.

—No lo pensé así al principio —se defendió débilmente—. Pensé... pensé que tal vez podría conocerte. Que tal vez eras diferente. Que tal vez...

— ¿Qué tal vez podrías superar tu dolor usándome a mí?

Las palabras cayeron como piedras. David cerró los ojos, asintiendo.

—Sí. Dios me perdone, pero sí. Eso es lo que pensé.

Brianna sintió que las piernas le fallaban. Se dejó caer en la silla, mirándolo con una mezcla de dolor y rabia.

— ¿Y el matrimonio? ¿Por qué te casaste conmigo tan rápido?

—Tu padre...

—No me mientas. No ahora. No después de todo esto.

Él la miró directamente a los ojos.

—Porque tenía miedo de que si esperaba, cambiarías de opinión. Porque quería asegurarme de que serías mía antes de que te dieras cuenta de lo que realmente era.

—Un hombre enamorado de otra mujer.

—Sí.

La simple admisión fue peor que cualquier discurso elaborado.

Brianna se puso de pie, las piernas temblando pero sosteniéndola de alguna manera.

— ¿Y ahora? ¿Qué sientes ahora?

Era la pregunta más importante. La que determinaría si había alguna esperanza de salvar esto.

David abrió la boca, cerró los ojos, luchó con las palabras. Ella esperó, el corazón latiendo dolorosamente en su pecho.

—Yo... —comenzó, luego se detuvo.

—Dilo —suplicó ella—. Por favor, David. Solo dime la verdad. ¿Todavía la amas?

—Es complicado.

— ¡No es complicado! —gritó, perdiendo el control—. Es simple. Sí o no. ¿La amas todavía?

—No de la forma en que la amaba.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única respuesta que tengo.

Brianna sintió que algo se rompía dentro de ella. Era la esperanza, dándose cuenta. La última esperanza de que esto pudiera funcionar.

—Entiendo —su voz salió sorprendentemente calmada—. Gracias por tu honestidad. Finalmente.

Se dirigió hacia la puerta, pero la voz de él la detuvo.

— ¿A dónde vas?

—A empacar.

— ¿Qué? —se puso de pie de un salto—. Brianna, espera...

—No. Ya no hay nada más que decir. Me has dicho todo lo que necesitaba saber.

Abrió la puerta, pero él la alcanzó, cerrándola de nuevo con la mano sobre su hombro.

—Por favor. No te vayas. Podemos... podemos intentarlo. Podemos hacer que esto funcione.

Ella se giró para mirarlo, y la expresión en su rostro debió haber sido devastadora porque él retrocedió como si lo hubiera golpeado.

— ¿Cómo? ¿Cómo vamos a hacer que esto funcione cuando cada vez que me miras, ves a alguien más? Y Cada vez que me tocas, deseas que sea ella.

—No es así...

—Sí lo es. Y ambos lo sabemos.

Salió del estudio antes de que él pudiera detenerla de nuevo, corriendo por los pasillos hasta su habitación. Cerró la puerta, echó el pestillo, y finalmente se permitió derrumbarse.

Lloró hasta que no le quedaron más lágrimas. Luego, con manos temblorosas, comenzó a empacar.

*****

Le tomó dos horas empacar lo esencial. No mucho. Solo lo que podría llevar en dos maletas. El resto... el resto podía quedarse aquí. No lo necesitaba. No quería nada que le recordara este lugar, este matrimonio, este hombre.

Estaba cerrando la segunda maleta cuando escuchó el golpe en la puerta.

—Brianna. Por favor. Déjame entrar.

La voz de David sonaba rota, desesperada. Parte de ella quería abrir la puerta, lanzarse a sus brazos, creer que de alguna manera podrían superar esto.

Pero la parte más sabia, la parte que había sido lastimada demasiadas veces, se mantuvo firme.

—Vete, David.

—No puedo. No hasta que hablemos.

—Ya hablamos. Ya dijiste todo lo que necesitabas decir.

—No, no lo hice. Hay tanto más... tanto que necesitas saber.

Brianna cerró los ojos, apoyando la frente contra la puerta.

—Ya no importa.

— ¡Sí importa! —su puño golpeó la puerta, el sonido resonando en la habitación—. ¡Por supuesto que importa!

Silencio. Luego, más suave:

—Brianna, por favor. No me hagas esto. No te vayas así.

— ¿Y cómo se supone que me vaya? —preguntó ella, las lágrimas cayendo de nuevo—. ¿Con una sonrisa? ¿Fingiendo que todo está bien cuando acabas de admitir que me usaste para olvidar a otra mujer?

—No fue así. Brianna, tienes que creerme, no fue así.

— ¿Entonces cómo fue?

Esperó, pero no hubo respuesta. Por supuesto que no la había. Porque no había una respuesta que hiciera esto mejor.

Abrió la puerta abruptamente, encontrándolo apoyado contra el marco, el rostro marcado por el dolor.

—Necesito que me dejes pasar —dijo, levantando el mentón—. El carruaje me está esperando.

—No —la palabra salió firme, pero ella pudo ver el pánico en sus ojos.

—David...

—No te dejaré ir. No así. No sin luchar.

—Ya no hay nada por qué luchar.

—Hay todo por qué luchar. Nuestro matrimonio. Nuestro futuro. Nosotros.

—No hay un 'nosotros'. Nunca lo hubo. Solo había tú, y ella, y yo atrapada en el medio.

Trató de pasar junto a él, pero la detuvo, sus manos cerrándose alrededor de sus brazos.

—Suéltame.

—No.

—David, te juro que si no me sueltas...

— ¿Qué? —la desafió—. ¿Qué vas a hacer, Brianna? ¿Gritarás? ¿Llamarás a los sirvientes? Adelante. Pero no te dejaré ir sin que me escuches.

Ella lo miró, viendo la desesperación en cada línea de su rostro. Y por un momento, solo un momento, sintió que su resolución flaqueaba.

—Está bien —dijo finalmente—. Habla. Pero hazlo rápido.

Él respiró hondo, como si estuviera a punto de saltar de un acantilado.

—Tienes razón. En todo. Al principio, sí, te busqué porque te parecías a ella. Me casé contigo pensando que tal vez podría... reemplazar lo que había perdido.

Cada palabra era como un cuchillo, pero Brianna se mantuvo firme, esperando.

—Pero eso fue al principio. Antes de conocerte realmente. Antes de descubrir que eres nada como ella.

— ¿Se supone que eso debe hacerme sentir mejor?

—No, pero es la verdad. Úrsula era... suave. Complaciente. Nunca me desafiaba, nunca me decía cuando estaba equivocado. Pero tal vez era porque no sentía nada por mí, porque no era yo con quien ella encendía su temperamento y con quien quería hablar. Lo que había entre nosotros no era real, jamás lo fue.

Dio un paso hacia ella, sus manos todavía sosteniéndola suavemente.

—Pero tú... tú eres real, Brianna. Eres fuerte, directa, no tienes miedo de enfrentarme cuando actúo como un idiota. Eres apasionada, feroz, hermosa de una forma que ella nunca fue.

—David...

—Y en algún momento, sin darme cuenta, dejé de verte como su reemplazo y empecé a verte solo como tú. Como Brianna. Como mi esposa.

Las lágrimas rodaban por las mejillas de ella ahora, calientes y amargas.

—Entonces ¿por qué? ¿Por qué no pudiste decir eso cuando te lo pregunté? ¿Por qué no pudiste simplemente decirme que me...?

Se detuvo, incapaz de terminar la frase. Porque si él no podía decirlo, ella no iba a ponerle las palabras en la boca.

David cerró los ojos, y ella vio algo cruzar por su rostro. Dolor, tal vez. O arrepentimiento. O algo más profundo que no sabía nombrar.

—Porque tengo miedo —admitió finalmente, la voz apenas un susurro—. Tengo miedo de que si lo digo, si lo admito en voz alta, será real. Y si es real, entonces tengo algo verdadero que perder.

—Ya me tienes.

— ¿Lo tengo? —la miró directamente, sus ojos grises llenos de una vulnerabilidad que ella nunca había visto—. Porque justo ahora parece que te estoy perdiendo.

Brianna apartó la mirada, incapaz de sostener la intensidad en sus ojos. Porque si seguía mirándolo así, si veía ese dolor reflejado en su rostro, su resolución se desmoronaría.

—Me dejaste ir hace mucho tiempo, David —dijo, la voz temblando a pesar de su intento de mantenerla firme—. Desde el momento en que elegiste guardar ese retrato. Desde el momento en que dijiste su nombre en lugar del mío. Solo que ambos estábamos demasiado asustados para admitirlo.

—No —dio un paso hacia ella, luego se detuvo como si una pared invisible lo detuviera—. No, no te he dejado ir. Nunca te dejé ir, Brianna. Sé que parecía así. Sé que hice que sintieras que eras una sombra. Pero no lo eres.

Se pasó las manos por el cabello, el gesto tan familiar que le dolió al verlo.

—Eres... eres la única cosa real que he tenido en años. Úrsula era un sueño. Una fantasía que construí en mi cabeza. Pero tú... tú eres carne y sangre. Eres fuego y pasión. Eres real de una forma que me aterra porque significa que puedo perderte de verdad.

Las palabras la golpearon como olas contra un acantilado. Cada una erosionando un poco más su defensa.

—Entonces ¿por qué no puedes decirlo? —preguntó, las lágrimas cayendo libremente ahora—. Si soy tan real, si soy tan importante, ¿por qué no puedes decir tres simples palabras?

—Porque... —su voz se quebró—. Porque la última vez que le dije eso a alguien, me destrozaron. Y tengo miedo de que si te las digo a ti, si me permito ser tan vulnerable de nuevo...

— ¿Qué? ¿Qué tengo miedo que pase?

—Que te des cuenta de que no soy suficiente —estalló, la voz elevándose—. Que veas realmente quién soy: un hombre que jugó con tus sentimientos porque era demasiado cobarde para enfrentar los suyos propios. Un hombre que te mintió y te usó. Un hombre que no merece tu amor pero que lo desea más que nada en el mundo.

El silencio que siguió fue absoluto. Brianna lo miró, viendo por primera vez no al aristócrata seguro, no al conde arrogante, sino al hombre roto que se escondía detrás de todas esas máscaras.

—David... —comenzó, pero él negó con la cabeza.

—No. Déjame terminar. Necesito... necesito que sepas esto antes de que te vayas.

Respiró hondo, como si estuviera reuniendo coraje.

—Cuando Úrsula me rechazó, pensé que era el fin del mundo. Pensé que nunca volvería a sentir nada por nadie. También fue un golpe a mi ego, ver que escogía a otro. Y luego te conocí, y al principio, sí, pensé que eras mi segunda oportunidad con ella. Pero cada día que pasaba contigo, te volvías menos como ella y más como tú misma.

Dio otro paso hacia ella, sus manos extendidas como si quisiera tocarla pero no se atreviera.

—Tú reto. Me desafías. Me haces querer ser mejor. Y me asusta porque es más de lo que nunca sentí por ella. Es más profundo, más intenso, más... real.

Su voz se quebró en la última palabra.

— ¿Y sabes qué es lo más irónico? Que durante meses he estado tratando de convencerte de que no eres ella. Cuando la verdad es que estoy aterrado de que descubras que amo a la mujer que eres tú. Que siempre ha sido tú. Y que Úrsula fue solo... solo la excusa que usé para no admitir que estaba cayendo por alguien de verdad.

—No —su voz era feroz—. No, no te he dejado ir. Y no lo haré. No importa cuánto me odies, no importa cuánto tiempo tome, no te dejaré ir.

Antes de que pudiera responder, la jaló hacia él, besándola con una desesperación que le quitó el aliento.

No fue como los besos anteriores. No fue posesivo como en el estudio cuando habían hecho el amor con rabia. No fue furioso como cuando peleaban. No fue ni siquiera apasionado como su noche de bodas.

Fue... suplicante. Como si estuviera vertiendo todo lo que no podía decir en ese beso. Todo el arrepentimiento, todo el dolor, toda la necesidad que había estado reprimiendo.

Brianna trató de resistirse. Puso las manos en su pecho, empujando débilmente, tratando de crear distancia. Pero su cuerpo la traicionó como siempre lo hacía con él, derritiéndose contra él, respondiendo a pesar de su mente gritándole que parara.

Sus labios eran suaves contra los de ella, casi reverentes. Nada que ver con el hombre que la había tomado brutalmente sobre su escritorio. Esto era diferente. Esto era... tierno. Desesperado, sí, pero también tierno de una forma que hizo que su corazón se rompiera aún más.

Las manos de David se movieron de sus brazos a su rostro, enmarcándolo con una delicadeza que contrastaba con la intensidad del beso. Sus pulgares acariciaban sus mejillas, limpiando las lágrimas que seguían cayendo.

—Por favor —murmuró contra sus labios, su voz quebrada—. Por favor, no me dejes. No así.

Ella quería decir que no. Quería empujarlo y correr. Pero cuando sus labios se encontraron de nuevo con los de ella, cuando lo sintió temblar contra su cuerpo, algo en ella cedió.

Sus manos dejaron de empujar y en su lugar se aferraron a su camisa, tirando de él más cerca. Si esto era lo último que tendrían, si este era el final, entonces lo tomaría. Tomaría este último beso y lo guardaría en su memoria como recordatorio de lo que pudo haber sido.

David gimió cuando ella le devolvió el beso, sus brazos envolviéndola completamente, sosteniéndola como si fuera lo más precioso del mundo. Como si fuera su salvavidas en medio de una tormenta.

Sus lenguas se encontraron, explorándose con una lentitud tortuosa. No había prisa ahora. No había urgencia. Solo esto: este momento robado, este último adiós.

Las manos de ella se deslizaron por su espalda, sintiendo los músculos tensos bajo la tela. Podía sentir su corazón latiendo contra

su pecho, tan rápido como el suyo propio. Podía saborear la sal de sus lágrimas mezclándose con las de ella.

¿Cuándo había empezado a llorar él?

Brianna se separó apenas para mirarlo y vio que sí, había lágrimas en sus mejillas. David, su estoico y reservado esposo, estaba llorando.

—No puedo perderte —susurró, su frente presionada contra la de ella—. No puedo. Eres... eres todo, Brianna. Eres todo lo que debería haber estado buscando desde el principio.

—David...

—Sé que lo arruiné. Sé que fui un idiota. Pero dame tiempo. Solo dame tiempo para demostrarte...

Ella puso un dedo sobre sus labios, silenciándolo. Porque si él seguía hablando, si seguía suplicando así, no tendría la fuerza para irse.

—No más palabras —susurró—. Solo... solo bésame una vez más.

Y lo hizo. La besó como si fuera la primera vez. La besó como si fuera la última vez. La besó con todo lo que tenía, vertiendo años de dolor y arrepentimiento y esperanza en ese único beso.

Sus manos se enredaron en su cabello, sosteniéndola en su lugar mientras su boca la exploraba con una minuciosidad que la dejó sin aliento. Cada roce de labios era una promesa. Cada caricia de lengua era una disculpa. Cada gemido ahogado era una súplica.

Quédate. Por favor, quédate. No me dejes. Te amo.

Brianna podía escuchar las palabras aunque no las dijera. Estaban allí, en la forma en que la sostenía. En la forma en que temblaba contra ella. En la forma en que se aferraba como si soltarla significara su destrucción.

Cuando finalmente se separaron, ambos estaban sin aliento, con las mejillas húmedas de lágrimas que ya no sabían de quién era.

David apoyó su frente contra la de ella, sus ojos cerrados, su respiración entrecortada.

—No te vayas —susurró una última vez, la voz quebrada—. Por favor, Brianna. Quédate. Dame otra oportunidad. Dame tiempo para demostrarte que esto es real.

Cada palabra era un ruego. Cada sílaba temblaba con emoción contenida.

Ella quería decir que sí. Dios, quería tanto decir que sí. Quería quedarse y luchar por esto, por ellos. Quería creer que el amor podía ser suficiente para sanar todas las heridas.

Pero no podía. No cuando cada fibra de su ser le gritaba que esto solo la lastimaría más. No cuando sabía que él todavía no podía decir las tres palabras que más necesitaba escuchar.

Te amo.

Tan simples. Tan imposibles.

—No puedo —susurró, apartándose de él con un esfuerzo que le costó todo—. Lo siento, David. Pero no puedo.

Vio cómo algo moría en sus ojos. Vio el momento exacto en que se dio cuenta de que la había perdido. Y casi, casi cambió de opinión. Pero no lo hizo.

Recogió sus maletas, pasando junto a él. Escuchó su respiración entrecortada, sintió su mirada sobre ella, pero no se detuvo.

Bajó las escaleras, cada paso sintiéndose como caminar a través de cemento. Los sirvientes la miraban con expresiones tristes pero no dijeron nada. Todos sabían lo que estaba pasando.

La señora Hartley tenía lágrimas en los ojos. El mayordomo miró hacia otro lado. Incluso Rose, su doncella, sollozaba silenciosamente en una esquina.

El carruaje esperaba afuera, el cochero ya había cargado sus maletas. Solo faltaba que ella subiera.

Se detuvo en la puerta, mirando hacia atrás una última vez.

David estaba en la parte superior de las escaleras, mirándola. Su rostro era una máscara de dolor, las manos apretadas en puños a sus costados como si estuviera físicamente forzándose a no bajar, a no detenerla.

Sus labios se movieron, formando palabras que ella no pudo escuchar desde donde estaba. Pero algo en su expresión, algo en la forma en que la miraba con tal desesperación absoluta, le hizo preguntarse qué había estado a punto de decir.

¿Fue "Te amo"? ¿O solo su imaginación desesperada por escuchar esas palabras?

Nunca lo sabría.

Se giró y subió al carruaje antes de que pudiera cambiar de opinión. La puerta se cerró, el cochero chasqueó las riendas, y comenzaron a moverse.

Brianna no miró atrás. Si lo hacía, sabía que se derrumbaría. Sabía que le pediría al cochero que parara, que correría de vuelta a los brazos de David y aceptaría cualquier migaja de afecto que estuviera dispuesto a darle.

En cambio, miró hacia adelante, las lágrimas cayendo silenciosamente mientras la mansión Darmond desaparecía en la distancia.

David se quedó de pie en las escaleras mucho después de que el carruaje desapareciera de vista. Las palabras que no había dicho le quemaban la garganta como ácido.

Te amo. Te amo, Brianna. Te amo de una forma que nunca amé a Úrsula. Te amo de una forma que me aterra porque es real, y tangible, y podría destruirme si te pierdo.

Pero las palabras se habían quedado atrapadas, prisioneras de su cobardía. Y ahora ella se había ido, sin saber que finalmente había encontrado las palabras que había estado buscando durante meses.

Se dejó caer en el último escalón, la cabeza entre las manos.

La había perdido. Por su estupidez, por su cobardía, por su incapacidad de simplemente decir tres malditas palabras, la había perdido.

Y lo peor de todo era que sabía que se lo merecía. Después de todo lo que le había hecho, después de todas las mentiras y medias verdades, se merecía esto.

Pero eso no hacía que doliera menos.

—Milord —la voz suave de la señora Hartley interrumpió sus pensamientos—. ¿Hay algo que pueda hacer?

David lo miró, y debió haber algo devastador en su expresión porque el ama de llaves retrocedió ligeramente, llevándose una mano al pecho.

— ¿Puede traerla de vuelta? —preguntó, su voz ronca—. ¿Puede deshacer todos mis errores? ¿Puede hacer que las últimas palabras que escuchara de mí fueran 'te amo' en lugar de... de nada?

La señora Hartley negó con la cabeza lentamente, las lágrimas cayendo por sus mejillas arrugadas.

—No, milord. Eso no puedo hacerlo.

—Entonces no hay nada que pueda hacer.

Se puso de pie, subiendo las escaleras hacia su habitación. Pasó por la de Brianna, deteniéndose frente a la puerta cerrada.

Podía entrar. Podía rodearse de sus cosas, respirar su aroma que aún impregnaba el aire. Pero eso solo haría esto peor.

Su mano se posó sobre el pomo de la puerta, temblando. Durante un largo momento, se quedó allí, debatiendo. Luego, antes de que pudiera detenerse, abrió la puerta y entró.

La habitación todavía olía a ella. Lavanda y rosas. El cepillo de su cabello todavía estaba sobre el tocador, algunos mechones de cabello oscuro atrapados en las cerdas. Su bata colgaba del respaldo de la silla junto a la ventana.

Había dejado tanto atrás. Como si quisiera cortar todos los lazos. Como si quisiera olvidar que alguna vez había vivido aquí.

David se acercó al tocador, recogiendo el cepillo con manos temblorosas. Lo sostuvo como si fuera algo precioso, pasando los dedos por el mango de plata grabado con sus iniciales. Un regalo de bodas que él le había dado.

B.D.B. Brianna Doyle Bentham.

Su esposa. Su amor. Y él la había dejado ir.

Se dejó caer en la silla, sosteniéndose el cepillo contra el pecho. Las lágrimas que había estado conteniendo finalmente cayeron, calientes y amargas.

—Idiota —se dijo a sí mismo—. Maldito idiota cobarde.

Se quedó allí durante lo que parecieron horas, rodeado por los fantasmas de lo que podría haber sido. Finalmente, cuando ya no le quedaban más lágrimas, se puso de pie.

Con el cepillo todavía en la mano, salió de la habitación, cerrando la puerta suavemente detrás de él.

En su propia habitación, se sirvió un brandy que no quería, se sentó en el sillón junto a la ventana, y miró hacia el camino por donde se había ido.

Había cometido muchos errores en su vida. Había lastimado a mucha gente. Pero esto... perder a Brianna porque era demasiado cobarde para admitir sus sentimientos...

Esto era algo que nunca se perdonaría.

Sacó papel y pluma, necesitando sacar esto de alguna forma.

Brianna,

Te amo.

Debí habértelo dicho cuando estabas aquí. Debí habértelo dicho hace semanas. Diablos, debí habértelo dicho la primera noche que pasamos juntos.

Te amo de una forma que nunca creí posible. No como amé a Úrsula, sino más profundo, más real, más aterrador.

Úrsula era una fantasía. Una idea de amor, no amor verdadero. Pero tú… tú eres real. Tú fuerza, tu pasión, tu coraje. La forma en que me desafías, la forma en que me haces querer ser mejor.

Te amo, y soy un cobarde por no habértelo dicho cuando tuve la oportunidad.

Si alguna vez lees esto, si alguna vez puedes perdonarme, quiero que sepas que estos últimos meses contigo han sido los más reales de mi vida.

Y que dejar que te fueras sin decírtelo es el mayor arrepentimiento que tendré jamás.

Tuyo, siempre tuyo, David

Dobló la carta con cuidado, pero esta vez no la guardó en el cajón con las demás. Esta vez, la sostendría. La leería cada noche como recordatorio de lo que había perdido por su cobardía.

Y tal vez, solo tal vez, encontraría una manera de dársela algún día. Pero por ahora, solo podía sentarse en su silla y mirar hacia el camino vacío, preguntándose si alguna vez volvería a verla.

Si alguna vez tendría la oportunidad de decirle las palabras que más importaban.

Te amo.

CAPÍTULO 9

Tres semanas después...

Brianna se despertó sintiéndose mareada. No era la primera vez en la última semana, pero esta mañana era peor. Se levantó de la cama tambaleándose ligeramente, aferrándose al poste para mantener el equilibrio.

La Señora Miller Elsy había insistido en que se quedara con ella "solo por un tiempo, hasta que te sientas mejor". Brianna había aceptado porque volver a Irlanda significaría admitir su fracaso completo ante sus padres. Aquí, al menos, podía fingir que solo estaba visitando a una amiga porque su esposo había salido de viaje y no quería estar sola en casa. Gracias a Dios, era temporada en Londres y casi todas las jóvenes de Heaven Manor, en su gran mayoría estaban en casa de sus padres.

— ¿Milady? —Rose entró con la bandeja del desayuno—. ¿Se encuentra bien? Se ve pálida.

—Solo un poco mareada. Se me pasará.

Pero no se pasó. Cuando el olor del té llegó a su nariz, el estómago se le revolvió violentamente. Corrió hacia la palangana, vaciando lo poco que tenía en el estómago.

Rose corrió a su lado, sosteniéndole el cabello.

—Esto ha estado pasando toda la semana —dijo la doncella con preocupación—. ¿Ha consultado al médico?

—No es necesario. Es solo... el estrés.

Pero ambas sabían que no era verdad. Brianna había estado evitando admitirlo, pero los signos eran inconfundibles. Los mareos matutinos. La sensibilidad a ciertos olores. La falta de su sangre mensual.

Estaba embarazada.

Con manos temblorosas, se sentó en el borde de la cama, la realización golpeándola con fuerza total.

Un bebé. Llevaría un bebé de David.

Las lágrimas comenzaron a caer antes de que pudiera detenerlas. Debería estar feliz. Debería estar emocionada. Pero todo lo que sentía era pánico y una tristeza abrumadora.

¿Cómo podía traer un niño a este matrimonio roto? ¿Cómo podía criar a un hijo sabiendo que su padre nunca había amado realmente a su madre?

—Milady —Rose se arrodilló frente a ella, tomando sus manos—. ¿Cuándo fue su última...?

—Hace dos meses —admitió Brianna, limpiándose las lágrimas—. Tal vez un poco más. No he estado llevando la cuenta.

—Necesita ver al médico. Para estar segura. Y necesita decírselo a su esposo.

—No —la respuesta fue inmediata y firme—. No le digas a nadie. Aún no.

—Pero milady...

—Por favor, Rose. Solo... necesito tiempo para procesar esto.

La doncella asintió con reluctancia, aunque la preocupación era clara en su rostro.

Cuando estuvo sola de nuevo, Brianna se acercó al escritorio. Sacó papel y pluma, necesitando sacar esto de alguna manera.

David,

Estoy embarazada.

Debería estar escribiéndote estas palabras con alegría. Debería estar corriendo hacia ti para compartir esta noticia maravillosa. Pero todo lo que siento es miedo.

Miedo de traer un niño a este mundo cuando no estoy segura de que me ames. Miedo de que cada vez que mires a

nuestro hijo, te preguntes si fue un error. Miedo de que cuando me veas embarazada y vulnerable, desees que fuera ella quien llevara tu bebé.

Te amo, David. Dios, cómo te amo. Y odio que te amo porque hace que todo esto duela mucho más.

Si pudiera dejar de amarte, lo haría. Si pudiera arrancar este sentimiento de mi pecho como una mala hierba, lo haría sin pensarlo. Pero no puedo. Y ahora habrá un bebé que me atará a ti para siempre.

No sé qué hacer. No sé cómo seguir adelante. Todo lo que sé es que te amo, y que odio amarte, y que desearía que las cosas fueran diferentes.

Tuya, aunque no debería ser, Brianna

Leyó la carta tres veces, las lágrimas manchando el papel. Luego, lentamente, la dobló y la guardó en el cajón de su escritorio.

No podía enviarla. Si lo hacía, él vendría. Y si venía, ella se derrumbaría. Y no podía permitirse eso. Aún no.

*****

Semanas después…

David estaba borracho. No elegantemente ebrio. No presentemente achispado. Completamente, vergonzosamente borracho.

La botella de brandy a su lado estaba vacía. La siguiente estaba a medio camino. Y había dos más esperando en el estante cuando estas se acabaran.

El estudio era un desastre. Papeles esparcidos por el suelo, algunos pisoteados, otros arrugados en bolas que había arrojado contra la pared. Un jarrón roto en la esquina donde lo había lanzado la noche anterior en un momento de rabia. El retrato de sus padres

torcido en la pared donde su puño lo había golpeado, dejando una grieta en el marco de madera.

Los libros estaban por todas partes. Los había tirado de los estantes en un arranque, buscando algo, aunque ya no recordaba qué. El escritorio estaba cubierto de tinta derramada de un tintero que había volcado. Sus nudillos estaban raspados y sangrando de cuando había golpeado la pared.

La señora Hartley había dejado de intentar limpiar después del tercer día. El mayordomo había dejado de intentar hablarle después de que David le había gritado que lo dejara en paz. Los demás sirvientes pasaban de puntillas cerca del estudio, evitando hacer ruido que pudiera provocar otra explosión.

Todos simplemente lo dejaban solo con su miseria.

Porque eso era lo que era. Miseria pura y simple.

Tres semanas. Tres malditas semanas desde que Brianna se había ido. Y cada día era peor que el anterior.

Al principio, había intentado mantenerse ocupado. Trabajo, correspondencia, asuntos de la propiedad. Revisó cada contrato tres veces. Cabalgó hasta que su caballo casi colapsaba. Cualquier cosa para no pensar.

Pero todo le recordaba a ella.

El jardín donde solían caminar por las tardes, ella señalando flores cuyo nombre él nunca recordaba. El comedor donde compartían las comidas, donde ella le contaba historias de su infancia en Irlanda que lo hacían reír. La biblioteca donde la había besado por primera vez con verdadera pasión. Su habitación que todavía olía a lavanda y rosas, donde su ropa aún colgaba en el armario porque nadie se había atrevido a tocarla.

Así que había comenzado a beber. Solo un poco al principio. Un brandy antes de dormir para calmar los nervios. Luego dos. Luego toda la botella.

Y cuando el alcohol no era suficiente, cuando los recuerdos seguían llegando como olas implacables, rompía cosas.

No intencionalmente al principio. Un vaso que se le resbaló de las manos. Una puerta que cerró demasiado fuerte.

Pero luego se dio cuenta de que había una satisfacción extraña en ello. En ver algo romperse. En escuchar el cristal estrellándose contra la pared. En sentir el dolor físico en sus nudillos cuando golpeaba algo sólido.

Era el único dolor que podía controlar.

El dolor por Brianna era algo vivo, algo que lo devoraba desde adentro. Pero el dolor de un puño contra la pared, de cortes en sus manos, de músculos adoloridos por lanzar muebles... ese dolor tenía sentido. Ese dolor tenía un comienzo y un final.

Esta mañana había despertado en el suelo de su estudio, sin recordar cómo había llegado allí. La luz del sol lo cegó cuando intentó abrir los ojos. El estómago se le revolvió, y tuvo que correr al sanitario para vomitar.

Cuando se vio en el espejo, apenas se reconoció. Barba de varios días. Ojos rojos e hinchados. El cabello despeinado y grasiento. Ropa arrugada que había estado usando durante tres días.

Se veía como lo que era: un hombre destruido.

Y lo peor era que no le importaba.

Un golpe en la puerta lo sacó de sus pensamientos.

—Vete —gruñó, su voz ronca por el alcohol y el desuso.

—Lord Darmond, hay visitas —la voz del mayordomo sonaba cansada, resignada—. El conde y la condesa de Gosford están aquí.

—Diles que no estoy.

—Ya lo intenté, milord. Tres veces. La condesa insiste en que si no baja, subirá ella misma.

Por supuesto que sí. Viola nunca aceptaba un no como respuesta. Era una de las cosas que normalmente apreciaba de ella. Ahora solo lo irritaba. Era la esposa de un buen amigo que había hecho en aquellas tierras, Wesh Dalka, antiguo gitano y ahora conde de Gosford, que además administraba la propiedad y negocio de caballos de Cameron Roy, el hombre que en algún momento había odiado, por quitarle a Úrsula.

—Cinco minutos —masculló—. Dales cinco minutos y luego échalos.

Escuchó los pasos alejándose. Intentó arreglarse un poco, pasándose las manos por el cabello despeinado, ajustándose la camisa arrugada que tenía manchas de vino. No sirvió de mucho. Seguía viéndose como un desastre.

Cuando Viola entró, seguida por su marido, su expresión pasó de preocupación a alarma.

—David, por el amor de Dios. ¿Qué te has hecho?

—Nada que sea asunto tuyo.

Se dejó caer en su silla, alcanzando la botella de nuevo. Viola se la quitó de las manos.

—Creo que ya has tenido suficiente.

—Créeme —dijo con amargura—. No ha sido suficiente.

—Todo lo que concierne a mis amigos es asunto mío —se acercó, arrugando la nariz ante el olor a brandy y sudor rancio—. ¿Cuándo fue la última vez que comiste algo sustancioso?

— ¿Ayer? ¿Anteayer? —se encogió de hombros—. No llevo la cuenta.

— ¿Y cuándo fue la última vez que dormiste? —intervino el conde, mirando las ojeras profundas bajo los ojos de David.

— ¿Para qué dormir cuando solo sueño con ella? —tomó la botella de vuelta, tomando un largo trago—. En mis sueños, todavía me

ama. En mis sueños, no la arruiné. En mis sueños, le dije las palabras correctas en el momento correcto.

Las palabras salieron más amargas de lo que pretendía, cargadas de auto desprecio. Viola se sentó frente a él, sus ojos llenos de compasión.

—David, no puedes seguir así.

— ¿Por qué no? —tomó otro trago directamente de la botella—. No tengo nada más. Ella se fue. Mi vida está arruinada. ¿Qué más da?

—Deja de sentir lástima por ti mismo —su voz se endureció—. Sí, la cagaste. Sí, la lastimaste. Pero quedarte aquí emborrachándote hasta morir no va a traerla de vuelta.

—Nada la traerá de vuelta.

— ¿Lo has intentado?

— ¡Por supuesto que lo intenté! Le supliqué que se quedara. Le dije... —se detuvo, la voz quebrándose—. Le dije todo excepto las palabras que necesitaba escuchar.

—Entonces díselas ahora.

— ¿Cómo? No sé dónde está. Sus padres no responden mis cartas. La Señora Miller me dice que tampoco sabe de ella pero que si ella decidió irse es porque quiere espacio y que la deje tranquila por unos días. Todo el mundo me dice que la deje en paz.

Se puso de pie bruscamente, caminando hacia la ventana.

—Tal vez tengan razón. Tal vez lo mejor para ella es que me mantenga alejado.

—O tal vez —dijo Viola suavemente— ella está esperando que luches por ella.

David se giró para mirarla.

— ¿Cómo sabes que no es demasiado tarde?

—No lo sé —admitió ella—. Pero sé que si no lo intentas, te arrepentirás el resto de tu vida.

Cuando se fueron, David volvió a sentarse en su escritorio. La cabeza le daba vueltas, pero no por el alcohol. Por las palabras de Viola.

Díselas ahora.

Sacó papel y pluma. Sus manos temblaban mientras escribía.

Brianna,

Te amo.

Sé que es demasiado tarde. Sé que debí decírtelo cuando estabas aquí, cuando todavía había una oportunidad. Pero fui un cobarde.

Te amo de una forma que nunca amé a Úrsula. Ella era una fantasía, una obsesión de juventud que confundí con amor. Pero tú… tú eres real. Eres fuerte y feroz y hermosa y me desafías y me haces querer ser mejor.

Te amo cuando estás furiosa conmigo. Te amo cuando me miras con esos ojos verdes llenos de dolor que yo causé. Te amo incluso cuando me odias.

Y sé que probablemente me odias ahora. Sé que probablemente estás mejor sin mí. Pero necesito que sepas esto: cada respiración que tomo sin ti duele. Cada mañana que me despierto en esta casa vacía es una tortura.

Si pudiera volver atrás, haría todo diferente. Te diría la verdad desde el principio. Te diría que desde el momento en que te vi, algo cambió en mí. Te diría que cada día que pasaba contigo, me enamoraba más.

Pero no puedo volver atrás. Solo puedo esperar que algún día, de alguna manera, me des otra oportunidad.

Te amo, Brianna. Siempre te amaré.

Tuyo, para siempre, David

Dobló la carta con cuidado, guardándola en el cajón con todas las demás que nunca enviaría.

¿De qué servía? Ella no lo creería. ¿Por qué habría de creerlo cuando había mentido tantas veces antes?

Se sirvió otro brandy, mirando la carta en el cajón.

Cobarde, se dijo a sí mismo. *Sigues siendo un maldito cobarde.*

Dos semanas después...

Brianna estaba peor. Los mareos matutinos se habían convertido en mareos de todo el día. No podía retener casi nada de comida. Incluso el olor del té le revolvía el estómago. Y ahora había comenzado una tos persistente que la dejaba exhausta, sus pulmones ardiendo con cada respiración.

Se había mudado a un cuarto en la planta baja porque subir las escaleras la dejaba sin aliento. La Señora Miller Elsy insistía en que un médico la visitara diariamente, pero Brianna sabía que no había mucho que pudieran hacer.

No mientras siguiera cargando este peso de tristeza en su pecho.

El médico había venido esa mañana, su expresión seria después de examinarla. Era un hombre mayor, con manos suaves y ojos amables que le recordaban a su abuelo.

—Lady Darmond, me temo que tiene una neumonía leve. Nada grave si se cuida adecuadamente, pero en su condición...

Se detuvo, mirándola con significado.

— ¿Mi condición?

Sabía lo que iba a decir. Lo había sabido durante semanas. Pero escucharlo en voz alta lo haría real.

—El embarazo, milady. Está embarazada de aproximadamente dos meses y medio, diría yo. Tal vez tres.

Aunque lo había sospechado, escucharlo confirmado fue diferente. Más real. Más aterrador. Las lágrimas comenzaron a caer antes de que pudiera detenerlas.

— ¿El bebé está bien?

Por favor, rogó mentalmente. Por favor que el bebé esté bien. Sin importar todo lo demás, el bebé tenía que estar bien.

—Por ahora, sí. El corazón late fuerte. Pero la neumonía podría complicarse si no descansa y se cuida. Necesita quedarse en cama, tomar los tónicos que le recetaré, y evitar cualquier estrés.

Evitar el estrés. Como si eso fuera posible cuando su vida entera era una bola de estrés. Cuando cada pensamiento la llevaba de vuelta a David. Cuando cada noche soñaba con él y despertaba llorando.

— ¿Cuánto tiempo hasta... hasta que nazca?

—Seis o siete meses, milady. Quizás en octubre o principios de noviembre, si mis cálculos son correctos.

Octubre. Un bebé de otoño. Un bebé que nacería en la temporada de hojas cayendo y días acortándose. Parecía apropiado de alguna manera.

—Necesita comer, Lady Darmond. Sé que ha sido difícil, pero el bebé necesita nutrición. Caldos, panes suaves, frutas. Cualquier cosa que pueda retener.

Después de que el médico se fue, la Señora Miller Elsy entró a su habitación con expresión preocupada. Traía una bandeja con té y tostadas que Brianna sabía que no podría comer.

—Brianna, querida. El médico me ha informado de tu condición.

Por supuesto que lo había hecho. Probablemente pensaba que alguien necesitaba saber, dado que Brianna claramente no estaba cuidándose apropiadamente.

—No le digas a David —dijo inmediatamente, la voz más fuerte de lo que se había sentido en días—. Por favor, Elsy. No quiero que

venga solo por obligación.

—Pero es su hijo. Tiene derecho a saber.

— ¿Y qué? —las lágrimas cayeron más rápido—. ¿Vendrá corriendo para cumplir con su deber? ¿Me mirará y verá solo una obligación? No. No puedo. No podría soportarlo.

Se cubrió el rostro con las manos, sollozando. Elsy se sentó a su lado, pasando un brazo alrededor de sus hombros.

—Cariño, no puedes seguir así. La tristeza te está enfermando. Y eso afecta al bebé.

—Lo sé —susurró Brianna—. Lo sé, pero no sé cómo parar. Cada vez que cierro los ojos lo veo. Cada vez que intento olvidarlo, algo me recuerda a él. ¿Cómo se supone que siga adelante cuando cada parte de mí todavía lo ama?

—Tal vez no tienes que olvidarlo. Tal vez solo necesitas... darle tiempo. A ambos.

— ¿Cuánto tiempo? —preguntó con amargura—. ¿Semanas? ¿Meses? ¿Años? ¿En qué punto se supone que deba rendirme y aceptar que nunca me amó de la forma que yo lo amé a él?

Elsy no tenía respuesta para eso.

—Solo prométeme que te cuidarás. Por el bebé, si no por ti misma.

Brianna asintió débilmente.

—Lo intentaré.

Pero sabía que era una promesa vacía. ¿Cómo podía cuidarse cuando sentía que estaba muriendo por dentro?

Esa noche, febril y miserable, incapaz de dormir a pesar del agotamiento, Brianna volvió a escribir.

La luz de la vela parpadeaba, proyectando sombras danzantes en las paredes. Sus manos temblaban mientras sostenía la pluma.

David,

Estoy enferma. Nada grave, dice el médico, pero me siento miserable.

Y lo peor es que te extraño. Te extraño tanto que me duele físicamente. Extraño tu voz. Extraño la forma en que me mirabas cuando pensabas que no te veía. Extraño incluso nuestras peleas porque al menos significaba que estábamos juntos.

Llevo tu bebé, David. Nuestro bebé. Y debería odiarte por eso. Debería odiar que ahora estoy atada a ti para siempre. Pero no puedo. Porque este bebé es parte de ti, y te amo demasiado como para odiar cualquier parte de ti.

¿Alguna vez pensaste en mí después de que me fui? ¿Alguna vez te preguntaste dónde estaba? ¿Si estaba bien?

Probablemente no. Probablemente estás aliviado de que me haya ido. Una esposa menos con la cual lidiar. Una complicación menos en tu vida.

Pero yo pienso en ti todo el tiempo. Y odio que lo haga.

Tuya, aunque debería dejarte ir, Brianna

De nuevo, dobló la carta y la guardó. De nuevo, no la envió.

¿Qué caso tenía? Él había tenido tres semanas para buscarla. Tres semanas para escribirle. Tres semanas para mostrar que le importaba.

Y no lo había hecho.

Eso le decía todo lo que necesitaba saber.

Una semana después en la mansión Darmond

David estaba más sobrio de lo que había estado en semanas. No porque quisiera estarlo, sino porque finalmente el alcohol había dejado de funcionar. No importaba cuánto bebiera, no podía ahogar el dolor.

Así que había dejado de intentarlo.

Ahora simplemente existía. Comía cuando le recordaban. Dormía cuando el agotamiento era demasiado. Trabajaba mecánicamente sin realmente procesar lo que hacía.

La baronesa Elsy había enviado otra carta invitándolo a cenar. La había ignorado como todas las demás. No quería compañía. No quería lástima. Solo quería... Solo la quería a ella.

El mayordomo entró con el correo de la tarde.

—Milord, ha llegado esto. Es urgente.

David tomó el sobre con manos que temblaban ligeramente. El sello de la baronesa Miller. Extraño. Ella no solía escribirle directamente.

Abrió la carta, leyendo rápidamente. Las palabras saltaban de la página, cada una golpeándolo como un puñetazo.

Lord Darmond,

Le escribo con noticias que debería haber compartido antes, pero prometí discreción a su esposa.

Lady Darmond ha estado quedándose en Heaven Manor durante las últimas cinco semanas. Ha estado enferma con neumonía y, me temo, empeorando.

Pero hay más que debe saber: está embarazada.

Aproximadamente tres meses. El médico dice que si no se cuida adecuadamente, podría perder al bebé.

Me di cuenta de que quizás ella no le había informado por orgullo o miedo. Pero sentí que tenía derecho a saber.

Si viene, venga rápido. Su padre llegó esta mañana temprano y está insistiendo en llevarla de vuelta a Irlanda inmediatamente. Partieron hace apenas unas horas hacia Liverpool para tomar el vapor de la tarde.

Con urgencia, Baronesa Elsy Miller

David leyó la carta tres veces, sin poder procesar completamente las palabras.

Embarazada. Brianna estaba embarazada con su hijo. Y enferma.

Y su padre se la había llevado. Hacia Irlanda.

Se puso de pie tan bruscamente que la silla cayó hacia atrás.

— ¡Mitchell! —gritó—. ¡Prepara el carruaje! ¡Ahora!

— ¿Milord?

— ¡Ahora! Necesito llegar a Liverpool antes de que zarpe el vapor de la tarde.

El mayordomo parpadeó sorprendido.

—Milord, si partieron esta mañana temprano y el vapor sale a las cinco... no hay forma de que lleguemos a tiempo. Liverpool está a más de un día de viaje desde aquí.

David sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

— ¿Qué hora es?

—Las dos de la tarde, milord.

Tres horas. El barco zarparía en tres horas y él estaba a más de un día de distancia.

Ya era demasiado tarde.

David se dejó caer en la silla, enterrando la cabeza en las manos. Sus hombros temblaban mientras la realidad lo golpeaba como un mazo.

La había perdido.

—Milord —dijo Mitchell suavemente—. Hay otro vapor que sale mañana por la mañana. A las seis. Si salimos ahora, podríamos llegar a tiempo para ese.

David levantó la cabeza bruscamente.

— ¿Estás seguro?

—Sí, milord. Conozco bien los horarios. Viajo a Irlanda con frecuencia para ver a mi hermana. Si salimos en los próximos treinta minutos y viajamos toda la noche, llegaremos a Liverpool al amanecer. Justo a tiempo para el vapor de las seis.

Esperanza. La palabra se encendió en su pecho como una llama.

—Entonces vamos. Prepara todo lo necesario. Partimos en veinte minutos.

—Sí, milord.

David subió las escaleras corriendo, empacando solo lo esencial. Ropa limpia, dinero, documentos. Sus manos temblaban tanto que apenas podía doblar las camisas.

Embarazada. Enferma. Por qué no me lo dijo. Por qué.

Pero sabía por qué. Porque él la había lastimado tanto que ella no confiaba en que él vendría por las razones correctas.

Bueno, vendría. Vendría y le diría todo. Le diría que la amaba. Que lo sentía. Qué haría cualquier cosa por tenerla de vuelta.

Le diría todo lo que debió haber dicho hace semanas. Sacó papel y pluma, escribiendo rápidamente:

Brianna,

Voy en camino. Tomaré el vapor de mañana por la mañana y llegaré a Cork lo antes posible.

Hay tantas cosas que necesito decirte. Cosas que debí decir hace mucho tiempo.

Te amo. No como amaba a Úrsula. No como una fantasía o un ideal. Te amo a ti, Brianna. A la mujer real, imperfecta, hermosa que eres.

Sé que no merezco tu perdón. Sé que te he lastimado de formas imperdonables. Pero te ruego que me des la oportunidad de demostrarte que he cambiado. Que TÚ me has cambiado.

Espérame. Por favor, solo espérame.

Tuyo, David

Selló la carta y la metió en su bolsillo. La enviaría desde Liverpool por correo urgente. Con suerte, llegaría solo un día después de que él llegara.

Veinte minutos después, estaba en el carruaje, ordenándole al cochero que condujera lo más rápido posible sin matar a los caballos.

El viaje a Liverpool fue una agonía. Viajaron toda la noche, deteniéndose solo para cambiar caballos en las postas. David no durmió. No podía. Su mente no dejaba de dar vueltas.

Embarazada. Con mi hijo. Enferma. Débil.

¿Y si perdía al bebé por el viaje? ¿Y si la neumonía empeoraba en el barco? ¿Y si...?

No. No podía pensar así. Tenía que creer que estaría bien. Que esperaría por él.

Llegaron a Liverpool justo cuando el sol comenzaba a salir, tiñendo el cielo de tonos rosas y dorados. El puerto ya estaba bullicioso con actividad. Marineros cargando mercancía, pasajeros subiendo a bordo de diversos barcos.

David pagó su pasaje con manos temblorosas. Primera clase, cabina privada. No le importaba el costo.

— ¿A qué hora llegamos a Cork? —preguntó al empleado de la compañía naviera.

—Si el tiempo es favorable, alrededor de las diez de la noche, señor. Unas dieciséis horas de travesía.

Dieciséis horas. Y Brianna ya llevaba más de un día de ventaja.

Pero al menos iba en camino. Al menos estaba haciendo algo en lugar de quedarse en su mansión ahogándose en brandy y autocompasión.

Encontró la oficina de correos más cercana antes de abordar.

—Necesito que esta carta llegue a Cork, Irlanda, lo más rápido posible —le dijo al empleado, deslizando monedas extras sobre el mostrador—. Correo urgente. Lo más rápido que tengan.

—Sí, señor. Irá en el próximo vapor. Debería llegar pasado mañana.

Pasado mañana. Dos días. Para entonces, él ya estaría allí.

Abordó el vapor con el corazón latiendo con fuerza. La cubierta estaba llena de pasajeros: familias irlandesas regresando a casa, comerciantes, algunos aristócratas.

Se quedó en la barandilla mientras el barco se alejaba del muelle, mirando cómo Inglaterra se hacía más y más pequeña en la distancia.

Espérame, Brianna, pensó. *Solo espérame. Voy en camino.*

El mar estaba relativamente tranquilo, lo cual era una bendición. El vapor se deslizaba por el agua con un ritmo constante, su motor de vapor pulsando como un corazón.

David se retiró a su cabina, pero no podía quedarse quieto. Paseaba de un lado a otro, mirando el reloj cada cinco minutos como si eso pudiera hacer que el tiempo pasara más rápido.

¿Cómo estará? ¿Habrá empeorado su condición? ¿Habrá llegado bien a Cork?

Las preguntas lo atormentaban sin cesar.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, vio las costas de Irlanda aparecer en el horizonte. Colinas verdes

exuberantes, acantilados escarpados. Hermoso, sí, pero lo único que le importaba era encontrar a Brianna.

Cuando el barco atracó en Cork, ya era tarde en la noche. Las luces del puerto brillaban en la oscuridad, reflejándose en el agua negra.

David fue uno de los primeros en desembarcar, su equipaje ligero haciéndolo más rápido que la mayoría.

Necesitaba encontrar transporte. Necesitaba llegar a la propiedad de los Doyle. Pero primero necesitaba saber exactamente dónde estaba esa propiedad. Se acercó a un hombre mayor que parecía conocer el área.

—Disculpe, ¿conoce a la familia Doyle? Tienen una propiedad cerca de Cork.

El hombre lo miró de arriba abajo, evaluando su acento inglés y su ropa fina.

— ¿Los Doyle? Sí, conozco al señor Collin Doyle. Buena familia. ¿Para qué los busca?

—Soy... soy su yerno. Necesito ver a mi esposa urgentemente.

El hombre asintió lentamente—Ah, sí. Escuché que su hija había regresado. La propiedad está a unas dos horas hacia el norte. Puedo conseguirle un carruaje, pero a esta hora de la noche...

—Pagaré lo que sea necesario —interrumpió David—. Necesito ir ahora.

—Muy bien, señor. Déjeme ver qué puedo hacer.

Veinte minutos después, David estaba de nuevo en un carruaje, esta vez avanzando por caminos irlandeses oscuros e irregulares. Cada minuto se sentía como una hora.

Pero finalmente, finalmente, estaba cerca. Pronto la vería. Pronto podría decirle todo lo que necesitaba decir.

Espérame, mi amor. Ya casi llego.

*****

Brianna había empeorado considerablemente durante el viaje. La travesía en barco había sido brutal para alguien en su condición. Las olas, el mareo, la falta de aire fresco adecuado... todo había conspirado para debilitar aún más su cuerpo ya frágil.

Cuando finalmente llegaron a la propiedad familiar en Cork, su padre prácticamente tuvo que cargarla del carruaje a la casa.

— ¡Deirdre! —gritó Collin al entrar—. ¡Deirdre, necesito ayuda!

Su madre apareció en el vestíbulo, su rostro palideciendo al ver el estado de su hija.

—Dios mío. ¿Qué le pasó?

—La fiebre empeoró durante el viaje. Necesitamos al médico. Ahora.

Entre los dos llevaron a Brianna a su antigua habitación, acostándola en la cama donde había dormido durante toda su infancia. Deirdre comenzó inmediatamente a quitarle la ropa de viaje empapada en sudor, reemplazándola con un camisón limpio.

—Está ardiendo —murmuró, pasando un paño húmedo por la frente de su hija—. Collin, ve por el doctor O'Brien inmediatamente.

—Ya mandé a uno de los mozos. Debería estar aquí pronto.

Brianna se movía inquieta, murmurando cosas ininteligibles. Su piel ardía al tacto, las mejillas rojas de fiebre mientras el resto de su rostro estaba pálido como la cera.

— ¿Qué dijo? —preguntó Deirdre, inclinándose más cerca.

Collin se acercó, tratando de entender las palabras entrecortadas de su hija.

—Creo que dijo... David —frunció el ceño, su mandíbula apretándose—. Incluso en sus sueños, incluso con fiebre, piensa en él.

Su esposa lo miró con expresión significativa.

—Tal vez deberíamos escribirle para que venga.

— ¿Para qué? —respondió con más amargura de la que pretendía —. ¿Para qué volviera con un hombre que la lastimó? No. Ella está mejor sin él. Lejos de Inglaterra y sus complicaciones.

— ¿De verdad crees eso? ¿O solo quieres creerlo porque es más fácil?

Collin no respondió. No confiaba en que su voz no lo traicionara.

—Papi... —la voz débil de Brianna interrumpió su discusión.

—Estoy aquí, mi niña. Estoy aquí.

—Soñé... soñé que David venía... —sus ojos se abrieron brevemente, vidriosos por la fiebre—. Pero era solo un sueño, ¿verdad?

Collin intercambió una mirada con su esposa. Deirdre negó con la cabeza sutilmente, advirtiéndole que no dijera nada todavía. No mientras estuviera tan enferma.

—Descansa, cariño. Solo descansa.

Los ojos de Brianna se cerraron de nuevo, pero las lágrimas siguieron cayendo por sus mejillas, empapando la almohada.

—David... —susurró—. Lo siento... lo siento tanto...

Deirdre limpió las lágrimas de su hija con ternura infinita.

—Shh, mi amor. No hables. Conserva tus fuerzas.

Pero Brianna seguía murmurando, atrapada en algún sueño febril donde David estaba presente pero inalcanzable.

—Debí... debí decirle... el bebé... —su mano se movió débilmente hacia su vientre—. Nuestro bebé...

Collin se puso rígido.

— ¿Ella dijo bebé?

Deirdre asintió con tristeza—Está embarazada. De unos tres meses. Por eso la señora Miller estaba tan preocupada por su salud.

El rostro de Collin se descompuso. Su hija. Su pequeña niña. Embarazada y enferma y llorando por un hombre que no estaba aquí.

Un hombre que, si era honesto consigo mismo, probablemente tenía derecho a saber.

—Deirdre... —comenzó, pero se detuvo cuando escucharon un golpe urgente en la puerta principal.

—Debe ser el doctor —dijo ella, levantándose—. Quédate con ella. Yo lo traigo.

Collin se quedó solo con su hija, mirando cómo luchaba contra la fiebre, cómo murmuraba el nombre de su esposo una y otra vez con tal añoranza que dolía escucharlo.

Y por primera vez, Collin Doyle se preguntó si había cometido un terrible error. Tal vez mantenerlos separados no era protegerla en absoluto. Tal vez su hija necesitaba a su esposo más de lo que él quería admitir. Tal vez... tal vez ese hombre inglés realmente la amaba. Pero ya era demasiado tarde. Ya la había traído aquí. Ya había tomado la decisión por ella. Solo le quedaba rezar para que hubiera sido la decisión correcta.

CAPÍTULO 10

David apenas durmió. Apenas comió. Cada minuto que pasaba era un minuto más en que Brianna podría estar enferma, sufriendo, perdiendo al bebé. Cada hora era una hora más en que ella creía que él no vendría.

Espérame, rogaba mentalmente. *Por favor, Brianna. Solo espérame.*

Cuando finalmente llegó a la propiedad Doyle, era casi medianoche. La casa era imponente, hecha de piedra gris que brillaba bajo la luz de la luna. Ventanas oscuras, jardines bien cuidados, establos a un lado.

David bajó del caballo que había alquilado en el puerto, sus piernas apenas sosteniéndolo después de tantos días de viaje. Se acercó a la puerta principal y golpeó con urgencia.

Esperó. Nada.

Volvió a golpear, más fuerte esta vez.

Finalmente, escuchó pasos. La puerta se abrió revelando a un mayordomo de edad avanzada que lo miró con sospecha.

— ¿Sí?

—Necesito ver a Lady Darmond. A Brianna. Es urgente.

—Es medianoche, señor. La familia está durmiendo.

—No me importa. Necesito verla ahora. Soy su esposo.

La expresión del mayordomo cambió a comprensión, luego a algo parecido a la lástima.

—Lord Darmond, supongo.

—Sí. Por favor, déjeme verla.

—Me temo que no puedo hacer eso sin el permiso del señor Doyle.

—Entonces despiértelo. Dígale que estoy aquí. Dígale que no me iré hasta que vea a mi esposa.

El mayordomo lo estudió por un momento, luego asintió.

—Espere aquí.

Cerró la puerta, dejando a David en el frío de la noche irlandesa. Esperó, paseando nerviosamente, las manos temblando no solo por el frío sino por la anticipación.

Cuando la puerta se abrió de nuevo, no era el mayordomo. Era Collin Doyle, vestido con una bata, el rostro tenso de ira apenas contenida.

—Lord Darmond —su voz estaba llena de veneno—. Qué sorpresa.

—Señor Doyle, necesito ver a Brianna. Por favor.

—No.

La respuesta fue inmediata y firme.

—Por favor, señor. Solo déjeme verla. Déjeme explicarle...

— ¿Explicarle qué? —interrumpió Collin, dando un paso hacia él —. ¿Explicarle por qué la lastimó tanto que enfermó? ¿Por qué casi pierde a su bebé por el dolor que usted le causó?

—Lo sé. Lo sé y lo lamento más de lo que puedo expresar. Pero necesito verla. Necesito decirle...

—No —Collin se cruzó de brazos—. Mi hija finalmente está empezando a recuperarse. Finalmente está durmiendo ya que nisiqiuiera eso había podido hacer. No permitiré que usted venga aquí a destrozarla de nuevo.

—No voy a destrozarla. Vine a...

— ¿A hacer qué? —lo desafió—. ¿A decirle que la ama? ¿A prometerle que todo será diferente? Palabras vacías, lord Darmond. Palabras que debió decir hace meses.

David sintió que se le quebraba algo por dentro. Tenía razón. Todo lo que decía era verdad.

—Tiene razón —admitió, la voz ronca—. Debí decírselo hace meses. Debí decírselo desde el principio. Pero fui un cobarde. Y ella pagó el precio de mi cobardía.

—Entonces déjela en paz.

—No puedo.

— ¿Por qué no?

— ¡Porque la amo! —las palabras salieron como un grito, desesperadas—. Porque la amo más de lo que jamás amé a nadie. Porque cada día sin ella es una tortura. Porque nuestro hijo merece tener a ambos padres. Porque ella merece saber que no fue un error, que nunca fue un sustituto, que es la única mujer que he amado verdaderamente.

Collin lo miró por un largo momento, la expresión indescifrable.

—Hermosas palabras. Pero las palabras son fáciles, lord Darmond. Las acciones son lo que importa.

—Entonces déjeme demostrárselo. Déjeme demostrarles a ambos qué puedo hacerla feliz.

—No esta noche —dijo finalmente—. Esta noche, mi hija duerme. Y usted no va a perturbar esa paz.

Comenzó a cerrar la puerta.

—Pero si quiere demostrar que es serio —agregó antes de cerrar completamente—. Estará aquí mañana. Y pasado mañana. Y todos los días después hasta que ella decida verlo.

La puerta se cerró con un clic final.

David se quedó parado allí por un largo momento, mirando la puerta cerrada. Luego se giró, mirando los alrededores. Si no podía estar dentro de la casa, estaría lo más cerca posible.

Encontró un árbol grande cerca de la ventana que, según el mayordomo le había dicho cuando le preguntó, daba a la habitación de Brianna. Se sentó con la espalda contra el tronco, envolviéndose en su abrigo.

Sería una noche larga y fría.

Pero valdría la pena si al final podía verla.

*****

Brianna se despertó con el sol filtrándose por las cortinas. Por primera vez en semanas, había dormido toda la noche sin pesadillas. Se sentía... mejor. No bien, pero mejor.

Se levantó lentamente, la mano apoyándose en su vientre que había crecido notablemente en las últimas semanas. Cinco meses. El bebé se movía ahora, pequeños aleteos que la hacían sonreír a pesar de todo.

Se acercó a la ventana, apartando las cortinas para mirar el jardín de su infancia. Y se detuvo en seco.

Allí, bajo el árbol grande cerca de su ventana, estaba David. Dormido, recostado contra el tronco, envuelto en su abrigo. Incluso desde aquí podía ver que temblaba de frío.

El corazón se le aceleró. ¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Cuándo había llegado?

Como si sintiera su mirada, David abrió los ojos. La vio en la ventana y se puso de pie inmediatamente, ignorando la rigidez en sus miembros.

La miró. Ella lo miró de vuelta.

Por un largo momento, no se movieron. Solo se miraron a través del cristal.

Luego Brianna cerró las cortinas bruscamente, apartándose de la ventana con el corazón latiendo dolorosamente en su pecho.

No podía. No podía verlo. No todavía.

Al día siguiente David seguía allí. Brianna lo había visto cuando se levantó, el sol apenas asomándose en el horizonte. Todavía bajo el árbol, ahora sentado con las piernas cruzadas, un libro en las manos. Como si estuviera dispuesto a esperar para siempre.

El libro, se dio cuenta al observar más de cerca, era de poesía. ¿Desde cuándo David leía poesía?

Su padre le había contado esa mañana durante el desayuno que David había venido anoche, que había suplicado verla. Que había dicho... que la amaba.

— ¿Le dijiste que podía irse? —preguntó Brianna, tratando de sonar indiferente mientras picoteaba su tostada.

—Le dije que si era serio, todavía estaría aquí hoy. Y mañana. Y todos los días después hasta que decidieras verlo.

—No voy a verlo.

—Esa es tu decisión, hija —dijo su madre suavemente—. Pero tal vez deberías preguntarte por qué estás tan decidida a no verlo.

—Porque me lastimó, mamá. Me rompió el corazón.

—Lo sé, cariño. Pero también sé que lo amas. Y que él claramente te ama si está dispuesto a dormir bajo un árbol solo por la posibilidad de verte.

Brianna no respondió. No confiaba en que su voz no la traicionara.

Esa tarde, vio a su padre salir con una taza de té caliente. La dejó en el suelo cerca de David, quien la tomó con manos que temblaban de frío.

—Gracias —escuchó que David decía, su voz ronca.

—No lo hago por usted —gruñó su padre—. Lo hago porque mi esposa insiste.

Pero Brianna notó que su padre había incluido algunas galletas junto al té. Y cuando David no estaba mirando, vio a su padre observarlo con algo que podría haber sido respeto.

Esa noche, cuando la temperatura bajó significativamente, Brianna vio a su madre salir con una manta gruesa y algo de comida más sustancial. Pan, queso, algo de carne fría.

La dejó en el suelo cerca de David, luego regresó sin decir palabra. Pero Brianna vio cómo su madre se detuvo en la puerta, mirando hacia atrás con expresión pensativa.

David tomó la manta con manos temblorosas, envolviéndose en ella con un suspiro de alivio. Pero apenas tocó la comida. En cambio, la miró durante un largo momento antes de forzarse a comer solo un poco.

Y Brianna, observando desde su ventana, sintió que algo en su pecho se ablandaba contra su voluntad.

Al tercer día, llovió. Una lluvia fría y persistente que empapó todo, convirtiendo el jardín en un mar de barro. Brianna observó desde su ventana mientras David se movía debajo del árbol, tratando de encontrar refugio bajo las ramas. Pero no era suficiente. Las ramas estaban demasiado dispersas, la lluvia demasiado pesada.

Estaba empapado en minutos, temblando violentamente, pero no se movió. No corrió hacia la casa buscando refugio. No se fue.

Simplemente se sentó allí, bajo la lluvia, esperando.

—Es un idiota —murmuró ella, aunque no pudo apartar la mirada. Sus manos se apretaron en el alféizar de la ventana, luchando contra el impulso de bajar corriendo y arrastrarlo adentro.

—Es un hombre enamorado —dijo su madre desde la puerta, haciéndola saltar—. Hay una diferencia.

—Si estuviera enamorado, no me habría lastimado desde el principio.

—Cariño —su madre entró, sentándose en el borde de la cama—. Los hombres hacen cosas estúpidas cuando tienen miedo. Y tu esposo, por lo que he visto, es un hombre que ha tenido mucho miedo durante mucho tiempo.

—Eso no es excusa.

—No, no lo es. Pero es una explicación. Y a veces, entender la diferencia es importante.

Brianna no respondió, sus ojos volviendo a David bajo la lluvia.

—Si no estuviera enamorado —continuó su madre—. No estaría sentado bajo la lluvia durante tres días esperando que lo mires. Habría enviado una carta disculpándose. O habría venido una vez, te habría suplicado, y se habría ido cuando dijiste que no. Pero esto... esto es diferente.

— ¿Diferente cómo?

—Esto es un hombre dispuesto a sufrir por ti. Dispuesto a humillarse. Dispuesto a esperar todo el tiempo que sea necesario. Eso no es obligación, hija. Eso es amor.

Esa tarde, cuando la lluvia empeoró y David comenzó a temblar violentamente bajo el árbol, Collin salió de la casa con una expresión de exasperación.

David lo miró con sorpresa cuando se acercó, el agua corriendo por su rostro, empapando su ropa hasta los huesos.

—Levántese —ordenó Collin con voz tensa.

—Señor Doyle, yo...

—He dicho que se levante. Entre a la casa.

David obedeció, sus piernas apenas sosteniéndolo mientras seguía a Collin hacia el interior. Dejaron un rastro de agua en el suelo de mármol.

Deirdre apareció con toallas, entregándole una a David sin decir palabra. Él la tomó con manos temblorosas, tratando de secarse el rostro.

—Gracias, señora Doyle.

—No dé las gracias todavía —interrumpió Collin—. Escúcheme bien, lord Darmond. No logrará nada enfermándose de neumonía. Si cae enfermo, entonces serán dos los que tengan una salud delicada, y no pienso lidiar con eso.

—Señor, yo solo...

—Hay una posada en el pueblo. A veinte minutos a caballo. Irá allí. Se secará. Comerá algo decente. Dormirá en una cama real. Y si mi hija decide que quiere verlo, le mandaré palabra.

—Pero...

—No es una sugerencia, milord. Es una orden. Mi casa, mis reglas.

David apretó la mandíbula, claramente luchando contra el impulso de discutir. Miró hacia la escalera, como si pudiera ver a través de las paredes hasta donde Brianna estaba.

— ¿Le dirá que vine? ¿Qué estoy aquí?

—Ella lo sabe —dijo Collin con tono más suave—. Lo ha estado observando desde su ventana durante tres días. Sabe exactamente dónde ha estado y lo que ha estado dispuesto a soportar.

Algo en el pecho de David se aflojó.

—Entonces... ¿hay esperanza?

Collin intercambió una mirada con su esposa antes de responder.

—Hay una hija que no ha dejado de mirar por la ventana. Una hija que llora su nombre cuando tiene fiebre. Una hija que, a pesar de todo lo que ha pasado, todavía lleva su anillo. Usted saque sus propias conclusiones.

David cerró los ojos, el alivio casi tan abrumador como el agotamiento.

—Vaya a la posada —repitió Collin—. El Ciervo Dorado. Diga que viene de mi parte. Regrese mañana por la mañana. Temprano. Tal vez para entonces mi hija esté lista para verlo. O tal vez no. Pero al menos no se habrá muerto de neumonía en mi jardín.

—Señor Doyle... gracias. Sé que no tengo derecho a pedirle nada, pero...

—No, no lo tiene —interrumpió Collin—. Pero mi hija está embarazada con su hijo. Y eso le da a usted ciertos derechos, quiera yo o no. Así que... vaya. Descanse. Y rece para que mañana ella decida que vale la pena escucharlo.

David asintió, sin confiar en su voz para responder.

Cuando salió de la casa, montando el caballo empapado que había dejado atado afuera, Brianna observaba desde su ventana.

Lo vio alejarse, la espalda encorvada por el agotamiento, y sintió algo ceder dentro de ella.

—Lo mandaste a la posada —dijo sin girarse, sabiendo que su padre estaba en el umbral.

—Sí.

—Estuvo tres días bajo ese árbol.

—Lo sé.

—Bajo la lluvia. Sin refugio apropiado. Esperándome.

—También lo sé.

Brianna finalmente se giró para mirarlo.

— ¿Por qué lo dejaste entrar ahora?

Collin suspiró, frotándose el rostro con cansancio.

—Porque tu madre me hizo ver que si ese hombre moría de neumonía por mi terquedad, tú nunca me lo perdonarías. Y porque... —hizo una pausa—. Porque he estado observándolo también. Y cualquier hombre que esté dispuesto a sentarse bajo un árbol durante tres días, bajo la lluvia, sin refugio, sin comida apropiada, solo por la posibilidad de verte... ese hombre no está aquí por deber u obligación.

— ¿Entonces por qué está aquí?

—Porque te ama, hija. Incluso yo, que quiero odiarlo, puedo ver eso.

Las lágrimas comenzaron a caer por las mejillas de Brianna.

—Pero me lastimó tanto, papá.

—Lo sé, mi niña. Y tiene que responder por eso. Pero también creo... creo que se ha lastimado a sí mismo aún más. Y a veces, el arrepentimiento verdadero merece una oportunidad de redención.

Se acercó, tomando las manos de su hija entre las suyas.

—Mañana, cuando venga, habla con él. Escucha lo que tiene que decir. Y luego decide. Pero decide basándote en tu corazón, no en tu miedo. ¿De acuerdo?

Brianna asintió, incapaz de hablar alrededor del nudo en su garganta.

Esa noche, apenas durmió. Su mente no dejaba de ver a David bajo la lluvia. David temblando. David mirándola con esos ojos llenos de súplica silenciosa.

Y se preguntó si mañana sería lo suficientemente valiente como para escuchar lo que tenía que decir.

Ya el cuarto día, Brianna no pudo más. David llegó al amanecer.

Había pasado la noche en El Ciervo Dorado, pero no había dormido mucho. Se había bañado, se había afeitado, se había puesto ropa limpia. Pero las ojeras seguían allí, profundas y oscuras.

Porque cada minuto que no estaba con Brianna era un minuto perdido.

Cuando llegó a la propiedad Doyle, el sol apenas comenzaba a salir, tiñendo el cielo de rosa y dorado.

Collin lo estaba esperando en la puerta.

—Llegas temprano.

—No podía esperar más —admitió David.

Collin lo estudió durante un largo momento.

—Ella está en el jardín. Junto al roble. Sola. Tiene quince minutos antes de que mi esposa baje a desayunar e insista en que entre. Úselos bien.

—Gracias, señor.

—No me dé las gracias todavía —dijo Collin—. Si la lastima de nuevo, no habrá árbol, ni jardín, ni Inglaterra entera que pueda esconderlo de mí. ¿Entendido?

—Entendido.

David rodeó la casa con el corazón latiendo tan fuerte que pensó que explotaría.

Y allí, bajo el roble donde había pasado tres días esperando, estaba Brianna.

El jardín estaba cubierto de rocío. Ella llevaba un vestido holgado color azul claro, un chal sobre sus hombros. Su cabello suelto caía en ondas sobre su espalda. Tenía una mano sobre su vientre, donde su hijo crecía.

Se veía hermosa. Frágil pero fuerte. Vulnerable pero feroz.

Se veía como todo lo que él había estado buscando toda su vida sin saberlo.

Como si sintiera su presencia, David abrió los ojos. La vio parada allí y se puso de pie tan rápido que casi se cae.

—Brianna —su voz era ronca, apenas un susurro.

— ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella, manteniendo la distancia.

—Esperándote.

— ¿Por qué?

—Porque necesito hablar contigo. Necesito... —se pasó las manos por el cabello en ese gesto familiar de frustración—. Necesito decirte tantas cosas que no sé por dónde empezar.

—Entonces empieza por el principio —dijo ella, cruzándose de brazos—. ¿Por qué viniste?

—Porque te amo.

Las palabras cayeron entre ellos, simples y devastadoras.

—Y sé que no tengo derecho a decirte eso después de todo lo que hice. Sé que no tengo derecho a estar aquí. Pero vine de todas formas porque... porque no puedo vivir sin ti, Brianna. Lo intenté. Durante tres semanas lo intenté. Y casi me destruyo en el proceso.

—David...

—Por favor —dio un paso hacia ella, deteniéndose cuando ella retrocedió—. Solo déjame decir esto. Luego, si quieres que me vaya, me iré. Pero primero necesito que sepas la verdad.

Ella asintió lentamente, su garganta demasiado apretada para hablar.

—Sí, al principio te busqué por Úrsula. Y sí, me casé contigo pensando que tal vez podrías llenar el vacío que ella dejó. Pero eso fue antes de conocerte realmente. Antes de descubrir que eres nada como ella.

Se acercó más, y esta vez ella no retrocedió.

—Úrsula era una fantasía. Una idea de amor, no amor verdadero. Pero tú... tú eres real. Eres fuerte y feroz y honesta. Me desafías. Me haces querer ser mejor. Y en algún momento, sin darme cuenta, dejaste de ser un recordatorio de ella y empezaste a ser simplemente tú.

— ¿Cuándo? —preguntó ella, la voz quebrada—. ¿Cuándo sucedió eso?

—No lo sé exactamente. Tal vez la primera vez que me hiciste reír. Tal vez cuando me desafiaste en algo. Tal vez cuando te vi con esos

niños del orfanato y vi la bondad en ti. Fue gradual, y luego de repente, y luego fue todo.

Las lágrimas comenzaron a caer por las mejillas de ella.

— ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué esperaste hasta que fuera demasiado tarde?

—Porque tenía miedo —admitió, su propia voz quebrándose—. Tenía miedo de que si lo decía, si lo admitía en voz alta, podrías rechazarme. Y el rechazo de Úrsula casi me destruyó. El tuyo... el tuyo me habría matado.

—Ya me habías perdido —susurró ella—. En el momento en que dijiste su nombre, ya me habías perdido.

—Lo sé. Y lo lamento más de lo que las palabras pueden expresar.

Dio otro paso hacia ella, ahora lo suficientemente cerca como para tocarla si extendiera la mano.

—Vine a buscarte, Brianna. Fui a Heaven Manor. Pero acabas de irte. Una hora. Me perdiste por una maldita hora.

Los ojos de ella se ensancharon.

— ¿Fuiste a Heaven Manor?

—Sí. La Señora Miller me escribió diciéndome que estabas enferma. Que estabas... —su mirada bajó a su vientre—. Que estabas embarazada con mi hijo.

Ella se cubrió instintivamente el vientre con las manos.

—Nuestro —corrigió ella suavemente—. El bebé es nuestro.

Algo se rompió en el rostro de David. De repente estaba arrodillándose, sus manos alcanzando su vientre con una reverencia que la hizo sollozar.

— ¿Puedo...? —preguntó, mirándola con ojos llenos de lágrimas no derramadas.

Ella asintió, incapaz de hablar.

Con manos temblorosas, David colocó las palmas sobre su vientre mínimamente redondeado.

—Oh Dios —susurró, las lágrimas cayendo libremente ahora—. Nuestro bebé. Nuestro hijo.

—O hija —dijo Brianna, su propia voz ahogada por el llanto.

—O hija —repitió él, sonriendo a través de las lágrimas.

Se quedaron así por un largo momento, él arrodillado frente a ella, las manos en su vientre, ambos llorando. Y por primera vez en meses, Brianna sintió que algo dentro de ella comenzaba a sanar.

—Levántate —dijo finalmente, su voz suave.

Él obedeció, poniéndose de pie pero sin quitar las manos de su vientre.

—Te amo —dijo de nuevo, como si necesitara que ella lo escuchara tanto como necesitaba decirlo—. Te amo, Brianna. No a ella. No a una versión de ella. A ti. Solo a ti.

—David...

—Y sé que no tengo derecho a pedirte esto. Sé que he hecho demasiado daño. Pero por favor... por favor dame otra oportunidad. Déjame demostrarte que puedo hacerte feliz.

Ella lo miró durante un largo momento. Vio la sinceridad en sus ojos. Vio el arrepentimiento, el miedo, el amor. Todo allí, abierto y vulnerable de una forma que nunca había visto antes.

—Bésame —susurró.

— ¿Qué?

—Bésame. Pero no como antes. No con desesperación o posesión o rabia. Bésame como si me amaras.

Los ojos de David se suavizaron, llenándose de algo tan intenso que le quitó el aliento.

—Oh Brianna —murmuró, dando un paso más cerca—. Si supieras cuánto tiempo he esperado para hacer exactamente eso.

David no necesitó que se lo pidiera dos veces. Se inclinó lentamente, dándole todo el tiempo del mundo para retroceder si quería. Sus manos se movieron de su vientre a su rostro, enmarcándolo con una delicadeza que contrastaba marcadamente con todas las veces anteriores que la había tocado.

Pero ella no retrocedió. En cambio, se inclinó hacia él, cerrando la distancia entre ellos.

Cuando sus labios finalmente se encontraron, fue como nada que hubieran compartido antes.

No hubo la urgencia desesperada de su noche de bodas. No hubo la posesión brutal de aquella vez en el estudio. No hubo la rabia ardiente de sus peleas.

En cambio, hubo ternura. Paciencia. Reverencia.

Sus labios se movían contra los de ella con una suavidad que la hizo temblar. Como si fuera algo precioso, algo frágil que debía ser tratado con cuidado infinito. Como si tuviera todo el tiempo del mundo y quisiera saborearlo.

Las manos de él temblaban ligeramente donde sostenían su rostro, sus pulgares acariciando sus mejillas con movimientos circulares suaves. Podía sentir su corazón latiendo contra su pecho, tan rápido como el de ella.

Brianna suspiró contra su boca, sus propios brazos subiendo para envolverse alrededor de su cuello. El beso se profundizó, pero no perdió su ternura. Era como si David estuviera memorizando cada curva de sus labios, cada sabor, cada sensación.

Su lengua trazó el contorno de su labio inferior, pidiendo entrada en lugar de exigirla. Ella se la concedió con un pequeño gemido, abriendo su boca para él.

Cuando sus lenguas se encontraron, fue una exploración lenta y deliberada. No una batalla por dominación, sino una danza. Un dar y recibir. Él degustaba su boca con una minuciosidad que la hacía sentir adorada.

Una de sus manos se deslizó de su rostro a su cabello, enterrándose en los mechones sueltos, sosteniéndola en su lugar pero sin fuerza. Solo lo suficiente para mantener la conexión. La otra mano bajó por su espalda, trazando la curva de su columna con dedos que temblaban de emoción contenida.

Brianna podía sentir su deseo. Lo sentía en la forma en que su cuerpo se presionaba contra el de ella, en la tensión de sus músculos bajo sus manos. Pero él se controlaba, manteniéndolo suave, manteniéndolo tierno.

Porque esto no era sobre deseo. Bueno, no solo sobre deseo. Esto era sobre amor. Puro, sin adulterar, amor verdadero.

Cuando finalmente se separaron por necesidad de aire, ambos estaban sin aliento. David apoyó su frente contra la de ella, sus ojos cerrados, su respiración entrecortada.

—Te amo —murmuró, las palabras apenas un suspiro—. Dios, Brianna, te amo tanto que me duele.

Ella abrió los ojos, mirándolo. Podía ver las lágrimas acumulándose en las esquinas de sus ojos, aunque no caían. Podía ver la vulnerabilidad absoluta en su expresión.

Este era el verdadero David. No el aristócrata frío y controlado. No el hombre atormentado por fantasmas del pasado. Este era el hombre que estaba bajo todas esas capas, el hombre que había estado demasiado asustado para mostrarse.

Y ella lo amaba. Dios, cómo lo amaba.

—Yo también te amo —susurró, las lágrimas finalmente cayendo —. He tratado de no hacerlo. He tratado de odiarte. Pero no puedo. No puedo dejar de amarte.

David soltó un sonido estrangulado, algo entre una risa y un sollozo. La besó de nuevo, más profundamente esta vez, vertiendo todo su alivio y su alegría en ese beso.

Sus manos se movieron de nuevo a su vientre, acariciándolo con reverencia. Podía sentir al bebé moviéndose bajo sus palmas,

respondiendo a su toque.

—Nuestro bebé —murmuró contra sus labios—. Nuestro milagro.

—Sí —concordó ella, cubriendo sus manos con las suyas—. Nuestro.

Se besaron de nuevo, más suave ahora. Besos pequeños y dulces intercalados con sonrisas. Besos en las comisuras de los labios, en las mejillas, en la punta de la nariz.

Era alegre y tierno y perfecto.

Y cuando finalmente se separaron, cuando David la tomó de la mano y comenzaron a caminar, Brianna sintió algo que no había sentido en mucho tiempo. Paz.

No completa, no todavía. Todavía había heridas que sanar, conversaciones que tener, confianza que reconstruir.

Pero era un comienzo. Un nuevo comienzo. Y esta vez, estaba basado en la verdad.

—Ven —dijo ella, tomando su mano—. Caminemos.

— ¿A dónde?

—A cualquier parte. Solo... camina conmigo.

La llevó por los campos que rodeaban la propiedad, el sol comenzando a salir en el horizonte. El rocío brillaba en el pasto, y el aire olía a tierra húmeda y flores silvestres.

Caminaron en silencio al principio, las manos entrelazadas.

—Cuéntame —dijo ella finalmente—. Cuéntame todo. No versiones resumidas. No medias verdades. Todo.

Y así lo hizo. Le contó sobre conocer a Úrsula, sobre cómo se había obsesionado con la idea de ella más que con la persona real. Le contó sobre la propuesta rechazada, sobre cómo había jurado nunca volver a Irlanda.

Le contó sobre verla a ella esa primera noche en el arroyo, sobre cómo se había parecido tanto a Úrsula que casi le dolió mirarlo. Pero

también sobre cómo con cada conversación, cada sonrisa, cada desafío, ella se había convertido en menos como Úrsula y más como Brianna.

Le contó sobre las semanas después de que se fue, sobre la bebida y la destrucción. Sobre las cartas que escribió pero nunca envió. Sobre cómo casi se destruyó porque no podía admitir lo que sentía.

— ¿Por qué? —preguntó ella cuando terminó—. ¿Por qué no pudiste decírmelo antes?

—Porque tenía miedo de que no fuera suficiente —admitió—. Tenía miedo de que si lo decía y aun así me dejabas, significaría que realmente no valía la pena amar.

Se detuvieron bajo un árbol grande, mirando el paisaje irlandés que se extendía ante ellos.

—David —dijo ella suavemente—. Mírame.

Él obedeció.

—Nunca fuiste el problema. La mentira fue el problema. La falta de confianza. El sentir que estaba compitiendo con un fantasma. Pero tú... tú siempre fuiste suficiente.

Nuevas lágrimas llenaron sus ojos.

— ¿Todavía lo soy?

Ella no respondió inmediatamente. En cambio, colocó sus manos sobre las de él, presionándolas contra su vientre de nuevo.

—Nuestro bebé merece tener a ambos padres. Pero más que eso, merece tener padres que se aman. Padres que confían el uno en el otro. Padres que no guardan secretos.

—Lo sé.

—Entonces prométeme —dijo, mirándolo directamente a los ojos —. Prométeme que no habrá más mentiras. No más secretos. No

más medias verdades. Si vamos a hacer esto, si vamos a intentarlo de nuevo, tiene que ser con total honestidad.

—Lo prometo —dijo sin vacilar—. Total honestidad. Sobre todo.

—Y prométeme que si alguna vez tienes dudas, si alguna vez me comparas con ella, me lo dirás. No lo guardarás y dejarás que se pudra entre nosotros.

—Lo prometo.

—Y prométeme... —su voz se quebró—. Prométeme que cuando me mires, realmente me verás a mí. No a ella. No a lo que pudo haber sido. Solo a mí.

David tomó su rostro en sus manos, obligándola a mirarlo.

—Brianna, cuando te miro, todo lo que veo es a ti. Tú fuerza. Tu belleza. Tu coraje. La forma en que te niegas a ser intimidada. La forma en que luchas por lo que crees. La forma en que me amas a pesar de que no lo merezco.

—David...

—Te amo —dijo de nuevo, porque nunca se cansaría de decirlo—. Te amo más de lo que jamás amé a nadie. Y pasaré el resto de mi vida demostrándotelo si me dejas.

Ella lo estudió por un largo momento, buscando cualquier señal de duda, cualquier sombra de mentira.

No encontró ninguna.

—Está bien —susurró finalmente—. Podemos intentarlo. Pero David, si me lastimas de nuevo...

—No lo haré. Te juro que no lo haré.

La besó de nuevo, sellando la promesa. Y esta vez, cuando se separaron, ambos estaban sonriendo.

—Deberíamos volver —dijo ella—. Mis padres probablemente están preocupados.

—Probablemente pensando en sacar las escopetas —bromeó él, haciéndola reír.

—Probablemente —concordó.

Comenzaron a caminar de vuelta a la casa, las manos entrelazadas. Pero cuando llegaron al jardín, David se detuvo.

—Hay algo más que necesito hacer —dijo.

— ¿Qué?

—Espera aquí.

Corrió hacia la casa antes de que ella pudiera protestar. Brianna lo vio desaparecer adentro, confundida. Cinco minutos después, salió de nuevo. Pero no estaba solo. Sus padres lo seguían, ambos con expresiones de sorpresa.

David caminó directamente hacia ellos.

— ¿Qué estás haciendo? —jadeó ella.

Pero David no la estaba mirando a ella. Estaba mirando a sus padres.

—Señor Doyle. Señora Doyle —su voz era firme pero humilde—. Les pido perdón. Por la forma en que traté a su hija. Por las lágrimas que le causé. Por el dolor que tuve que hacerla pasar.

Collin y Deirdre se miraron, luego miraron a David ante ellos.

—Sé que no tengo derecho a pedir su perdón —continuó—. Sé que las acciones hablan más que las palabras. Pero les pido... les suplico que me den la oportunidad de demostrarlo. De demostrarles que puedo hacerla feliz. Que puedo ser el esposo que ella merece.

El silencio se extendió. Brianna contuvo el aliento, mirando a su padre.

Finalmente, Collin habló.

—muy bien, lord Darmond. Míreme —ordenó Collin.

David levantó la vista, encontrándose con los ojos del padre de Brianna.

—Si vuelve a lastimar a mi hija —dijo Collin, su voz tranquila pero letal—. No habrá lugar en este mundo donde pueda esconderse de mí. ¿Entendido?

—Entendido —respondió David sin vacilar.

—Y si vuelve a hacerla llorar como la hizo llorar estos últimos meses —agregó Deirdre, sus propios ojos brillando con lágrimas—. Le arrancaré el corazón con mis propias manos.

—Entendido.

Collin estudió a David por un largo momento. Luego, lentamente, extendió su mano.

—Entonces tiene nuestra bendición. Otra vez. Pero esta vez, hijo, más le vale que no la desperdicie.

David tomó su mano, apretándola con fuerza.

—No lo haré. Tienen mi palabra.

Brianna observó todo esto con lágrimas corriendo por sus mejillas. Este hombre, este hombre orgulloso y aristocrático que había sido tan distante, tan controlado, se había disculpado ante sus padres y les había pedido perdón.

Y en ese momento, Brianna supo. Supo que todo sería diferente. Que esta vez, realmente tenían una oportunidad.

Corrió hacia él, lanzándose a sus brazos. David la atrapó, sosteniéndola cerca, enterrando su rostro en su cabello.

—Gracias —susurró ella—. Gracias por venir a buscarme.

—Siempre —respondió él—. Siempre te buscaré. No importa cuán lejos huyas. Siempre te encontraré.

Y mientras estaban allí, abrazados en el jardín irlandés con sus padres observando, Brianna sintió algo que no había sentido en meses.

Esperanza.

Esperanza de que tal vez, solo tal vez, podrían tener su final feliz después de todo.

CAPÍTULO 11

Cinco meses después…

El viaje de regreso a Inglaterra había sido largo pero necesario. Brianna, ahora con casi ocho meses de embarazo, había insistido en regresar a casa. Quería que su bebé naciera en Inglaterra, en la misma casa donde había comenzado su matrimonio.

David había accedido con reluctancia, preocupado por el viaje en su avanzado estado. Pero cuando ella le había tomado la mano y le había dicho "Quiero que nuestro bebé nazca en casa", él no había podido negarle nada.

Ahora, dos semanas después de su regreso, Brianna estaba enorme. El bebé había crecido tanto que apenas podía moverse cómodamente. Pasaba la mayoría del tiempo en la biblioteca, leyendo o simplemente mirando por la ventana hacia los jardines que David había transformado para ella.

David no se alejaba mucho. Cancelaba compromisos, pospuso viajes de negocios, todo para estar cerca cuando llegara el momento. La señora Hartley lo había sorprendido más de una vez simplemente sentado en el pasillo fuera de la habitación de Brianna, como si temiera que algo pudiera pasar si no estaba vigilando.

—Estás siendo ridículo —le había dicho Brianna una mañana, encontrándolo durmiendo en una silla junto a su cama—. El bebé no va a llegar esta noche.

—No lo sabes —había respondido él, frotándose el cuello adolorido—. Podría llegar en cualquier momento.

—El médico dijo que faltan al menos dos semanas.

—Los bebés no saben leer calendarios.

Ella había reído, ese sonido que él amaba más que cualquier cosa en el mundo. Y cuando ella le había tendido la mano, él la había tomado, entrelazando sus dedos.

—Tengo miedo —había admitido ella en voz baja.

—Lo sé. Yo también.

— ¿Qué pasa si algo sale mal?

—No saldrá nada mal —había dicho con más convicción de la que sentía—. Tendremos al mejor médico. La mejor comadrona. Estaré allí contigo en cada momento.

—Las cosas pueden complicarse, David. Mi madre casi muere cuando nació mi hermano.

—No pienses en eso.

—Pero tengo que pensarlo —sus ojos se habían llenado de lágrimas—. Tengo que decirte... si algo pasa, si tienes que elegir...

—No —la había interrumpido firmemente—. No vamos a tener esa conversación porque no va a ser necesaria.

—David...

—No, Brianna. Confía en mí. Todo saldrá bien.

Pero incluso mientras lo decía, el miedo lo carcomía por dentro.

El bebé llegó tres días después, en medio de una tormenta.

Brianna se había despertado en medio de la noche con un dolor agudo en el abdomen. Al principio pensó que era otra de las molestias normales del embarazo, pero luego sintió algo húmedo entre sus piernas.

—David —lo sacudió, la voz tensa—. David, despierta.

Él se despertó inmediatamente, y estuvo alerta en segundos.

— ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—El bebé. Creo que... creo que ya viene.

Se movió más rápido de lo que ella había visto nunca. Llamó a los sirvientes, envió por el médico y la comadrona, preparó la habitación. En cuestión de minutos, la casa entera estaba en movimiento.

El médico llegó veinte minutos después, empapado por la lluvia, su maletín goteando sobre el suelo de mármol. La comadrona llegó poco después, una mujer mayor con manos firmes y ojos amables.

— ¿Cómo está? —exigió David apenas entraron.

—Déjeme examinarla primero, milord —dijo el médico con calma.

Los siguientes veinte minutos fueron una agonía. David paseaba fuera de la habitación, incapaz de quedarse quieto. Podía escuchar a Brianna gemir de dolor a través de la puerta, y cada sonido era como un cuchillo en su pecho.

Finalmente, el médico salió. Su expresión era seria.

— ¿Qué pasa? —David lo agarró del brazo—. ¿Está bien?

—El bebé está en una posición difícil, milord. El parto será complicado.

— ¿Qué tan complicado?

—Es posible que tengamos que hacer una cesárea. Pero preferiría evitarlo si es posible. Es peligroso para la madre.

— ¿Peligroso cómo?

El médico vaciló.

—Existe el riesgo de sangrado excesivo. Infección. En el peor de los casos...

— ¿Hay otra posibilidad?

—Podría intentar algo pero no sé si ella pueda resistir el dolor.

No terminó la frase. No necesitaba hacerlo.

—Haga lo que tenga que hacer —dijo David, la voz apenas un susurro—. Pero sálvela. Salve a mi esposa.

—El bebé está en una posición difícil, milord. Tendremos que intentar girarlo manualmente. Es peligroso para ambos, pero es nuestra única opción en caso de no hacer la cesárea. Si no podemos, entonces... debemos prepararnos para lo peor.

—No —interrumpió David—. No me diga eso. Solo... solo haga su trabajo.

El médico asintió y regresó a la habitación. David se dejó caer contra la pared, enterrando la cabeza en las manos.

Por favor, rogó a cualquier dios que estuviera escuchando. *Por favor no me la quites. Puedes llevarte todo lo demás. Mi fortuna, mi título, mi vida. Pero no a ella. Por favor, no a ella.*

Las horas pasaron con una lentitud tortuosa. David podía escuchar todo a través de la puerta. Los gritos de Brianna. Las instrucciones urgentes del médico. El murmullo de la comadrona.

En algún momento, la señora Hartley le trajo té que no bebió. El mayordomo le ofreció brandy que rechazó. No quería nada excepto que esto terminara, que Brianna estuviera bien.

Cuando los gritos se volvieron más agudos, más desesperados, David no pudo soportarlo más. Entró a la habitación ignorando las protestas del médico.

La escena que encontró casi lo destruyó.

Brianna estaba en la cama, el rostro pálido y empapado en sudor. Las sábanas estaban manchadas de sangre. Demasiada sangre. Tenía los ojos vidriosos de dolor y agotamiento.

—David —susurró cuando lo vio, extendiendo una mano temblorosa.

Él corrió a su lado, tomando su mano con ambas manos.

—Estoy aquí. Estoy aquí, amor.

—No puedo... no puedo más...

—Sí puedes. Eres la mujer más fuerte que conozco. Puedes hacer esto.

—Tengo miedo —las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Lo sé. Pero no estás sola. Estoy aquí contigo. No te dejaré.

Otro dolor la atravesó y ella gritó, apretando su mano con tanta fuerza que sus huesos crujieron. Pero él no se quejó. Solo sostuvo su mano, murmurando palabras de aliento.

—Milord —dijo el médico con voz tensa—. Necesita salir. Esto va a ponerse peor antes de mejorar.

—No me voy.

—Milord...

—He dicho que no me voy —su voz era acero—. Esta es mi esposa. Mi lugar es aquí.

El médico lo miró durante un largo momento, luego asintió.

—Muy bien. Pero prepárese.

Las siguientes dos horas fueron las más largas de la vida de David. Vio a Brianna sufrir de formas que nunca imaginó posibles. La vio sangrar, gritar, suplicar que terminara.

Y hubo momentos, momentos terribles, donde pensó que la perdería.

El primer momento fue cuando el médico murmuró algo sobre "demasiada sangre" a la comadrona, su voz baja pero urgente. David vio cómo intercambiaban miradas significativas, el tipo de miradas que los profesionales médicos comparten cuando las cosas van mal.

— ¿Qué pasa? —exigió—. ¿Qué está pasando?

—Está perdiendo mucha sangre, milord —dijo el médico sin mirarlo, sus manos trabajando frenéticamente—. Necesito que salga ahora.

—No. No me voy —su voz era acero templado—. Quédense o váyanse, pero no me moveré de su lado.

El segundo momento fue peor. Brianna había estado pujando durante casi una hora, agotándose más con cada esfuerzo. Sus gritos se habían vuelto más débiles, su agarre en su mano más flojo.

Y entonces, de repente, dejó de gritar por completo.

Sus ojos se cerraron. Su mano se aflojó completamente en la suya. Su cabeza cayó hacia un lado, inconsciente.

— ¡No! —gritó David, sacudiéndola—. ¡Brianna! ¡Brianna, mírame! ¡No me dejes!

El médico lo apartó bruscamente, revisando el pulso de ella con dedos rápidos.

—Está viva —dijo urgentemente—. Pero débil. Muy débil. Si no sacamos a este bebé ahora, la perderemos a ambos.

— ¿Qué necesita? —preguntó David, su voz quebrándose—. ¿Qué puedo hacer?

—Necesito que la mantenga despierta. Hable con ella. Haga que me escuche. Porque voy a tener que hacerla pujar una vez más, y si no lo hace ahora, será demasiado tarde.

David volvió al lado de Brianna, tomando su rostro entre sus manos.

—Brianna —su voz temblaba—. Amor, necesito que me escuches. Sé que estás cansada. Sé que duele. Pero necesito que abras los ojos. Por favor. Por favor, mírame.

Nada. Ella seguía inconsciente, su piel pálida como la muerte.

—Brianna, por favor —sollozó, las lágrimas cayendo sobre su rostro—. No puedes dejarme. No así. Necesitas conocer a nuestra hija. Necesitas verla crecer. Necesitas... necesito que estés conmigo.

Besó su frente, sus mejillas, sus labios fríos.

—Te amo —susurró contra su boca—. Dios, Brianna, te amo tanto. Y si sobrevives esto... si solo me das una oportunidad más... te lo diré todos los días. Cada mañana cuando despiertes. Cada noche antes de dormir. No más cobardía. No más miedo. Te amaré en voz alta por el resto de nuestras vidas.

Y entonces, como un milagro, sus párpados parpadearon.

—David... —su voz era apenas un susurro, tan débil que apenas podía escucharla.

—Estoy aquí —sollozó de alivio—. Estoy aquí, amor. Y necesito que seas fuerte solo un poco más. ¿Puedes hacer eso por mí?

—Cansada... —murmuró—. Tan cansada...

—Lo sé. Pero nuestro bebé te necesita. Yo te necesito. Solo una vez más, Brianna. Solo puja una vez más.

—No puedo...

—Sí puedes. Eres la mujer más fuerte que conozco. Has sobrevivido a mi estupidez, a mi cobardía, a meses de dolor. Puedes sobrevivir esto. Puedes traer a nuestra hija al mundo.

El médico se posicionó, listo.

—Ahora, milady. Cuando cuente a tres, necesito el pujo más fuerte que pueda dar. ¿Entiende? El bebé ahora está en posición correcta, solo necesita que usted lo ayude a salir.

Brianna apenas asintió, sus ojos apenas enfocados.

—Uno... dos... ¡tres! ¡PUJE!

Y Brianna, reuniendo cada onza de fuerza que le quedaba, cada gramo de determinación, pujó.

El grito que salió de ella fue algo primitivo, algo que venía desde lo más profundo de su ser. David la sostuvo, murmurando palabras de aliento, rogando a todos los dioses que conocía.

Y entonces, milagrosamente, maravillosamente, se escuchó otro grito. El llanto agudo y fuerte de un bebé recién nacido.

—Es una niña —anunció la comadrona, su voz llena de alivio y alegría—. Una hermosa niña sana.

David miró a su hija por primera vez a través de lágrimas. Era pequeña, roja, arrugada, cubierta de sangre y líquido. Y absolutamente, indiscutiblemente perfecta.

Pero su atención volvió inmediatamente a Brianna, que había colapsado en la cama, inconsciente de nuevo.

— ¿Está bien? —exigió, su voz casi histérica—. ¿Por qué no se despierta?

El médico estaba trabajando rápidamente, presionando toallas contra ella, su expresión tensa de concentración.

—Todavía está sangrando —murmuró—. Demasiado. Necesito...

Se movió más rápido, sus manos un borrón de movimiento. La comadrona se unió a él, trabajando en turnos para detener la hemorragia.

David solo podía mirar, impotente, mientras luchaban por salvar la vida de su esposa. Sostenía su mano fría, besando sus dedos, rogando que no fuera demasiado tarde.

Los minutos se arrastraron como horas. Cada segundo era una agonía. Cada respiración superficial de Brianna podría ser la última.

Finalmente, después de lo que parecieron años, el médico se enderezó. Estaba empapado en sudor, sus manos manchadas de sangre, pero había algo en su expresión que hizo que el corazón de David se llenara de esperanza.

—Lo detuvimos —dijo, su propia voz temblando de alivio—. El sangrado se detuvo.

— ¿Ella...?

—Estará bien —el médico finalmente sonrió—. Perdió mucha sangre. Necesitará semanas, tal vez meses para recuperarse completamente. Pero sí, milord. Su esposa estará bien. Sin embargo, yo no recomendaría otro embarazo muy pronto.

David se dejó caer en la silla junto a la cama, enterrando la cabeza en sus manos mientras los sollozos lo sacudían. Lágrimas de alivio, de gratitud, de amor abrumador.

La había perdido casi. Por unos momentos terribles, pensó que se había ido. Pero había luchado. Contra todo pronóstico, había luchado y ganado.

Y su bebé estaba aquí. Su hija. Aurora. Su pequeño milagro.

Tomó la mano de Brianna, besando cada dedo, cada nudillo.

—Gracias —susurró—. Gracias por luchar. Gracias por quedarte. Gracias por darme otra oportunidad de amarte correctamente.

Seis semanas después...

La recuperación de Brianna fue lenta pero constante. Las primeras dos semanas fueron las más difíciles. Apenas podía levantarse de la cama sin ayuda. El médico la visitaba diariamente, cambiando vendajes, revisando que no hubiera infección.

David no se alejó de su lado. Durmió en una silla junto a su cama. Le leía cuando estaba despierta. Sostenía su mano cuando el dolor era demasiado. Traía a su hija para que la alimentara.

Aurora, habían decidido llamarla Aurora, como la diosa del amanecer, porque llegó justo cuando pensaron que solo había oscuridad, era un bebé tranquilo. Grandes ojos grises como su padre, cabello oscuro como su madre. Y cuando miraba a sus padres, era con tal concentración que parecía entender todo lo que había pasado para traerla al mundo.

—Es perfecta —susurraba Brianna cada vez que la sostenía—. Valió la pena. Todo valió la pena.

Ahora, ocho semanas después del parto, Brianna finalmente se sentía como ella misma de nuevo. Podía caminar sin dolor. Podía

cargar a Aurora sin agotarse. Podía reír sin que le doliera el abdomen.

Y había algo más que podía sentir. Algo que había estado ausente durante las últimas semanas mientras sanaba.

Deseo.

Lo sentía cada vez que David entraba a la habitación. Cada vez que la tocaba, incluso inocentemente. Cada vez que la miraba con esos ojos grises que decían tantas cosas sin hablar.

El médico había venido esa mañana para su revisión final. Después de examinarla, había sonreído.

—Está completamente curada, Lady Darmond. Puede retomar todas sus actividades normales.

El significado detrás de sus palabras había sido claro. Y cuando David la había mirado después de que el médico se fue, ella había visto el mismo deseo reflejado en su rostro.

Pero ninguno había dicho nada. Era como si ambos estuvieran esperando que el otro diera el primer paso.

Esa noche, después de poner a Aurora a dormir, Brianna se encontró parada frente al espejo de su habitación. Se había puesto un camisón nuevo, de seda color marfil que su madre le había enviado. Era hermoso, delicado, casi transparente bajo la luz de las velas.

Su cuerpo había cambiado. Había estrías en su abdomen que no estaban antes. Sus pechos eran más grandes, más pesados por la lactancia. Su cintura no era tan estrecha como solía ser.

Pero cuando se miró en el espejo, no vio imperfecciones. Vio el cuerpo de una mujer que había traído vida al mundo. Vio fuerza. Vio belleza de un tipo diferente.

Un golpe suave en la puerta la sacó de sus pensamientos.

— ¿Puedo entrar? —la voz de David, titubeante.

—Sí.

Él entró, cerrando la puerta suavemente detrás de él. Llevaba solo una camisa y pantalones, descalzo, el cabello despeinado como si se hubiera pasado las manos por él repetidamente.

Se detuvieron al verse, el aire entre ellos cargándose de tensión.

—Vine a... —comenzó él, luego se detuvo—. En realidad no sé por qué vine. Solo... necesitaba verte.

—Yo también —admitió ella suavemente.

Él dio un paso hacia ella, luego se detuvo, como si tuviera miedo de acercarse más.

—Brianna, yo... he estado pensando. Sobre nosotros. Sobre todo lo que hemos pasado.

—Yo también.

—Y hay algo que necesito decirte. Algo que debí decirte hace mucho tiempo.

Su corazón comenzó a latir más rápido.

— ¿Qué es?

Él respiró hondo, como si estuviera reuniendo coraje.

—Cuando estabas embarazada, cuando todavía estabas en Irlanda, recibí una carta. De los abogados de mi tío fallecido.

— ¿Tu tío? No sabía que tuvieras un tío.

—Era el hermano de mi madre. Nunca tuvimos una relación cercana, pero al parecer me dejó algo en su testamento. Una herencia considerable.

— ¿Por qué nunca me lo dijiste?

—Porque venía con una condición.

El estómago de ella se hundió.

— ¿Qué tipo de condición?

—Que me divorciara de ti.

El mundo pareció detenerse. Brianna lo miró, sin poder procesar lo que acababa de escuchar.

— ¿Qué?

—Mi tío... al parecer no aprobaba nuestro matrimonio. Pensaba que me había casado por debajo de mi estatus. En su testamento, dejó instrucciones claras: recibiría la herencia solo si terminaba el matrimonio contigo y me sacaba con una mujer de la nobleza escogida por él, antes de su fallecimiento.

— ¿Y qué... qué hiciste?

Él dio otro paso hacia ella, tomando sus manos entre las suyas.

—Le dije a los abogados que se fueran al infierno. Les dije que podían quedarse con cada penique. Que no había cantidad de dinero en el mundo que valiera perderte.

Las lágrimas comenzaron a caer por las mejillas de ella.

—David...

—Nunca te lo dije porque... porque no quería que pensaras que lo estaba usando como moneda de cambio. Como si rechazar dinero fuera una prueba de amor. Pero lo rechacé sin pensarlo dos veces, Brianna. Porque tú y nuestro bebé eran más importantes que cualquier fortuna.

— ¿Cuánto? —preguntó ella con voz temblorosa—. ¿Cuánto dinero rechazaste?

—Lo suficiente para comprar tres propiedades como esta. Pero no me importa. No me importó entonces y no me importa ahora.

Ella soltó un sollozo, cubriéndose la boca con una mano.

—Has estado... ¿Has estado guardando esto todo este tiempo?

—No quería que te sintieras culpable. No quería que pensaras que habías costado algo. Porque no lo hiciste. Me diste todo, Brianna. Me

diste amor, una familia, un propósito. ¿Qué es el dinero comparado con eso?

—No puedo creer... todo este tiempo...

—Hay más —dijo él suavemente.

— ¿Más?

—Después de que nos casamos, le escribí una carta a Úrsula. Una carta final.

El corazón de Brianna se detuvo.

— ¿Le escribiste?

—Sí. Pero no por las razones que piensas. Por haber construido una fantasía alrededor de ella cuando su prima, mi esposa, merecía ser vista como la persona real que era.

—La escribiste... —su voz se quebró—. La escribiste después de casarnos.

—Seis semanas después. Cuando finalmente comprendí lo que significabas para mí. Cuando finalmente pude ver claramente.

— ¿Y ella? ¿Te respondió?

—Sí. Me deseó felicidad. Me dijo que siempre supo que lo que sentía por ella no era real. Y me dijo que cuidara de ti, porque eras especial.

Brianna dejó caer la carta, cubriéndose el rostro con las manos mientras sollozaba.

—Todo este tiempo... todo este tiempo pensé...

—Lo sé —la abrazó, sosteniéndola mientras lloraba—. Y lo siento. Debí mostrarte esto hace meses. Debí ser honesto desde el principio sobre todo.

—Me amabas —susurró ella contra su pecho—. Realmente me amabas.

—Te amo —corrigió—. Te amo, Brianna. Más de lo que jamás amé a nadie. Más de lo que pensé que era posible amar.

Ella levantó la vista para mirarlo, y lo que vio en sus ojos le quitó el aliento. Amor puro, sin adulterar, sin sombras.

—Muéstrame —susurró.

— ¿Qué?

—Muéstrame cuánto me amas. Hazme tuya de nuevo. Por favor, David. Te necesito.

Él no necesitó más invitación. La tomó en brazos, llevándola a la cama con una ternura que la hizo llorar de nuevo.

—Te amo —murmuró mientras la recostaba con cuidado—. Eres mi vida, Brianna. Mi corazón. Mi todo.

Y entonces, finalmente, después de semanas de espera, se unieron de nuevo.

Fue diferente a todas las veces anteriores. No hubo la urgencia desesperada de su noche de bodas. No hubo la rabia de sus peleas. No hubo la posesión brutal del estudio.

En cambio, hubo ternura. Reverencia. Amor tan profundo que dolía.

David comenzó despacio, desvistiéndola con manos que temblaban. Los dedos torpes con los pequeños botones de su camisón, como si fuera la primera vez que la tocaba.

Cuando finalmente deslizó la seda de sus hombros, revelando su cuerpo desnudo, se detuvo. Solo la miró, sus ojos recorriéndola con una intensidad que la hizo sonrojar.

—Eres hermosa —susurró, trazando las estrías en su abdomen con dedos reverentes—. Tan hermosa que me duele mirarte.

—Estoy diferente —dijo ella, sintiéndose repentinamente cohibida. Sus manos se movieron para cubrir su estómago, pero él las detuvo.

—Estás más hermosa —corrigió, entrelazando sus dedos con los de ella—. Este cuerpo trajo a nuestra hija al mundo. Luchó y sangró y sobrevivió. ¿Cómo podría ser algo menos que perfecto?

Besó cada estría, su boca cálida contra su piel. Besó su ombligo, y siguió besando cada marca con tal reverencia que ella sintió que las lágrimas le picaban en los ojos.

Sus manos se movieron hacia arriba, ahuecando sus pechos con delicadeza. Eran más grandes ahora, pesados con leche, y él los sostuvo como si fueran lo más precioso del mundo.

—Y estos... —sus pulgares rozaron sus pezones, haciéndola jadear—. Estos alimentan a nuestra hija. La mantienen viva. Dios, Brianna, cada parte de ti es un milagro.

Inclinó la cabeza, tomando un pezón en su boca. Ella gimió ante la sensación, tan diferente ahora, más sensible. Él fue gentil, consciente de que podría doler, alternando entre succionar suavemente y lamer con movimientos lentos de su lengua.

Cuando finalmente se quitó su propia ropa, ella vio que él también estaba temblando. No de frío, sino de emoción contenida. Su erección era evidente, presionando contra sus pantalones, pero él no se apuró.

— ¿Estás segura? —preguntó, sosteniéndose sobre ella una vez que estuvo desnudo—. Si es demasiado pronto, si duele, prométeme que me lo dirás.

—No es demasiado pronto —lo interrumpió, tirando de él hacia abajo—. Te necesito, David. Te he necesitado durante semanas.

Se besaron, lentamente al principio, saboreándose. Sus lenguas se encontraron en una danza familiar pero renovada. No había prisa, no había urgencia. Solo esto: el sabor de él en su boca, el peso de su cuerpo presionando contra el de ella.

Sus manos exploraron, re-aprendiendo territorios familiares que habían cambiado sutilmente. Los músculos de su espalda se flexionaban bajo sus palmas. Sus hombros eran tan anchos, tan

fuertes. Ella trazó la línea de su columna vertebral, sintiendo cómo se estremecía bajo su toque.

Las manos de él hacían su propia exploración. Deslizándose por su cintura, que ya no era tan estrecha pero que se ajustaba perfectamente a sus palmas. Acariciando la curva de sus caderas, sus muslos. Cada toque era adoración, cada caricia una promesa.

Cuando sus dedos finalmente la alcanzaron entre las piernas, ella ya estaba húmeda. Lista. Necesitándolo de una forma que casi dolía.

—Tan perfecta —murmuró, deslizando un dedo dentro de ella con exquisita lentitud—. Tan cálida y suave.

Ella se arqueó contra su mano, gimiendo ante la intrusión. Había pasado tanto tiempo, y la sensación era casi abrumadora.

—David... por favor...

—Paciencia —susurró, besando su cuello—. Necesito asegurarme de que estés lista. No quiero lastimarte.

Agregó un segundo dedo, estirándola suavemente. Sus movimientos eran lentos, deliberados, encontrando ese punto dentro de ella que la hacía ver estrellas. Su pulgar encontró su clítoris, trazando círculos que la hicieron gemir.

—Tan hermosa —murmuró contra su piel—. Amo verte así. Perdida en el placer. Sabiendo que soy yo quien te hace sentir así.

Ella podía sentir el orgasmo construyendo, esa tensión familiar en su abdomen. Pero cuando estaba al borde, él se detuvo.

—No todavía —dijo, retirando su mano—. Quiero que lo hagamos juntos.

Se posicionó entre sus piernas, la punta de su erección presionando contra su entrada. Pero no entró. Solo se quedó allí, mirándola a los ojos. Luego tomó un pequeño estuche —debemos usar esto—sacó una especie de bolsa larga con la forma de su miembro y la remojó en agua para luego colocarla sobre su pene y ajustarla en la base con una cinta.

— ¿Qué es eso? —ella lo miró con incertidumbre.

—Es un método para protegernos del embarazo, mi amor. No podemos tomar riesgos por un tiempo.

A ella le pareció tierno que se preocupara de esa forma por ella.

—Mírame —susurró—. Durante todo esto, quiero que me mires. Necesito ver tus ojos.

Ella asintió, incapaz de apartar la mirada. Y entonces, lentamente, tan despacio que era casi tortura, él entró en ella.

La sensación fue indescriptible. El estiramiento, la plenitud, la forma en que su cuerpo se amoldaba al de él como si hubieran sido hechos el uno para el otro. Ella jadeó, sus manos aferrándose a sus hombros.

— ¿Duele? —preguntó inmediatamente, congelándose.

—No —respiró—. No duele. Es... es perfecto.

Él se hundió más profundo, pulgada por pulgada, hasta que estuvo completamente dentro de ella. Ambos jadearon ante la intensidad de ello. La conexión era más que física. Era algo espiritual, algo que los unía en un nivel que iba más allá del cuerpo.

—Eres mi vida —susurró él, comenzando a moverse con embestidas largas y lentas—. Mi razón de ser. Todo lo que soy, todo lo que tengo, es tuyo.

—Eres mi corazón —respondió ella, envolviéndole las piernas alrededor de la cintura para tirarlo más profundo—. La otra mitad de mi alma. No soy completa sin ti.

Se movieron juntos en un ritmo antiguo y nuevo. Cada embestida era deliberada, significativa. Él se retiraba casi completamente, luego se hundía de nuevo, llenándola de formas que la hacían ver estrellas.

No era rápido. No era urgente. Era lento y profundo y absolutamente devastador en su intensidad.

Las manos de él recorrieron su cuerpo con adoración. Ahuecando sus pechos, sintiendo el peso de ellos, sus pulgares rozando los pezones hasta que ella estaba gimiendo. Deslizándose por su cintura, sintiendo cómo sus músculos se flexionaban con cada embestida. Agarrando sus caderas, sosteniéndola en su lugar mientras la tomaba.

Las manos de ella trazaban los músculos de su espalda, sintiendo cómo se flexionaban con cada movimiento. Se aferraba a él, necesitando sentirlo lo más cerca posible. Sus uñas dejaban marcas rojas en su piel, marcándolo como suyo.

—Más —jadeó ella—. David, por favor, más.

Él profundizó sus embestidas, pero mantuvo el ritmo lento. Esto no era sobre alcanzar el final rápidamente. Era sobre el viaje. Sobre cada segundo que pasaban conectados.

—Eres tan hermosa así —murmuró contra sus labios—. Con las mejillas sonrojadas, los labios hinchados, los ojos oscurecidos de placer. Podría mirarte así por siempre y nunca cansarme.

—Entonces mírame —lo desafió, sus propios ojos encontrándose con los suyos—. No apartes la vista.

Y no lo hizo. Se sostuvieron las miradas mientras él se movía dentro de ella, mientras construían juntos hacia algo que era más que placer físico. Era conexión, comprensión, amor expresado de la forma más íntima posible.

El placer construía lentamente, una marea creciente en lugar de una ola rápida. Brianna podía sentirlo acumulándose, cada nervio encendiéndose, cada parte de su cuerpo zumbando de sensación.

Pero no quería que terminara. Quería quedarse así para siempre, conectada con él, mirándolo a los ojos mientras él la hacía sentir amada de formas que nunca imaginó posibles.

—No puedo... —jadeó—. Es demasiado. Demasiado bueno.

—Déjate ir… —susurró él, una de sus manos deslizándose entre sus cuerpos para encontrar su clítoris—. Estoy aquí. Te tengo.

Siempre te tendré.

Sus dedos trazaron círculos sobre el pequeño nudo de nervios, y fue demasiado. El orgasmo la golpeó como un rayo, haciéndola arquearse contra él mientras gritaba su nombre.

Pero él no dejó de moverse. La mantuvo en ese pico, sus embestidas profundas y constantes, su pulgar nunca dejando de estimularla. La primera oleada se convirtió en una segunda, luego una tercera, hasta que ella estaba sollozando de placer.

—Hermosa —murmuró, su propia voz tensa—. Tan hermosa cuando te deshaces para mí.

Y entonces, con una última embestida profunda, él la siguió. Se enterró hasta el fondo mientras encontraba su propia liberación, su rostro contorsionándose en éxtasis. Ella vio el momento exacto en que se perdió en ella, y era la cosa más hermosa que había visto jamás.

Después, yacieron entrelazados, sus respiraciones sincronizándose lentamente. David no se había separado de ella, como si no pudiera soportar romper la conexión. Una de sus manos acariciaba su cabello, la otra descansaba sobre su cadera.

—Nunca te dejaré ir —murmuró contra su cabello—. Nunca más. Eres mía, Brianna. Para siempre.

—Bien —respondió ella, sus dedos trazando patrones perezosos en su espalda—. Porque no planeo ir a ninguna parte. Tú estás atascado conmigo, David Bentham. Por el resto de nuestras vidas.

—Suena perfecto —dijo, besando su frente—. Absolutamente perfecto.

Un rato después él se levantó para quitarse el preservativo y enseguida de eso, fue a unirse a su esposa en la cama de nuevo. Se quedaron así hasta que el amanecer comenzó a filtrarse por las ventanas, hablando en susurros, besándose ocasionalmente, simplemente existiendo juntos.

Y cuando Aurora comenzó a llorar desde el cuarto contiguo, ambos sonrieron.

—Nuestra hija nos necesita —dijo Brianna.

—Así es —dijo David, besándola una vez más antes de levantarse para buscar a su hija.

Mientras lo observaba ir, Brianna sintió que su corazón se llenaba de una felicidad tan completa que casi dolía.

Habían pasado por tanto. Mentiras, malentendidos, dolor. Pero habían sobrevivido. Y ahora, finalmente, tenían lo que ambos habían estado buscando todo el tiempo.

Amor verdadero. Familia. Hogar.

Y prometió, a sí misma y a él, que nunca lo daría por sentado de nuevo.

Capítulo 12

Tres meses despues

El jardín estaba en plena floración. Los lirios que David había plantado para ella habían crecido exuberantes, llenando el aire con su fragancia dulce. La ninfa del bosque de mármol permanecía en su lugar de honor, observando serenamente el mundo a su alrededor.

Brianna caminaba por el sendero de piedra, Aurora dormida en sus brazos. La bebé tenía cuatro meses ahora, sus ojos grises cada vez más alerta, su cabello oscuro creciendo en rizos suaves. Era perfecta de todas las formas que importaban.

En la quietud de la tarde, ella solo quería disfrutar de este momento. Su hija en sus brazos, el sol calentando su rostro, las flores perfumando el aire. Era paz. Era felicidad. Era todo lo que alguna vez había soñado.

—Sabía que te encontraría aquí.

La voz de David la hizo girar. Él estaba de pie al inicio del sendero, mirándola con una expresión que le quitó el aliento. Había algo diferente en su rostro. Algo decidido.

—Siempre me encuentras —respondió ella, sonriendo—. Es como si tuvieras un sexto sentido para saber dónde estoy.

—Siempre sabré dónde estás —dijo, caminando hacia ella—. Porque mi corazón siempre apunta hacia ti como una brújula.

Llegó a su lado, mirando a Aurora dormida.

—Está creciendo tan rápido —murmuró, acariciando suavemente la mejilla de su hija con un dedo—. Siento que apenas ayer la sostuve por primera vez.

—Lo sé. Pronto estará corriendo por estos jardines, persiguiendo mariposas y haciendo preguntas imposibles de responder.

—Como su madre —bromeó él, haciéndola reír—Te amo —dijo como si necesitara seguir diciéndolo—. Te amo, Brianna. Y pasaré el

resto de mi vida demostrándotelo.

—Ya lo has demostrado —respondió ella suavemente—. Cada día. Cada sacrificio. Cada momento en que elegiste quedarte cuando habría sido más fácil irte. Ya me lo has demostrado de todas las formas que importan.

Se miraron durante un largo momento, el jardín silencioso a su alrededor excepto por el canto de los pájaros y el susurro del viento en las hojas.

— ¿Qué hacemos ahora? —preguntó él finalmente, una pequeña sonrisa jugando en sus labios.

—Ahora —dijo ella, devolviéndole la sonrisa—. Ahora vivimos. Amamos. Criamos a nuestra hija y tal vez le damos algunos hermanos. Envejecemos juntos. Y nunca, nunca olvidamos lo afortunados que somos de habernos encontrado.

—Me gusta ese plan —dijo, inclinándose para besarla suavemente —. Me gusta mucho ese plan.

Aurora eligió ese momento para despertar, sus ojos grises abriéndose para mirar a sus padres. Y cuando vio a ambos mirándola, sonrió. Una sonrisa grande y sin dientes que iluminó todo su pequeño rostro.

—Creo que aprueba el plan —rió Brianna.

—Por supuesto que lo hace —dijo David, tomando a su hija en sus brazos—. Es una niña inteligente. Sabe reconocer una buena idea cuando la escucha.

Besó la frente de Aurora, luego miró a Brianna con ojos llenos de amor.

—Vamos adentro —sugirió, su voz bajando a un tono que hizo que el pulso de ella se acelerara—. La señora Hartley ha estado esperando para tener tiempo con Aurora. Y tú y yo... tenemos algunas cosas que celebrar.

El calor en sus ojos dejó en claro exactamente qué tipo de celebración tenía en mente.

— ¿Ah sí? —lo provocó, sintiéndose repentinamente juguetona—. ¿Y qué exactamente vamos a celebrar?

—El amor —dijo simplemente—. El perdón. El futuro. Nosotros.

Y con eso, la tomó de la mano y la guió de vuelta a la casa, su hija entre ellos, sus corazones finalmente en paz.

La señora Hartley estaba más que feliz de tomar a Aurora. La bebé adoraba al ama de llaves, y el sentimiento era mutuo.

—Tómese todo el tiempo que necesite, milady —dijo la mujer mayor con una sonrisa conocedora—. La pequeña Aurora y yo tenemos planes para esta tarde. Pensé que podríamos dar un paseo por el jardín.

—Gracias, señora Hartley —dijo Brianna, besando la cabeza de su hija antes de entregarla.

Cuando el ama de llaves se fue con Aurora, David tomó la mano de Brianna, guiándola hacia las escaleras.

—Apurado, ¿verdad? —bromeó ella, aunque su propio pulso se había acelerado.

—He estado esperando tres meses —respondió, su voz ronca—. He sido muy paciente.

—Mmm, no sé si llamaría paciencia a todas esas miradas hambrientas que me has estado dando.

—No puedo evitarlo —dijo, deteniéndose en el rellano para besarla—. Eres hermosa. Y ahora que finalmente puedo tocarte de nuevo sin preocuparme de lastimarte...

No terminó la frase. Solo la besó de nuevo, más profundamente esta vez. Sus manos se enredaron en su cabello, inclinando su cabeza para profundizar el beso.

Brianna se derritió en él, sus propias manos agarrando su chaqueta. Había extrañado esto. Lo había extrañado más de lo que quería admitir.

Cuando finalmente se separaron, ambos estaban sin aliento.

—Habitación. Ahora —jadeó ella.

No necesitó que se lo dijeran dos veces. La tomó en brazos, haciéndola chillar de sorpresa, y la llevó el resto del camino hasta su habitación.

La puerta se cerró detrás de ellos con un clic final. Y entonces estaban solos, el mundo exterior desvaneciéndose hasta que solo existían ellos dos.

David la dejó en el suelo suavemente, sus manos inmediatamente moviéndose hacia los botones de su vestido.

—He estado soñando con esto —murmuró contra su cuello mientras trabajaba en los botones—. Cada noche. Cada maldita noche.

—Yo también —admitió ella, sus propias manos ocupadas con su chaqueta, empujándola de sus hombros.

La ropa cayó al suelo en un montón desordenado. Enaguas, corsé, camisa, pantalones. Ninguno de los dos se molestó con la delicadeza. Había demasiada necesidad, demasiado deseo contenido durante tres meses.

Cuando finalmente estuvieron desnudos, se detuvieron. Solo se miraron, saboreando el momento antes de que todo se consumiera.

—Eres hermosa —susurró él, sus ojos recorriendo cada curva, cada marca que el embarazo había dejado—. Tan increíblemente hermosa que me duele mirarte.

—Y tú —respondió ella, sus propios ojos recorriendo los músculos de su pecho, los abdominales definidos, la línea de vello que desaparecía hacia abajo—. Eres perfecto.

Él se rió, el sonido bajo y ronco.

—Perfecto es lo último que soy. Pero contigo... contigo me siento como si pudiera ser mejor. Como si pudiera ser el hombre que mereces.

—Ya eres ese hombre —dijo, acercándose a él hasta que sus cuerpos se tocaron, piel contra piel—. Ya lo eres, David. Te amo exactamente cómo eres.

—Te amo —respondió, las palabras saliendo tan naturalmente ahora—. Dios, Brianna, te amo tanto que a veces no sé cómo contenerlo.

La besó de nuevo, caminando hacia atrás hasta que la parte posterior de sus rodillas golpeó la cama. Se dejó caer, tirando de él con ella. El colchón se hundió bajo su peso combinado.

Se movieron juntos en la cama, manos explorando territorios familiares que de alguna manera se sentían nuevos cada vez. No había prisa ahora. Tenían todo el tiempo del mundo. Todo el tiempo que necesitaran.

Los dedos de David trazaron la curva de su cintura, memorizando cada parte. Sus labios siguieron el mismo camino, besando cada centímetro de piel que podía alcanzar. Su clavícula, el hueco de su garganta, el valle entre sus pechos.

—Te amo —murmuró contra su piel, dejando un rastro de besos ardientes—. Te amo. Te amo. No me cansaré de decirlo.

—Bien —jadeó ella, sus dedos enredándose en su cabello—. Porque no me cansaré de escucharlo.

Su boca encontró su pecho, tomando un pezón entre sus labios. Succionó suavemente, consciente de que todavía estaba amamantando a Aurora y podría estar sensible. Pero el gemido que salió de ella le dijo que no era dolor lo que sentía.

—Oh Dios —gimió, arqueándose hacia él—. David...

— ¿Te gusta eso? —murmuró contra su piel, su lengua trazando círculos alrededor del pezón endurecido.

—Sí... sí, no pares.

Alternó entre ambos pechos, dándole a cada uno igual atención. Sus manos ahuecaban el peso de ellos, maravillándose de cómo habían crecido. Eran perfectos. Ella era perfecta.

Sus labios comenzaron a descender, besando su estómago, trazando las estrías con su lengua como si fueran mapas sagrados.

—David... —su voz estaba cargada de emoción.

Él continuó más abajo, sus manos deslizándose por sus muslos, separándolos suavemente. Ella no opuso resistencia, abriendo para él, confiando en él completamente.

Cuando su boca alcanzó su centro, ella jadeó, sus manos volando a las sábanas.

—Oh Dios... David, ¿qué estás...?

—Shh —murmuró contra ella—. Solo déjame amarte. Déjame mostrarte cuánto te amo.

Y entonces su lengua la tocó, y ella gritó.

Nunca había hecho esto antes. Había escuchado sobre ello en susurros escandalizados de las damas casadas, pero nunca lo había experimentado. Y ahora que lo estaba...

— ¡David! —su espalda se arqueó de la cama—. Oh Dios, oh Dios...

Él la saboreó como si fuera algo precioso, algo que había estado esperando toda su vida para probar. Su lengua trazaba patrones que la hacían ver estrellas, encontrando lugares que ella ni siquiera sabía que existían.

Cuando sus labios encontraron ese punto sensible, succionando suavemente, ella casi se sale de su piel.

— ¡Demasiado! —jadeó—. Es demasiado...

Pero él no se detuvo. Solo intensificó sus esfuerzos, su lengua moviéndose más rápido, su succión más fuerte. Agregó un dedo,

luego dos, encontrando ese punto dentro de ella que la hacía gritar.

El orgasmo la golpeó como un trueno, repentino y devastador. Gritó su nombre, sus muslos apretándose alrededor de su cabeza, su cuerpo convulsionando de placer.

Él trabajó a través de ello, prolongándolo, hasta que ella estaba rogándole que parara, demasiado sensible para soportar más.

Cuando finalmente levantó la cabeza, su boca brillante con ella, la miró con ojos oscurecidos por el deseo.

—Te amo —dijo, su voz ronca—. Amo el sabor de ti. Amo los sonidos que haces. Te amo.

—Ven aquí —jadeó, tirando de él hacia arriba—. Necesito besarte. Necesito...

Sus bocas se encontraron en un beso hambriento. Ella podía saborearse en sus labios, extraño pero erótico. Sus manos se movieron entre ellos, encontrando su erección dura y pesada contra su estómago.

—Te necesito —murmuró contra sus labios—. Te necesito dentro de mí. Ahora.

—No todavía —dijo, aunque su voz temblaba de esfuerzo por contenerse—. Quiero asegurarme de que estés lista. No quiero lastimarte.

—No lo harás, no me lastimaste antes, seguro no lo harás ahora —insistió, acariciándolo, sintiendo cómo se estremecía bajo su toque —. David, por favor. No me hagas esperar más.

Eso rompió su control. Se posicionó entre sus piernas, la punta de su erección presionando contra su entrada.

—Mírame —dijo, esperando hasta que sus ojos se encontraran con los suyos—. Quiero ver tus ojos cuando te haga mía. Quiero ver el momento en que me sientes.

Y entonces, lentamente, se hundió en ella.

La sensación fue indescriptible. Calor, presión perfecta, el ajuste que era como si hubieran sido hechos el uno para el otro. Ella jadeó, sus manos volando a sus hombros, aferrándose.

—Muévete. Por favor, muévete.

Y él se movió. Embestidas largas y lentas que la llenaban completamente, luego se retiraban casi por completo antes de hundirse de nuevo. No era rápido. No era frenético. Era deliberado, medido, cada movimiento diseñado para maximizar el placer de ambos.

Las manos de él se entrelazaron con las de ella, presionándolas en el colchón sobre su cabeza. Sus frentes se presionaban juntas, sus respiraciones mezclándose, sus ojos nunca apartándose.

El placer construía entre ellos, una marea lenta y constante. Cada embestida la acercaba más al borde, pero él la mantenía allí, justo al borde, sin dejarla caer.

—David... —gimió—. Por favor... necesito...

— ¿Qué necesitas, amor? —murmuró contra sus labios—. Dime. Dime qué necesitas.

—A ti —jadeó—. Solo a ti. Siempre a ti.

—Me tienes —prometió, cambiando el ángulo ligeramente para golpear ese punto perfecto dentro de ella—. Para siempre. Me tienes para siempre.

Las embestidas se volvieron más profundas, más duras, pero nunca perdieron su ritmo. Era como una danza que solo ellos conocían, perfeccionada a través de meses de práctica.

Una de sus manos se liberó de las de él, deslizándose entre sus cuerpos para encontrar su clítoris. Apenas lo tocó y ella estaba arqueándose, gritando.

—Eso es —alentó, su dedo trazando círculos sobre el pequeño nudo de nervios—. Déjate ir, amor. Déjate ir por mí.

—No sin ti —jadeó—. Juntos. Quiero que sea juntos.

—Juntos entonces —acordó, sintiendo su propio control deslizándose—. Te amo, Brianna. Te amo tanto.

—Te amo —respondió—. Te amo, David. Te amo...

Y entonces, simultáneamente, ambos se rompieron.

El orgasmo la atravesó en ondas, tan intenso que vio estrellas. Gritó su nombre, aferrándose a él como si fuera lo único que la anclaba a la tierra.

Él la siguió, enterrándose hasta el fondo mientras su propia liberación lo golpeaba. Y mientras se derramaba dentro de ella, murmuró las palabras una y otra vez contra su cabello.

El placer pareció durar para siempre, oleadas de sensación lavándolos a ambos hasta que estuvieron temblando y sin aliento.

Después, yacieron entrelazados, sus cuerpos aún unidos, negándose a romper la conexión. Sus respiraciones se sincronizaron lentamente, sus corazones latiendo al mismo ritmo.

—No quiero moverme nunca —murmuró ella contra su pecho—. Quiero quedarme así para siempre.

—Entonces quédate —respondió, besando su cabeza—. No tienes que ir a ninguna parte.

Se quedaron así durante largo rato, simplemente existiendo juntos. Eventualmente, él rodó hacia un lado, pero la mantuvo cerca, sus brazos envolviéndola desde atrás.

—Tengo una idea —dijo, sus dedos trazando patrones perezosos en su espalda.

— ¿Mmm?

— ¿Qué te parece si vamos a visitar Heaven Manor la próxima semana? Llevar a Aurora. Mostrarle donde nos conocimos.

Brianna levantó la cabeza para mirarlo.

— ¿De verdad?

—De verdad. Elsy ha estado pidiendo conocer a Aurora. Y pensé... pensé que sería bueno volver allí, y estar una tarde en el lugar donde todo comenzó.

Ella sonrió, su corazón hinchándose de amor.

—Me encantaría eso.

—Bien —besó su nariz—. Entonces está decidido. La próxima semana, vamos a Heaven Manor.

—David —dijo ella después de un momento de silencio.

— ¿Sí?

— ¿Alguna vez te arrepientes? De cómo comenzó todo esto. De todas las mentiras y el dolor.

Él la miró seriamente.

— ¿Me arrepiento de haberte lastimado? Todos los días. ¿Me arrepiento de cómo comenzamos? Ni por un segundo. Porque si las cosas hubieran sido diferentes, si no hubiera cometido esos errores, tal vez nunca habríamos llegado aquí. A este momento. A esta vida juntos.

La atrajo más cerca.

—Todo lo que pasamos, todo el dolor y las lágrimas y las peleas... nos trajeron aquí. Nos hicieron más fuertes. Nos enseñaron a valorar lo que tenemos. Y no cambiaría eso por nada.

—Ni yo —admitió ella—. Aunque fue difícil. Aunque hubo momentos en que pensé que no sobreviviríamos.

—Pero lo hicimos —recordó—. Sobrevivimos. Y ahora tenemos toda una vida por delante.

—Una vida de amor —dijo ella suavemente.

—Una vida de amor —acordó él—. Y risas y aventuras.

EPÍLOGO

Dos años después

El sol de la tarde bañaba los jardines de la mansión Darmond en tonos dorados. Los lirios estaban en plena floración, sus pétalos blancos brillando contra el verde intenso del césped. La ninfa del bosque de mármol permanecía en su lugar de honor, testigo silenciosa de todo lo que había cambiado en estos dos años.

Brianna Bentham, condesa de Darmond, observaba desde la ventana del salón con una mano descansando sobre su vientre abultado. Cinco meses de embarazo, y esta vez todo era diferente. Esta vez no había miedo, no había dudas, no había lágrimas de incertidumbre.

Solo había alegría. Pura, sin adulterar, brillante alegría.

Desde el jardín llegaban gritos de risa. Aurora, su hija de dos años y medio, corría por el sendero de piedra tan rápido como sus pequeñas piernas se lo permitían. Sus rizos castaños brillaban bajo el sol, sus mejillas sonrosadas de la emoción.

Y detrás de ella, persiguiéndola con exagerada lentitud, venía David.

— ¡Te voy a atrapar! —rugió él, haciéndola chillar de deleite—. ¡El monstruo del jardín viene por ti!

— ¡No, papá! —gritó Aurora entre risas, escondiéndose detrás de la fuente—. ¡No puedes atraparme!

Pero por supuesto que la atrapó. La levantó en sus brazos, haciéndola girar en el aire mientras ella reía tan fuerte que Brianna podía escucharla desde donde estaba.

— ¡Otra vez! —exigió Aurora cuando él la bajó—. ¡Otra vez, papá!

—Una vez más —acordó David, soltándola para que pudiera correr de nuevo—. Pero después tienes que entrar para tu siesta.

— ¡No estoy cansada!

—Eso dice ella ahora —murmuró Brianna para sí misma, sonriendo. Aurora estaría dormida antes de que la acostaran en la cama.

La puerta del salón se abrió y la señora Hartley entró con la bandeja del té.

—Milady, ¿desea que sirva ahora o prefiere esperar a que lord Darmond entre?

—Esperaré, gracias —respondió Brianna, aunque no apartó la mirada de la ventana.

Vio cómo David finalmente "capturaba" a Aurora de nuevo, esta vez sentándose en el césped con ella en sus brazos. Le estaba señalando algo en el cielo, probablemente nubes con formas de animales. Era un juego que jugaban a menudo.

Su hija levantó su pequeña mano, apuntando también, diciendo algo que hizo reír a David. Y en ese momento, viéndolos allí juntos bajo el sol de la tarde, Brianna sintió que su corazón se hinchaba tanto que pensó que podría estallar.

Esto. Esto era lo que había estado esperando toda su vida sin saberlo.

No la fantasía de un amor perfecto y sin problemas. No un cuento de hadas donde todo era fácil desde el principio.

Sino esto: un amor ganado. Un amor luchado. Un amor que había sobrevivido mentiras y dolor y casi perderse el uno al otro. Un amor que era más fuerte precisamente porque había sido probado y había prevalecido.

— ¿Mamá?

La voz pequeña la sacó de sus pensamientos. Aurora estaba en la puerta, su vestido manchado de hierba, el cabello despeinado, pero con los ojos brillando de felicidad.

—Hola, mi amor —dijo Brianna, extendiendo los brazos.

Aurora corrió hacia ella, pero David apareció detrás y la interceptó antes de que pudiera lanzarse contra el vientre de su madre.

—Cuidado, pequeña —dijo, levantándola—. Recuerda que tu hermanito está durmiendo ahí dentro.

— ¿O hermanita? —agregó Brianna, acariciando la mejilla de su hija—. Todavía no lo sabemos.

—Yo quiero una hermanita —declaró Aurora con la seriedad absoluta que solo los niños pequeños pueden lograr—. Para jugar a las muñecas.

—Y si es un hermanito, jugarás con soldaditos —dijo David, sentándose con Aurora en su regazo—. De cualquier manera, lo amarás.

—Sí —concordó Aurora, luego bostezó tan ampliamente que Brianna y David intercambiaron miradas divertidas.

—Alguien necesita su siesta —observó Brianna.

—No estoy cansada —insistió Aurora, pero sus ojos ya se estaban cerrando.

—Por supuesto que no —dijo David suavemente, poniéndose de pie con ella en brazos—. Solo vamos a descansar un poquito. Yo te llevaré.

Brianna los observó salir, su corazón desbordándose de amor. Quien habría pensado, hace tres años, que llegarían aquí. Que David se convertiría en este padre devoto, este esposo atento, este hombre que la amaba tan abierta y completamente.

Quien habría pensado que ella encontraría la fuerza para perdonar, para confiar de nuevo, para construir algo hermoso sobre las ruinas de lo que casi se destruye.

Caminó hacia el jardín, necesitando sentir el sol en su rostro. Se detuvo junto a la fuente, mirando a la ninfa del bosque que la observaba con su sonrisa enigmática.

— ¿Sabías? —murmuró a la estatua—. ¿Sabías cómo terminaría todo?

Por supuesto que no respondió. Pero Brianna podría jurar que su sonrisa se veía un poco más conocedora bajo la luz de la tarde.

—Pensé que te encontraría aquí.

La voz de David la hizo girar. Él caminaba hacia ella, sus ojos llenos de ese calor que todavía, después de todo este tiempo, hacía que su pulso se acelerara.

— ¿Aurora?

—Dormida antes de que llegáramos al segundo escalón —sonrió —. Como predijiste.

Se detuvo frente a ella, sus manos encontrando su cintura, tirando de ella lo más cerca que su vientre abultado lo permitía.

—Hola —dijo suavemente.

—Hola —respondió ella, sus propias manos subiendo a sus hombros.

— ¿En qué piensas? Te ves... contemplativa.

—En todo —admitió—. En cómo comenzamos. En todo lo que pasamos. En cómo casi lo perdimos todo.

—Pero no lo perdimos —recordó él, besando su frente—. Aquí estamos. Juntos. Con nuestra hija durmiendo arriba y otro bebé en camino. Con un amor que es más fuerte que nunca.

—A veces todavía no puedo creer que esto sea real —susurró—. Que tú seas real. Que esto que tenemos sea verdaderamente mío.

—Es tuyo —prometió, tomando su rostro entre sus manos—. Todo es tuyo. Mi corazón, mi alma, mi vida. Todo tuyo, Brianna. Para siempre.

—Te amo —dijo, las palabras saliendo tan fácilmente ahora como respirar—. Te amo tanto.

—Y yo te amo —respondió, besándola suavemente—. Más de lo que las palabras pueden expresar.

Se quedaron así por un largo momento, abrazados bajo el sol de la tarde, rodeados por el jardín que David había creado para ella. Los lirios perfumaban el aire, los pájaros cantaban en los árboles, y todo era perfecto.

— ¿Recuerdas la primera vez que te traje aquí? —preguntó David —. ¿Al jardín recién terminado?

—Claro que lo recuerdo. Fue la primera vez que realmente creí que tal vez me amabas.

—Y ahora no tienes que creer —dijo él, su frente presionándose contra la de ella—. Ahora lo sabes. Con cada fibra de tu ser, lo sabes.

—Sí —suspiró, cerrando los ojos—. Ahora lo sé.

Esa noche, después de que Aurora había sido acostada y la casa se había sumido en su silencio nocturno, Brianna se encontró en su habitación, preparándose para dormir.

David entró mientras ella se cepillaba el cabello, y sin palabras, tomó el cepillo de sus manos. Era un ritual que habían adoptado, uno de los muchos pequeños gestos de intimidad que habían construido a lo largo de estos dos años.

— ¿Sabes qué día es hoy? —preguntó él mientras pasaba el cepillo por su cabello con movimientos lentos y relajantes.

—Jueves —respondió, confundida.

—Hace más o menos, dos años y medio desde que me dijiste que me amabas por primera vez. Desde que finalmente dejamos atrás todos los fantasmas y comenzamos realmente nuestro matrimonio.

Brianna se giró en la silla para mirarlo, sorprendida.

— ¿Lo recordabas?

—Recuerdo cada momento importante contigo —dijo, dejando el cepillo a un lado—. Cada palabra de amor, cada sonrisa, cada lágrima. Son mis tesoros más preciados.

Se arrodilló frente a ella, sus manos tomando las suyas.

—Estos dos años han sido los mejores de mi vida, Brianna. Y sé que lo que viene será aún mejor. Porque te tengo a ti. Porque construimos esto juntos.

—David... —su voz se quebró con la emoción.

—Ven a la cama —dijo suavemente, ayudándola a levantarse—. Quiero abrazarte. Quiero sentir a nuestro bebé moverse. Quiero simplemente estar contigo.

Se deslizaron bajo las sábanas, y David la atrajo hacia él, su mano descansando sobre su vientre donde su hijo crecía. Podía sentir los pequeños movimientos, las pataditas que decían que el bebé estaba despierto y activo.

—Hola, pequeño —murmuró David contra su vientre—. Papá está aquí. Y mamá también. Y tu hermana está durmiendo. Todos te estamos esperando.

Brianna sintió las lágrimas picar en sus ojos. Cada día, sin falta, David hacía esto. Hablaba con el bebé, le cantaba, le contaba sobre su día. Igual que había hecho con Aurora antes de que naciera.

—Eres un padre maravilloso —susurró.

—Soy un hombre afortunado —corrigió, levantando la vista para mirarla—. Tengo todo lo que siempre quise. Incluso cuando no sabía que lo quería.

Sus labios encontraron los de ella en un beso suave, lleno de promesas y amor acumulado. Sus manos se deslizaron por su cuerpo con reverencia, memorizando cada curva, cada cambio.

— ¿Feliz, amor mío? —murmuró contra sus labios.

—Más que nunca —respondió, sus propias manos enredándose en su cabello.

Se amaron entonces, lentamente, con ternura infinita. No con la urgencia desesperada de sus primeros días, sino con la confianza profunda que venía de conocerse completamente. De amarse completamente.

Y después, cuando yacían entrelazados en la oscuridad, escuchando los sonidos nocturnos de la casa, Brianna supo que había encontrado su hogar.

No era una casa. No era una propiedad.

Era esto: los brazos de David alrededor de ella, el latido de su corazón bajo su oído, la promesa de mañanas infinitas juntos.

— ¿En qué piensas? —preguntó él, notando que todavía estaba despierta.

—En que soy la mujer más afortunada del mundo —respondió—. En que tengo todo lo que siempre soñé. Y más.

—Yo soy el afortunado —dijo, besando su cabeza—. Tú me salvaste, Brianna. Me salvaste de una vida vacía persiguiendo fantasmas. Me diste algo real. Algo verdadero.

—Nos salvamos el uno al otro —corrigió ella—. Juntos.

—Juntos —acordó él—. Siempre juntos.

La mañana llegó con luz dorada filtrándose por las ventanas. Brianna se despertó con el sol acariciando su rostro y el brazo de David todavía rodeándola protectoramente.

Se quedó quieta por un momento, saboreando la perfección de este instante. Luego, cuidadosamente, se levantó y caminó hacia la ventana.

Desde allí podía ver todo su mundo. El jardín con los lirios floreciendo. Los establos donde Ónix sin duda esperaba su paseo

matutino. Y en la distancia, apenas visible en el horizonte, la silueta de Heaven Manor.

Allí había comenzado todo. En ese lugar donde las jóvenes iban a convertirse en mejores versiones de sí mismas, ella había conocido al hombre que cambiaría su vida para siempre.

No de la forma en que había imaginado. No fácilmente. Pero realmente.

—Buenos días, mi amor.

La voz somnolienta de David la hizo girarse. Él se había levantado y ahora se acercaba, envolviéndola en sus brazos desde atrás, sus manos descansando sobre su vientre.

—Buenos días —respondió, recostándose contra él.

— ¿Qué miras?

—Nuestro hogar —dijo simplemente—. Nuestro futuro. Todo lo que construimos juntos.

—Nuestro todo —añadió él, besando su cuello.

En ese momento, la puerta se abrió de golpe y Aurora entró corriendo en su camisón.

— ¡Mamá, papá! El bebé de Ónix ya viene. ¿puedo verlo?

—Seguro que sí, cariño. Pero hay que esperar que nazca y esté un ratito con su mamá.

Mientras seguían a su hija hacia otro día lleno de amor, risas y pequeños milagros, Brianna se detuvo en la puerta. Se giró para mirar la habitación una vez más: la cama donde habían hecho el amor, donde habían hablado hasta el amanecer, donde habían construido su vida juntos.

Y luego miró a David, que esperaba en el pasillo con Aurora de la mano, sonriéndole con ese amor que ya no intentaba ocultar.

Esto era su hogar. No las paredes o los muebles. Sino esto: el amor que habían luchado tanto por encontrar y mantener.

Un amor que había sobrevivido mentiras y dolor.

Un amor que se había fortalecido en el fuego de casi perderse.

Un amor que duraría para siempre. Brianna supo allí, con absoluta certeza que cada lágrima, cada momento de dolor, cada vez que casi se rindieron... todo había valido la pena.

FIN